

HARLEQUIN
Bianca
LOS
CHATSFIELD
La tentación del indomable
TRISH MOREY



Trish Morey

La tentación del indomable



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

La tentación del indomable, n.º 104 - mayo 2015
Título original: Tycoon's Temptation
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-687-6375-0

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo 1

Sé amable con él, Holly.

Holly Purman sonrió y puso su expresión más inocente, la que reservaba para cuando su abuelo le pedía algo que no quería hacer. Una expresión que solía funcionarle muy bien con él.

–¿No soy siempre amable con todo el mundo? –repuso ella.

–Lo digo en serio –le advirtió gruñendo Gus sin dejarse engañar por su gesto inocente–. Sé cómo eres cuando se te mete algo entre ceja y ceja. Recuerda que te conozco muy bien.

–No tengo nada entre ceja y ceja, abuelo. Ni un pelo –repuso ella inclinándose para besar la frente arrugada de su abuelo.

–¡No es una broma, Holly! Quiero que te tomes la visita de Franco Chatsfield en serio. Es muy importante. Recuerda que viene hasta aquí solo para hablar con nosotros y la cantidad de dinero de la que habla… Se trata de un negocio que nos podría arreglar la vida.

Holly suspiró. Sabía que no iba a poder hacerle ver a su abuelo que ese contrato con la cadena hotelera Chatsfield no iba a ser el negocio del siglo. Para ello, tendría que tener con él una conversación que había estado temiendo desde que Gus recibiera la llamada telefónica, cuando les dijeron que iba a visitarlos un representante de los Chatsfield con una oferta.

Acercó una silla a donde estaba su abuelo y se sentó frente a él. Después, puso la mano sobre la del anciano, que la tenía apoyada en el reposabrazos de su silla de ruedas.

–Muy bien, abuelo. Seré amable y me lo tomaré en serio, te lo prometo. Es verdad que parece que tienen interés en nosotros, pero eso es normal. Después de ganar tantos premios en las competiciones a las que llevamos nuestros vinos, todo el mundo quiere probarlos. Hemos recibido ofertas de muchos compradores de Australia y también del Reino Unido. Pensé que estabas contento con ellos. Por eso no entiendo que estés tan entusiasmado con los hoteles Chatsfield. ¿Qué nos puede ofrecer su representante que no puedan ofrecer los otros?

–Sería un escaparate, Holly. ¡Por eso es tan importante! Sabes tan bien como yo que un acuerdo con los hoteles Chatsfield nos daría una fama internacional que no podríamos llegar a tener con ninguna de las otras ofertas. Esta cadena puede llevar nuestro vino por todo el mundo y el prestigio de sus hoteles es garantía suficiente de la calidad de

nuestro vino. Es un tipo de publicidad que no se puede comprar.

Holly se frotó las sienes. Estaba algo cansada. Le habría encantado estar en el despacho el día que llamaron de la cadena hotelera. Pero había sido su abuelo el que había tenido que contestar y había estado entusiasmado desde entonces. De haberlo hecho ella, no habría aceptado tan fácilmente esa visita.

Pero, cuando Holly supo que iba a ir a verlos, él ya había estado en camino. Y tenía que reconocer que su abuelo tenía razón, había estado dándole vueltas al asunto desde entonces.

Acarició la mano de su abuelo, tratando de calmarse antes de hablar.

–Sé que tienes razón y que conseguiríamos darnos a conocer en todo el mundo. Pero ¿estás seguro de que Vinos Purman se beneficiaría de ver su nombre ligado a la familia Chatsfield? Cada semana aparecen en la prensa por su vida escandalosa. ¿Queremos que la gente relacione a Vinos Purman, una marca de calidad, con ellos? Hemos trabajado tan duro para conseguir que nuestros vinos tengan éxito, que lo último que quiero es ver el apellido Purman por los suelos.

–¡Pero la cadena Chatsfield es la más prestigiosa del mundo!

–Lo fue, abuelo. Hace años, sus hoteles representaban algo especial, pero ahora esa marca es sinónimo de escándalo, no de estilo ni de elegancia –insistió ella.

El hombre cerró con fuerza los ojos mientras negaba con la cabeza.

–¡No, no, no! Holly, las cosas están cambiando. Eso es lo que me dijo el hombre con el que hablé. Tienen un nuevo director general a cargo de la empresa y están inmersos en un cambio de imagen. Entre otras cosas, quieren renovar el menú y la carta de vinos de sus restaurantes. Y están invirtiendo muchos dólares en ese cambio para conseguir contar con los mejores. Nos han ofrecido mucho dinero. ¿Por qué no íbamos a tratar de sacar provecho de esta situación?

Holly miró a su abuelo con una sonrisa.

–Ya hemos conocido a otros hombres con mucho dinero que nos prometían el mundo, abuelo, no es la primera vez. Y no recuerdo haberte visto entonces tan emocionado.

Gus resopló. Sus ojos seguían siendo tan azules y brillantes como lo habían sido siempre, aunque la piel que los rodeaba estaba arrugada y curtida tras toda una vida de trabajo al sol.

–¿Estás así por algo que sucedió hace diez años? –le preguntó él–. No te merecía y lo sabes.

–Sí, eso lo sé –le dijo ella conteniendo un segundo el aliento.

A pesar del tiempo que había pasado, no podía evitar seguir sintiendo dolor cuando pensaba en ello. Era algo que aún le hacía daño si ella se lo permitía. Y a veces lo hacía, aunque solo fuera para recordarse a sí misma que no podía volver a ser tan ingenua como lo

había sido entonces.

–Pero en realidad estaba pensando en lo que pasó después de que lo echaras de aquí, cuando hizo todo lo posible por arrastrar el apellido Purman por el fango. ¿No recuerdas todos esos artículos venenosos que publicó, en los que criticaba nuestros vinos? ¿Y todas esas llamadas de clientes cancelando pedidos, preocupados pensando que no íbamos a poder estar a la altura?

–Pero esto sería distinto. Solo con el dinero que…

–El dinero no es lo único a tener en cuenta –lo interrumpió ella–. ¡Se trata de proteger nuestra marca! Si los Chatsfield están tratando de mejorar su imagen pública, estupendo. Pero no entiendo por qué tenemos que prestarles nuestro prestigio ni nuestros éxitos. Corremos el riesgo de perder todo por lo que tanto hemos trabajado solo para que ellos recuperen su buena fama.

–No, no se trata solo de dinero, estoy de acuerdo contigo. Limítate a hablar con él, Holly. No tienes que hacer nada más –le dijo el hombre–. Llegará pronto. Escucha lo que tiene que decirnos, dale una oportunidad. Dale una oportunidad a la cadena Chatsfield.

–Si tan interesado estás, ¿por qué no hablas tú con él?

–Lo haré, Holly. Pero como estoy tan limitado con este maldito cacharro… –murmuró señalando su silla de ruedas–. Tendrás que mostrarle tú el viñedo y la bodega. Y me temo que también tendrás que ser tú la que le hables de las cosechas. Después de todo, es a ti a quien todo el mundo quiere conocer, a la maga de los vinos, a la sierva del dios Dioniso, a la mujer que convierte unas humildes uvas en un vino que es el néctar de los dioses… –le dijo su abuelo con emoción en los ojos–. Mi Holly.

Ella suspiró y le apretó la mano.

–Esos críticos de vinos escriben de una manera tan cursi…

–Pero es todo verdad. Tienes un don, querida mía, un don que te ha dado Dios para cuidar de las uvas y hacer buen vino. ¡Estoy tan orgulloso de ti!

Holly le sonrió con cariño y se inclinó para darle un beso en la mejilla.

–Si es de verdad así, es gracias a todo lo que me has enseñado.

Su abuelo le agarró con fuerza la mano.

–¿No te das cuenta? Este contrato con los Chatsfield podría ser lo mejor que nos ha pasado.

Entendía por qué era tan importante para su abuelo. Económicamente, podría ser una gran oportunidad, pero creía que también podría llegar a ser el mayor error que pudieran cometer. Sobre todo teniendo en cuenta el lamentable estado en el que estaba la familia Chatsfield y su cadena hotelera. Pero decidió no insistir más.

–De acuerdo, hablaré con él, abuelo –le dijo.

Ese hombre llevaba tanto tiempo siendo el centro de su existencia que ya no recordaba cómo había sido su vida sin él.

–Le daré una oportunidad y escucharé su propuesta –le prometió.

«Y después le diré que se vaya por donde ha venido», pensó ella.

Capítulo 2

A Franco Chatsfield no le gustaba nada estar en esa situación, con una pistola apuntando a su cabeza, aunque solo fuera metafóricamente. Sobre todo cuando esa pistola la sujetaba Christos Giatrakos, el nuevo director general, el hombre al que su padre había contratado para meter a todos los hermanos en cintura, también a él.

Dejó en el asiento de al lado la revista de negocios y finanzas que había estado tratando de leer mientras el avión descendía para aterrizar en el aeropuerto de Adelaida. No había sido capaz de concentrarse en nada de lo que había leído y, cuanto más se acercaba al suelo ese avión, más resentimiento sentía. En circunstancias normales, no le habría concedido a alguien como Giatrakos ni cinco minutos de su tiempo. En circunstancias normales, le habría dicho Giatrakos lo que pensaba de él y por dónde podía meterse su amenaza. Pero el último correo electrónico que le había enviado Giatrakos lo había detenido en seco.

De: Christos.Giatrakos@TheChatsfield.com

Para: Franco.Chatsfield@TheChatsfield.com

Asunto: CONDICIONES PARA SEGUIR RECIBIENDO DINERO DEL FONDO FIDUCIARIO DE LA FAMILIA

Después de numerosos, y fallidos, intentos para tratar de que comprenda los cambios que necesita hacer en su vida, he decidido que, si no consigue sellar un acuerdo con Vinos Purman, no me quedará más remedio que usar el poder notarial que me ha dado su padre y bloquear su acceso al fondo fiduciario de su familia.

Esta es la última advertencia que le doy.

C.G.

Por mucho que le fastidiara tener que seguirle el juego a Giatrakos, Franco no estaba dispuesto a poner en peligro el flujo de ingresos que recibía de su familia. Pensaba incluso dejar que el director general de la cadena Chatsfield creyera que le había ganado la partida. Después de hablar con Angus Purman, el dueño de los viñedos, le había quedado muy claro que le entusiasmaba la oferta y sabía que no le iba a costar nada conseguir que firmara el acuerdo.

Y no le extrañaba nada que le gustara su oferta. Tenía un gran presupuesto con el que jugar y había conseguido ponerle los dientes

largos a Purman.

Creía que no tardaría mucho en lograr su propósito y que podría regresar a Milán antes de que se terminara de secar la tinta de las firmas en el contrato.

Estaba deseando ver la reacción de su famoso padre cuando viera lo que había conseguido. Ese hombre que no le había dedicado más de dos minutos de atención desde su nacimiento y que tan poca fe tenía en él. Suponía que lo imaginaría completamente intimidado en esos momentos, pensando en cómo iba a conseguir un contrato con unos viñedos en condiciones ventajosas para los hoteles Chatsfield. Estaba deseando demostrarle de lo que era capaz.

Porque, aunque había dejado los estudios a los dieciséis años y había huido del circo mediático que rodeaba a los Chatsfield, había logrado aprender bastante por su cuenta.

Esperaba que su padre fuera por fin consciente de la capacidad de su hijo.

Resopló con frustración.

Ni siquiera entendía por qué seguía importándole tanto lo que pensara su padre.

El avión estaba a punto de aterrizar y miró por la ventanilla. Le sorprendió ver que Adelaida no parecía una ciudad. Se extendía a sus pies una inmensa alfombra ondulada de color verde, salpicada de vez en cuando con pequeños pueblos conectados por estrechas carreteras.

Vio bosques de pinos y el gris verdoso de los eucaliptos, había también grandes extensiones de campo con viñedos. Se dio cuenta de que, en algún lugar ahí abajo, crecían las uvas de las que salía el famoso y premiado espumoso, mezcla de pinot y chardonnay, de Vinos Purman.

Una ráfaga de lluvia salpicó el cristal de su ventana, haciendo desaparecer las vistas.

Se acomodó de nuevo en su asiento.

En cuanto el avión aterrizara, pensaba pasar la aduana e ir directo a los viñedos que los Purman tenían en Coonawarra, la región vinícola de Australia. Para eso iba a tener que tomar otro vuelo más corto. Ni quería ni necesitaba ver nada más de ese país. Sabía que su trabajo consistía en terminar de concretar algunos detalles del contrato que ya estaba redactado y lograr las firmas.

Después de todo, no estaba allí de vacaciones y estaba deseando dar por concluido ese trámite cuanto antes para no tener que lidiar más con Giatrakos y poder seguir disfrutando del dinero de su familia. En ese momento, eso era todo lo que le importaba.

Estaban en invierno, pero esos días estaban siendo peores aún de lo

habitual en esas fechas. Holly dejó lo que estaba haciendo para entrar de nuevo en casa y preparar unos sándwiches para su abuelo y para ella.

Llovía con tanta fuerza que, al principio, apenas notó el ruido. Incluso un poco más tarde, cuando distinguió el característico sonido de la hélice de un helicóptero, no le prestó demasiada atención. Vivían bastante cerca de la pista de aterrizaje y había bastantes vuelos turísticos en esa zona para ver el paisaje, aunque era algo mucho más común durante los meses más cálidos que en esa época del año.

El ruido se hizo cada vez más fuerte y más cercano. Dejó de cortar el queso y se estremeció, preguntándose si se trataría de él, el representante de Chatsfield al que habían estado esperando.

Fue a la ventana. Desde allí se veían hectáreas de vides. En ese momento, estaban casi todas desnudas, despojadas de sus hojas. No tardó en ver cómo un helicóptero se acercaba al césped que hacía las veces de rudimentario helipuerto cuando la ocasión así lo requería.

–¿Crees que será él? –le preguntó su abuelo acercándose a ella.

–¿Quién más podría ser? Está claro que es alguien a quien le gusta hacer una entrada triunfal.

Salieron a la terraza y esperaron a que se detuviera el motor del helicóptero. A pesar del frío que hacía, le hervía la sangre. Le dolía que ese hombre pudiera pensar que iba a conseguir impresionarlos llegando a los viñedos de una manera tan espectacular. Se abrió entonces la puerta del pasajero y su invitado salió del helicóptero dando un salto.

No pudo evitarlo, sintió que se le erizaba la piel.

Aunque andaba algo encorvado para protegerse de las hélices del aparato, vio que era bastante alto. Cuando se enderezó y pudo ver su cara, se dio cuenta de que tenía que ser un Chatsfield. Con esos rasgos cincelados y perfectos y su apariencia de chico malo, solo podía ser uno de los herederos de la cadena hotelera. Se intensificó el cosquilleo que sentía bajo su piel y no pudo evitar sentirlo también en sus pechos. Se cruzó de brazos y trató de convencerse de que estaba reaccionando de esa forma por culpa del frío que hacía allí afuera.

Cada vez estaba más molesta. No entendía por qué ese hombre los miraba con una gran sonrisa, como si estuvieran allí para darle la bienvenida.

–¿Es Angus Purman? –preguntó el recién llegado alargando la mano hacia su abuelo–. Soy Franco Chatsfield, encantado de conocerlo.

–Llámeme Gus, por favor –repuso su abuelo.

Franco estrechó la mano del anciano. A pesar de su edad, se la apretó con fuerza y no se le pasó por alto lo curtida que estaba su piel después de una vida de trabajo en el campo.

–Le presento a mi nieta, Holly. Ella es la verdadera jefa de todo esto

–le dijo el anciano.

A Franco le sorprendió mucho oírlo. No se lo había esperado.

–Encantado, Holly –la saludó dándole también la mano.

No podía haber notado mayor contraste entre los dos apretones de manos. El del anciano había sido fuerte y directo. La mano de la joven, en cambio, era fría y suave.

El contacto había sido tan breve que Franco no estaba seguro de si de verdad había sentido una especie de electricidad al tocarla o si solo habría sido un efecto de su propia imaginación.

Lo que no se le había pasado por alto era que ella no había abierto la boca ni le había devuelto la sonrisa. No parecía contenta de verlo allí. La miró de arriba abajo. Llevaba unos pantalones de color caqui, unas sucias botas y un polo de manga larga con el logotipo del viñedo. Tenía un aspecto triste y apagado. No llevaba maquillaje, la única nota de color era la de sus ojos azules.

–Les pido disculpas si mi llegada los ha pillado por sorpresa –comentó él.

Pensó que quizás estuviera enfadada porque no había tenido tiempo para cambiarse y arreglarse antes de que llegara. Sabía que a las mujeres les gustaba acicalarse.

–No, claro que no. Lo estábamos esperando –le dijo el anciano.

–Lo que no esperábamos era que llegara en eso –añadió la mujer señalando el helicóptero.

Tal y como había adivinado, estaba enfadada con él. Aunque no entendía por qué.

–He tenido que venir en él desde Mount Gambier. Han cerrado el aeródromo de Coonawarra por culpa de la tormenta y mi vuelo no podía aterrizar allí.

–¿Y no podía haber alquilado un coche? –le preguntó Gus mientras hacía girar la silla para volver a entrar en la casa y le hacía a Franco un gesto para que lo siguiera.

–No –repuso él entrando tras él–. Bueno, nada que fuera adecuado…

Recordó el coche que le habían ofrecido. Era tan pequeño que habría tenido que conducir hasta allí completamente doblado.

–¿No les quedaba ningún Maserati? –le preguntó bromeando la joven–. ¡Yo también lo odio cuando me pasan esas cosas!

–Holly… –murmuró Gus mirando a su nieta por encima del hombro.

Aunque empezaba a sentirse algo molesto, Franco se esforzó por sonreír. Estaba allí con un montón de dinero y un contrato que ni un loco querría rechazar. Pero esa mujer lo estaba tratando como si no fuera bienvenido. No entendía qué le pasaba ni qué problema tenía con él.

El calor lo envolvió cuando entraron en el salón de la casa. Había una cocina en un extremo y un comedor dominado por una enorme

mesa de madera en el otro. Una gran chimenea de piedra ayudaba a caldear el ambiente. No se había parado a pensar en lo que se iba a encontrar allí, pero lo último que se habría esperado habría sido una casa como esa. Le recordaba mucho a su propia villa en las colinas de Piacenza, a las afueras de Milán. Le parecía increíble sentir algo así cuando estaba al otro lado del mundo, en el sureste de Australia.

–Estábamos a punto de comer –le dijo Gus–. ¿Por qué no se sienta con nosotros?

–No, no se molesten, por favor –les dijo Franco.

Holly se fijó en su reloj de oro cuando levantó las manos. Parecía auténtico y muy caro. Tan caro y extravagante como sus zapatos de piel. Estaba segura de que se los hacían a medida y de manera artesanal. Vio que tenía los pies bastante grandes… No entendía por qué estaba pensando en eso.

Era alto, con pies grandes.

«¿Qué es lo que dicen sobre los hombres altos con pies grandes?», pensó entonces.

No pudo evitar sonrojarse, su mente la estaba traicionando.

Le dio la espalda a los dos hombres y fue a la cocina. Tomó el cuchillo y comenzó a cortar pan con más ímpetu del necesario. Estaba furiosa consigo misma. Ni siquiera le gustaba ese hombre, no entendía por qué estaba pensando en esas cosas.

–Un hombre no puede hacer negocios con el estómago vacío –le dijo su abuelo al recién llegado–. No es ninguna molestia, ¿verdad, Holly?

–No, claro que no –repuso ella–. Espero que le gusten los sándwiches de carne asada.

–Sí, por supuesto –le dijo Franco Chatsfield.

Había algo en su acento que le llamaba la atención. Se había imaginado que hablaría como un miembro de la clase alta británica, con ese aire de superioridad que parecía rodear a esa gente. Pero ese hombre tenía un acento diferente y recordó entonces que su madre era italiana.

–Así me gusta –comentó su abuelo–. Holly no solo hace el mejor vino de la región, sino que también es conocida por sus deliciosos sándwiches. Hace ella misma la salsa, ¿sabe?

–¿En serio? Vaya, qué suerte he tenido –repuso Franco–. Supongo entonces que he llegado en el mejor momento.

Holly vio que era uno de esos hombres que trataban de engatusar a la gente desplegando sus encantos. Preparó los sándwiches y los puso en una bandeja mientras añadía ese último descubrimiento a una lista cada vez más larga, la de cosas que no le gustaban de ese tipo.

Además de ser un Chatsfield y un encantador de serpientes, tenía un acento extraño, llevaba zapatos hechos a mano y relojes de oro y se permitía el lujo de contratar helicópteros cuando los simples mortales

tenían que limitarse a alquilar un coche.

No le gustaban nada los hombres encantadores y ricos. No se fiaba de ellos.

Miró por encima del hombro a su invitado. Estaba conversando con su abuelo.

Había empezado a llover de nuevo y el fuerte viento estaba haciendo que la lluvia golpeara con fuerza los cristales de las ventanas. Era tanto el ruido que hacía la tormenta, que apenas podía oír lo que estaban hablando, pero sí podía observarlo.

Franco Chatsfield se había quitado la chaqueta y vio que llevaba un jersey de punto fino que se abrazaba a los poderosos hombros y al torso de ese hombre como una segunda piel.

Aunque era alto, también era fuerte y musculoso. Tenía esa capacidad que ya había visto en otras personas, gente que parecía llenar las habitaciones con su presencia, incluso un salón tan grande como el de esa casa.

Acababa de descubrir una razón más para odiarlo. Llevó la bandeja con los sándwiches a la mesa y volvió deprisa a la cocina, donde se sentía mucho más segura. Puso agua en la tetera mientras observaba cómo tomaba uno de sus sándwiches. Vio que tenía manos esbeltas, con largos dedos… Recordó entonces cómo había sido darle la mano cuando llegó y se presentó. Todavía podía sentir el cosquilleo en su piel, una especie de descarga eléctrica que le había parecido percibir en cuanto sus manos se tocaron.

Franco levantó en ese momento la vista y la sorprendió observándolo. Se quedó sin aliento y se dio rápidamente la vuelta para mirar por la ventana. Se dio cuenta de que mirarlo era peligroso. No entendía qué le pasaba.

–¿No va a comer? –le preguntó Franco.

Holly negó con la cabeza. No sabía qué le había pasado a su apetito, estaba demasiado nerviosa como para comer, demasiado ocupada lamentando que ese hombre hubiera tenido que ir a verlos.

–Tienes que enseñarle a Franco los viñedos cuando deje de llover –le recordó su abuelo–. Muéstrale nuestro suelo terra rossa, una de las razonas por las que nuestras uvas son tan buenas.

–Abuelo, ¿has mirado por la ventana? No es un buen día para salir a dar un paseo con nadie.

Sobre todo si eso significaba que además iba a tener que estar a solas con él.

–¡Tonterías! –replicó Gus mirando a su invitado–. Si Franco ha venido hasta aquí es porque quiere ver todo esto y aprender todo lo que pueda de nuestros viñedos y de la bodega, ¿verdad?

–Por supuesto –respondió Franco con una sonrisa algo forzada–. Mientras esté aquí, me encantaría ver todo lo que pueda.

–Excelente –repuso Gus golpeándose los muslos con las palmas de las manos.

Su abuelo parecía entusiasmado con la idea, pero ella no lo tenía tan claro. No le parecía que a Franco le hiciera demasiada ilusión salir a ver los viñedos. Supuso que le daría miedo echar a perder sus maravillosos zapatos de piel.

–Parece que ha amainado. Será mejor que salgáis antes de que vuelva a llover –les dijo–. Holly te dará un abrigo.

Franco se puso en pie.

–De acuerdo –murmuró el invitado–. Y, Gus, después del paseo, ¿podríamos sentarnos a concretar los detalles del contrato?

Holly se giró hacia él en cuanto oyó su sugerencia.

–No pierde el tiempo, ¿verdad, señor Chatsfield? –le dijo.

–Por favor, llámame Franco. Y no, no me gusta perder el tiempo. De hecho, traigo un contrato conmigo que ya está listo para ser firmado. Ya le expliqué los generosos términos a su abuelo por teléfono y sé que es la mejor oferta que van a tener.

–Me parece estupendo –le dijo Gus con los ojos brillantes–. Siento no poder acompañaros en el paseo, pero desgraciadamente estoy confinado a esta silla. Holly, estaré en el despacho, ¿de acuerdo? Tengo que buscar algo. Avísame cuando volváis y nos sentaremos juntos para hablar de ese contrato.

Se había abierto un poco el cielo, pero aún había oscuras nubes en el horizonte. Holly calculó que no tenían más de diez minutos antes de que volviera a llover con fuerza.

–Va a echar a perder sus elegantes zapatos en el barro –le advirtió ella mientras se ponía su viejo chubasquero.

–No pasa nada, solo son zapatos –le dijo él.

Holly sonrió mientras se ponía sus altas botas de goma. Creía que solo alguien como él, acostumbrado a usar zapatos hechos a mano, podía permitirse el lujo de decir que solo eran zapatos. Empezaba a ver que los Chatsfield tenían más dinero que sentido común.

Otro crimen que agregar a su ya larga lista.

Comenzó a andar delante de él, atravesando el empapado césped con sus botas de lluvia y con las manos metidas en los bolsillos de su chubasquero. No tenía que darse la vuelta para saber que Franco estaba justo detrás de ella. Podía sentirlo en su piel. Era como si el aire se hiciera más denso a su alrededor. Ese hombre era una nube negra más con la que tenía que lidiar ese día de tormenta. Al menos sabía que esa nube no tardaría mucho en esfumarse para volver a su mundo lleno de privilegios y escándalos.

Su abuelo le había pedido que fuera amable con él y respiró

profundamente para tratar de calmarse y olvidar todo el resentimiento que sentía, pero no le gustaba nada ese hombre, ni su apariencia de galán de Hollywood, ni sus grandes pies ni sus largos dedos.

No sabía por qué, pero no podía reunir las fuerzas necesarias para olvidarse de todo lo que le desagradaba de ese hombre para ser amable con él.

Supuso que al menos podía intentar tratarlo de una manera más o menos civilizada. Después de todo, no iba a estar allí mucho tiempo y podía hacer ese pequeño esfuerzo.

–Tenemos unas cincuenta hectáreas de la mejor tierra de Coonawarra bajo estas vides… –comenzó ella.

Pero Franco no la escuchaba. Estaba demasiado distraído con lo que acababa de descubrir. Había visto la sonrisa de esa joven antes de salir de paseo con él. Había sido un gesto muy breve, solo había sonreído porque estaba segura de que él iba a echar a perder sus zapatos, pero había sonreído.

Y ese sencillo gesto había sido toda una revelación para él porque, cuando sonreía, era casi bonita. Cuando bajaba la guardia y sonreía, sus ojos azules se hacían más luminosos.

Había sido toda una sorpresa.

Holly lo llevó hacia un viejo edificio de piedra que estaba rodeado por enormes eucaliptos, vio que salía humo de la chimenea. Mientras le hablaba, solo escuchaba a medias, sin prestar demasiada atención a los detalles sobre las variedades de uva, el suelo o el rendimiento que le daban a esas tierras. No necesitaba tener tanta información. Pensaba irse de allí en cuanto consiguiera que firmaran el contrato y, entonces, no tendría que volver a preocuparse por Vinos Purman ni por esa joven que tan poco había hecho por ocultar lo que pensaba de él.

Pero, hasta entonces, sabía que iba a tener que soportar la situación de la mejor manera posible.

Se detuvieron frente a una grieta que había en el suelo. Habían sacado bastante tierra de ella y era fácil apreciar el rico suelo rojo sobre una veta de blanca piedra caliza. Holly le empezó entonces a hablar de los distintos tipos de tierra y él perdió la paciencia.

–No necesito una clase de geología. Sé lo que es la famosa terra rossa y lo que significa.

Después de todo, su madre era italiana y llevaba una década viviendo en ese país.

–¡Ah, lo siento! Pensé que se había criado en Inglaterra.

–Y así fue –le explicó él con poco entusiasmo.

Miró la enorme nave que había detrás de esa casa de piedra. Suponía que allí estarían la mayor parte de los vinos y sospechaba que aquel sitio era la siguiente parada de ese tour. Estaba deseando dar

por terminado el paseo. Había accedido a salir con ella a ver los viñedos porque temía que a Holly y a su abuelo les preocupara que no supiera de vinos.

Pero miró a su alrededor y decidió que ya había demostrado suficiente interés. Creía que ya había llegado el momento de centrarse en la negociación. De otro modo, no iba a poder dar por concluido el trato ese mismo día.

–Gracias por el paseo, señorita Purman, pero creo que deberíamos volver a la casa ya.

Holly lo miró con el ceño fruncido.

–Pero aún no hemos terminado el recorrido.

–Sí, pero Gus nos está esperando.

–Sabe que lleva un tiempo verlo todo, no se preocupe por él –le dijo Holly.

–Preferiría no hacerle esperar.

Holly contuvo la respiración un segundo y la soltó después de golpe.

–Pero si ni siquiera ha visto la bodega ni ha probado los vinos –le dijo algo frustrada.

–El vino es bueno. De lo contrario no estaría aquí con un contrato en el bolsillo. Los hoteles Chatsfield quieren comprar toda la cosecha, hasta el último barril de roble francés. Me enseñe lo que me enseñe hoy aquí, no vamos a cambiar de opinión. Creo que sería mucho mejor que aprovecháramos el tiempo concretando los términos del contrato.

Holly le dedicó una mirada heladora.

–Sabía que no estaba interesado en que le enseñara todo esto –le dijo con un tono acusatorio mientras señalaba los viñedos y el resto de la finca con la mano–. Nada de esto le interesa, ¿verdad?

Lo estaba mirando directamente a él, sacudiendo la cabeza mientras esos ojos azules lo diseccionaban de arriba abajo con la precisión de un láser.

–No se lo tome como algo personal. Estoy aquí para firmar un contrato, no para hacer turismo.

–¿Ha probado nuestros vinos?

–¿Es eso relevante?

–¡Es usted increíble! –exclamó furiosa–. ¡Seguro que ni siquiera sabe nada de vino!

Se le erizó el pelo de la nuca al oír su acusación.

«Si usted supiera…», pensó. Pero no pensaba ser él quién le aclarara ese punto.

–Sé un poco de vino –le dijo él.

Holly le sonrió entonces, pero fue una sonrisa fría, no había brillo en sus ojos azules. Seguían mirándolo con frialdad y estaban llenos de acusaciones hacia él.

–¿Sabe un poco de vino? Así que es todo un experto –repuso con

sarcasmo–. Entonces, supongo que sabe que hay dos tipos de vino, ¿no? ¿Tinto y blanco?

Sintió que todo su cuerpo se tensaba y contuvo la respiración. Tenía que calmarse. Cuando por fin consiguió recuperarse lo suficiente como para hablar, lo hizo con la voz tranquila.

–Bueno, no hay por qué ponerse así…

–No, por supuesto que no –le dijo Holly sin ocultar cuánto le desagradaba su presencia en los viñedos–. ¡Se me olvidaba que en realidad hay tres tipos de vino! Después de todo, es un Chatsfield y, además de nacer entre algodones, supongo que solo beben champán.

Apretó las manos formando puños. No le gustaba que la gente lo juzgara. No lo había hecho nadie desde que su padre le dejara muy claro que no lo necesitaba. Franco había abandonado poco después sus estudios en el prestigioso colegio de Eton y se había ido a vivir a Italia. Desde entonces, nadie lo había juzgado por sus hechos, solo él mismo. Y era el crítico más duro que podría haber tenido.

Así que no pensaba permitir que esa mujer se atreviera a criticarlo. No sabía nada de él. No lo conocía.

Sintió un dolor en el costado, donde tenía la cicatriz, que le resultaba muy familiar. Tanto como el dolor que le producía la culpabilidad que sintió cuando descubrió lo que, sin saber, había dejado atrás en Inglaterra, esa culpabilidad por los años perdidos y por el dolor que había causado. El sentimiento de culpabilidad que lo perseguía desde que perdió a su hija.

Nikki.

No se perdonaba no haber podido salvarla.

El dolor era tan agudo y profundo como entonces, aunque ya habían pasado diez años. No podía olvidar el momento en el que se dio cuenta de que todo lo que tenía, todo lo había hecho, no le iba a servir para nada.

Por eso no soportaba que esa mujer lo juzgara sin conocerlo.

Había acordado con Giatrakos que iba a conseguir el contrato para los hoteles, pero no tenía por qué hacer nada más. No tenía que llevarse bien con aquella mujer ni hablarle de su vida. Tampoco creía que tuviera que pedirle disculpas por no estar más interesado en su vino. No quería su comprensión ni su perdón. Todo lo que necesitaba era su firma al final del contrato.

–Los hoteles Chatsfield quieren comprar sus vinos y estamos dispuestos a pagar mucho dinero por tener ese privilegio –le dijo tratando de controlar el tono de su voz–. No solo queremos comprar toda la cosecha, sino que además sus queridos vinos serán exhibidos y servidos de manera exclusiva en los lujosos restaurantes de los hoteles. No conseguirán una oferta mejor. Así que ¿por qué parece empeñada en no querer escuchar lo que tengo que decir?

Holly lo miró con la cabeza bien alta.

–A lo mejor porque no tengo ningún interés en escucharlo. Si de verdad les interesan nuestros vinos, deberían haber enviado a alguien que entendiera algo del tema, ¡no a un simple mensajero!

Si lo hubiera abofeteado en ese momento en la mejilla con la palma de su mano, no le habría dolido tanto como le dolieron sus frías palabras. Y, si no hubiera necesitado como lo hacía la cooperación de esa mujer para conseguir que su abuelo firmara el contrato, se habría dado la vuelta en ese momento para volver al helicóptero e irse de allí.

Pero no podía hacerlo.

No pensaba darle esa satisfacción a la fría señorita Purman. En ese momento, esa mujer se interponía entre su objetivo y él, pero estaba decidido a conseguir cuanto antes lo que había ido a buscar.

Tenía que hacerlo. No podía arriesgarse a perder el dinero que recibía de la familia. Estaba dispuesto incluso a vender su alma al diablo con tal de no perder ese dinero.

Respiró profundamente. Olía a tierra mojada y a hierba recién cortada. No podía permitirse el lujo de llevarle la contraria a esa mujer, tenía que tratar de seguirle la corriente para conseguir que accediera a venderles su vino. Por mucho que lo provocara, no pensaba morder el anzuelo, pero tampoco estaba dispuesto a dejar que lo insultara.

–¿Trata igual a todos sus clientes, señorita Purman? ¿O soy solo yo el afortunado? –le preguntó.

Holly sonrió entonces y volvió a ver algo de brillo en sus ojos azules. Parecía encantada con la situación. Estaba disfrutando haciéndolo sufrir de esa manera.

–Me temo que es solo a usted. ¿Hace eso que se sienta especial, señor Chatsfield?

Le parecía increíble que tuviera el descaro de admitirlo. Le costó contener su enfado, pero podía sentir cómo comenzaba a hervirle la sangre en sus venas. Podía sentir los latidos de su corazón golpeando sus sienes.

Estaba allí para ofrecerle a esa mujer la oferta más provechosa que iban a conseguir en su vida. Pero Holly Purman lo estaba tratando como si fuera escoria.

Se las arregló para forzar una sonrisa, aunque le costó mucho trabajo hacerlo.

–Bueno, creo que estamos perdiendo el tiempo. Será mejor que vaya a hablar con su abuelo. Él me ha parecido un poco menos reacio a hacer negocios con la cadena Chatsfield.

–Muy bien, como quiera, vayamos a hablar con mi abuelo –le dijo Holly sonriendo.

Le sorprendió ver que a ella no parecía costarle mantener esa sonrisa tanto como a él.

–Pero mi abuelo y yo formamos una sociedad, va a necesitar las firmas de los dos en ese contrato –agregó ella–. Yo que usted, no me haría demasiadas ilusiones.

Capítulo 3

Esto es ridículo!

Franco Chatsfield parecía cada vez más desesperado.

Llevaban toda la tarde hablando sin llegar a ninguna parte. Franco había estado vendiéndoles las bondades de su oferta, resaltando siempre que tenía ocasión las ventajosas condiciones del contrato.

Su abuelo lo había escuchado con entusiasmo, pendiente de cada una de sus promesas, pero Holly… Ella había estado sacando punta a cada detalle del contrato, empañando siempre que podía el entusiasmo de Franco y encontrando todo tipo de defectos en el acuerdo.

Habían hablado durante horas, pero la firma de Franco era aún la única sobre el papel.

No había sido fácil negarse.

Holly tenía que reconocer que la oferta de Franco Chatsfield sonaba muy bien. Les había tratado de vender el contrato convenciéndolos de que era el mejor trato que iban a conseguir en la vida y les había prometido mucho dinero. Entendía que, para su abuelo, esa oferta le pareciera un sueño hecho realidad, la culminación de lo que había sido el trabajo de toda una vida.

Si pensaba solo en los beneficios económicos, se trataba de una oportunidad increíble, pero eso no implicaba que fuera a conseguir que se doblegara y aceptara la oferta.

Creía que había cosas más importantes que el dinero y no se quitaba de la cabeza lo que les había pasado años atrás, cuando alguien había estado a punto de arruinarlos arrastrando su nombre por el fango. Sabía demasiado bien el daño que podía llegar a hacer la mala publicidad.

En ese caso, debía tener en cuenta que la oferta procedía de la familia Chatsfield, un apellido que había estado unido a escándalos de todo tipo durante años. No le parecía inteligente hacer negocios con ellos y no entendía por qué su abuelo no lo veía así.

El helicóptero que había llevado a Franco al viñedo había terminado por marcharse sin él y no se le había pasado por alto que, aunque se había mostrado impasible durante la negociación, había contemplado con cierta tensión en su cuerpo cómo se iba su medio de transporte.

Cada vez apretaba más los labios y fruncía más el ceño. Le daba la impresión de que estaba tratando de controlarse, que dentro de él

había un volcán a punto de estallar.

Y había terminado por entrar en erupción cuando su abuelo se apartó de la mesa de negociaciones diciéndoles que regresaría poco después. Antes de que ella pudiera preguntarse qué habría ido a buscar, Franco la sorprendió con un puñetazo en la mesa y poniéndose en pie.

–Esto es una pérdida de tiempo –gruñó mientras se acercaba a la chimenea–. No estamos consiguiendo nada –agregó pasándose los dedos por el pelo.

Después, se dio la vuelta para mirarla y le clavó sus fríos ojos grises.

Una vez más, se quedó sin respiración ante la imponente presencia de ese hombre. No dejaba de sorprenderle su altura y el poder que parecía emanar de su cuerpo. Tenía una capacidad increíble para hacer que se concentrara solo en él.

–¿Qué problema tiene conmigo? –le preguntó irritado.

El teléfono comenzó a sonar en ese instante, pero solo un par de veces. Supuso que su abuelo habría contestado la llamada desde su despacho.

Mientras tanto Franco seguía mirándola fijamente y con mucha hostilidad en sus ojos.

Tuvo la tentación de sonreír, pero pensó que no era buena idea hacerlo. Aun así, le gustó ver que estaba poniéndole las cosas difíciles a ese hombre tan arrogante. No iba a permitir que se fuera de allí con la satisfacción de haber conseguido lo que quería.

No, sabía que era mejor no sonreír, no quería provocarlo, pero tampoco pensaba agachar la cabeza.

–A mí me parece que no soy yo la que tiene un problema.

–¿Eso cree? Pues a mí me parece que es la mujer más obstinada, intransigente y testaruda que he conocido en toda mi vida.

–¡Vaya, gracias!

–No era un cumplido.

Holly lo miró levantando las cejas y con un gesto de fingida sorpresa.

–¿No? Bueno, yo prefiero tomarlo como tal.

Franco resopló y se alejó de ella. No le extrañaba que Holly Purman viera cualquier comentario como un cumplido. Vistiéndose con esa ropa de trabajo tan amplia y poco favorecedora, suponía que no recibiría a menudo ningún tipo de halago.

Se acercó de nuevo a la chimenea. Necesitaba que firmaran ese contrato y estaba empeñado en conseguirlo. Se negaba a que esa mujer le ganara la partida, una mujer que lo había tratado desde el primer momento como si fuera su enemigo.

Pero no sabía qué hacer para que cambiara de parecer.

Al anciano había conseguido convencerlo, lo tenía en el bolsillo.

Pero a ella…

Pensó de nuevo en el abuelo y se dio la vuelta para mirarla. Tenía que usar todas las armas y decidió usar otra táctica aprovechando que estaban solos.

–¿Por qué se opone a este contrato? –le preguntó directamente–. Está claro que a su abuelo le interesa. ¿Por qué se niega a firmar?

Holly se cruzó de brazos. Su lenguaje corporal le dejaba muy claro hasta qué punto se negaba a dar su brazo a torcer. Pero ese gesto de desafío le había revelado algo más. Algo tan inesperado como la transformación de su cara cuando sonreía.

El gesto había conseguido que se fijara en sus pechos. No podía evitarlo. Bajo esa camiseta ancha y recta con el logotipo de Vinos Purman había un cuerpo con curvas. Y el calor de su ira se transformó en otro tipo de calor, sintió cómo respondía su cuerpo, su traicionero cuerpo.

–Porque creo que podemos conseguir ofertas mejores –respondió Holly por fin.

–¿Mejores ofertas desde el punto de vista económico? –le preguntó con incredulidad.

–Puede que le sorprenda saber que hay más en la vida que el dinero, señor Chatsfield. Estamos tratando de construir una marca de prestigio. Ya hemos logrado que nuestros vinos consigan varios premios y queremos seguir por ese camino. No quiero hacer nada que ponga en riesgo la calidad de nuestros productos ni su buena fama.

–¿Así que está dispuesta a rechazar nuestra oferta porque tiene miedo?

Holly se puso de pie con ímpetu y lo miró con ojos desafiantes.

–Puede llamarlo miedo o como quiera. Para mí, es una decisión basada en la experiencia. Ya tuvimos un problema en el pasado y no pienso caer en el mismo error. ¿Acaso cree que su empresa es la única que ha sabido ver el valor de nuestros vinos? Hace diez años, alguien muy rico trató de comprar los viñedos y nos ofreció mucho dinero.

De hecho, les había ofrecido algo más, pero Holly prefería no pensar en eso. Se le revolvía el estómago al recordarlo.

–Al final, mi abuelo rechazó su oferta y ese hombre hizo todo lo que pudo por arruinarnos. Publicó críticas horribles sobre nuestros vinos y la empresa. Estuvo a punto de echar a perder todo lo que habíamos construido, amenazó las buenas relaciones que habíamos tenido hasta entonces con nuestros distribuidores y con nuestros clientes más fieles –le dijo ella con ímpetu–. Hemos tardado diez largos años en reconstruir nuestro prestigio. Por eso me niego a firmar ese contrato. Su familia tiene más probabilidades de aparecer en las revistas del corazón que en los periódicos financieros.

Sus mejillas estaban sonrojadas y apretaba los puños con fuerza. Sus

ojos, que tan fríos le habían parecido al principio, ardían tanto como el fuego de la chimenea. Era como si Franco la estuviera viendo por primera vez. Le pareció una mujer extraordinaria.

Parte de él quería provocarla, seguir aguijoneándola un poco más para ver de nuevo esa pasión. La mujer apocada y seria que había conocido esa tarde se había transformado en una auténtica tigresa que parecía dispuesta a todo para proteger a sus cachorros.

Una parte de él se preguntó si también sería una tigresa en la cama. No pudo evitar imaginar cómo sería sentir esa pasión desatada entre sus brazos.

Pero su sentido común le recordó dónde estaba, qué hacía allí y quién era ella. No podía perder la cabeza de esa manera. Además, Holly Purman no era su tipo de mujer.

Y tenía un trato que necesitaba cerrar con ellos cuanto antes.

–¿No le parece extraño que su abuelo no esté tan preocupado como usted?

Holly negó con la cabeza.

–Gus ha visto su oferta con gafas de color rosa. Su visión está distorsionada. Tiene una idea romántica e idealizada de los hoteles Chatsfield. Recuerda cómo eran antes, cuando la cadena tenía una reputación excelente y era símbolo de elegancia y glamour. Aunque respeto la opinión de mi abuelo, creo que en esto se equivoca.

–Los hoteles Chatsfield no son una cadena más. Habla de ellos como si se trataran de moteles de carretera –protestó él.

–Puede llamarlos como quiera. El hecho es que su reputación ha caído en picado durante los últimos años. Me temo que mi abuelo no está al tanto de todos los escándalos relacionados con su familia de los que hablan las revistas.

–¿Y usted sí está al tanto?

Vio que su comentario había conseguido enfadarla aún más.

–Voy al dentista dos veces al año y cada vez que lo hago, las revistas de la sala de espera tienen alguna historia que contar sobre el clan Chatsfield.

Sacudió la cabeza sin poder ocultar su irritación. Él también se avergonzaba a veces de pertenecer a la familia a la pertenecía. Holly tenía razón en eso. Durante años, las revistas habían descrito en sus páginas hasta los detalles más sórdidos de sus vidas. Si era su familia lo que le preocupaba a Holly, no sabía que cómo iba a convencerla para que firmara.

–Ha tratado este contrato con desprecio desde el principio. Y al no estar dispuesta a prestar ni un mínimo de atención a lo que quiere su abuelo, creo que también está despreciándolo a él y sus deseos.

–Mi abuelo superará la decepción de no conseguir este contrato en cuanto le muestre el siguiente escándalo protagonizado por la familia

Chatsfield en una de esas revistas. Porque estoy segura de que seguirán apareciendo en la prensa. Entonces, se sentirá contento y aliviado de no haber llegado a un acuerdo con sus hoteles –replicó Holly–. Además, no necesitamos su contrato. Tenemos otras ofertas sobre la mesa.

–¿Como la nuestra? Eso no me lo creo.

–No, no son como la suya, son mejores –le contestó ella con orgullo y firmeza–. Se trata de ofertas sólidas con empresas que cuentan con una buena reputación, nombres a los que nos encantará ligar la marca de Vinos Purman. Aunque con esas empresas no vamos a ganar tanto dinero, al menos podremos estar seguros de que nuestra marca no acabará arrastrada por el fango, como les pasa a sus famosos hermanos.

Una fuerte ráfaga de viento hizo temblar los cristales de las ventanas y el fuego crepitaba en la chimenea, escupiendo chispas que no podían rivalizar con el calor que desprendían los fríos ojos grises de Franco. No se le pasó por alto esa contradicción entre el fuego y el hielo de su mirada.

La había acusado de ser una mujer intransigente.

Creía que tal vez tuviera razón.

Pero estaba convencida de que tenía buenos motivos para serlo. Lo cierto era que no entendía muy bien por qué su abuelo no lo veía tan claro como ella. Después de todo, Gus había estado allí hacía diez años, cuando tuvieron que reconstruir con gran esfuerzo el prestigio de su marca después de que fueran humillados públicamente.

–Lo siento, Franco –le dijo ella algo cansada de discutir y de tener que soportar la tensión que le provocaba estar en la misma habitación con ese hombre–. Creo que no tiene sentido seguir hablando de esto, no voy a cambiar de opinión. No es el tipo de persona con la que quiero hacer negocios, eso es todo.

Su abuelo regresó en ese momento al salón, ajeno a la tensión que había surgido entre Franco y ella. Vio que tenía una vieja caja de cartón en su regazo.

–Era Tom el que llamaba por teléfono –le dijo a su nieta con el ceño fruncido.

Al ver el gesto de preocupación en el rostro de su abuelo, se olvidó de Franco.

–¿Qué pasa? –le preguntó ella.

–No va a poder hacerlo –respondió Gus.

–¿Cómo? ¡Pero prometió que estaría aquí mañana!

Habían contratado a un equipo de trabajadores para que empezaran con las viñas más jóvenes un par de semanas más tarde, pero Tom era un experto que había accedido a ayudarla con sus plantas más preciadas. No podía confiar su cuidado a nadie más.

–Susie está enferma. Me ha dicho que tiene cáncer de mama y comienza el tratamiento de quimioterapia este lunes en Adelaida. Lo siente mucho, pero…

–Abuelo… –susurró.

Holly cruzó el salón y se arrodilló al lado de su abuelo mientras tomaba una de sus manos entre las de ella. Gus había perdido a Esme, su esposa, por culpa del cáncer. De eso hacía ya veinte años, ella había sido solo una niña, pero sabía que Tom y Susie habían estado al lado de su abuelo en todo momento durante aquel trance.

Perder a Esme había estado a punto de matar a su abuelo. En una ocasión le había llegado a decir que, si no hubiera tenido que cuidar de ella, habría muerto de pena. Podía imaginarse lo duro que sería para su abuelo ver lo que le estaba pasando a su amigo.

–Es una noticia muy triste –le dijo ella.

–Le he recordado que las cosas han mejorado mucho, que hay muchas más posibilidades de que Susie termine por curarse. Hace veinte años todo era distinto…

Holly parpadeó para ahuyentar las lágrimas. Le habría encantado poder abrazar a su abuelo en esos momentos, pero se lo impedía la presencia de ese hombre.

–Seguro que sí, abuelo. Seguro que todo sale bien.

–Sí, pero todo esto va a complicar nuestros planes, Holly. ¿En dónde vamos a encontrar a alguien que te ayude con la poda en tan poco tiempo?

–Ya hablaremos de ello más tarde –le dijo ella con ganas de dar por terminada la conversación.

Miró de reojo a Franco. No le gustaba que ese desconocido estuviera allí, observándolos y siendo consciente de todo lo que estaba pasando en su vida en ese momento.

–Tom no es el único que puede podar –le recordó a su abuelo.

Aunque la verdad era que le parecía casi imposible que fueran a ser capaces de encontrar a otra persona como él en esa época del año.

–¿Qué hay en esa caja? –le preguntó a Gus para cambiar de tema.

–¡Ah, es verdad! –exclamó su abuelo como si se le hubiera olvidado lo tenía en su regazo–. No ha sido fácil, pero la he encontrado. Acércate, Franco, creo que a ti también te va a interesar.

Holly siguió a su abuelo hasta la mesa del comedor. Sentía curiosidad, pero también estaba muy frustrada con esa situación. No creía que en esa caja pudiera haber nada que cambiara las cosas, pero tenía que reconocer que sentía curiosidad por ver lo que había allí.

Gus abrió la caja.

–¿Fotografías? –susurró Holly al ver el contenido.

No sabía en qué estaba pensando su abuelo. La caja estaba llena de fotos antiguas. Algunas eran muy viejas y tenían un tono sepia, había

muchas en blanco y negro y otras, más recientes, ya en color. Empezó a colocarlas sobre la mesa. Eran fotos de su familia. Se dio cuenta de que su abuelo estaba buscando algo en concreto.

Lo que no entendía era por qué pensaba que a Franco podría interesarle.

–No sabes cuánto he tardado en encontrarlas –continuó su abuelo–. Me imaginé que estarían en algún lugar del trastero, pero no sabía… ¡Mira! –les dijo mostrándoles una fotografía–. Aquí estás en la playa. Debías de tener unos tres años.

Miró la foto. Era ella sentada en el regazo de su madre. Llevaba un bañador de flores y sonreía a la cámara con una pala en una mano y un cubo en la otra.

Se le fueron los ojos a su madre. Estaba muy sonriente en la foto. Tocó con un dedo la cara de esa mujer. Le habría encantado poder recordarla, pero solo la reconocía por las fotografías.

–¡Aquí está! –anunció Gus encantado unos minutos después–. ¡Ah, no! No, es esto –murmuró mientras seguía mirando.

Holly miró de todos modos la foto. Ya la había visto antes, era una foto de sus padres con ella recién nacida. Habían tenido una copia más grande de esa foto sobre la chimenea hasta que ella, cuando tenía unos diez años, decidió llevársela a su dormitorio.

Suponía que su abuelo se había percatado, pero nunca le había dicho nada al respecto.

Miró a sus padres, parecían una pareja tan feliz… Sonreían a la cámara. Ella iba vestida con un largo faldón lleno de encaje, había sido el día de su bautizo.

Podía ver en la sonrisa de su padre el parecido que había tenido con el abuelo. No podía dejar de estudiar la foto. Sí, su padre tenía la misma sonrisa que Gus y ella había heredado los ojos de su madre. Había tenido los ojos de un azul turquesa y el pelo, rubio.

Una vez más, deseó poder recordar más de lo que le contaban esas viejas fotografías. Le habría encantado recordar el olor de su madre mientras la abrazaba con fuerza o la aspereza de la cara de su padre cuando le daba un beso de buenas noches. Pero se había quedado sin ellos demasiado pronto y no tenía recuerdos reales. Sintió que las lágrimas llenaban sus ojos y trató de controlarlas. No pensaba llorar delante de su invitado.

–Pero, ¿por qué las sacas ahora, abuelo? ¿Qué es lo que estás buscando? –le preguntó Holly.

–¿Y por qué cree que podría interesarme? –añadió Franco.

Holly se sobresaltó al escucharlo. Hasta entonces, no había sido consciente de que estaba de pie detrás de ella. Había estado tan absorta con las fotos que no se había dado cuenta de que Franco se le había acercado para mirarlas también. Estaba tan cerca de ella que no

se atrevía a volver la cabeza. Tan cerca que podía sentir el calor que desprendía su cuerpo.

No entendía por qué tenía que estar tan cerca.

Después de todo, nada de eso tenía que ver con él. Eran solo fotos familiares.

–Porque en algún lugar en esta casa… –comenzó Gus–. En algún lugar, hay… ¡Aquí! –exclamó de repente mientras sacaba algo y se lo pasaba a Holly–. ¡Lo sabía! Lo sabía. ¿Ves?

Pero no entendía qué era lo que tenía que ver. Era un viejo recorte de periódico con una foto de sus padres en la calle. Estaban frente a un edificio y era el día de su boda. Se quedó sin aliento al reconocer el nombre escrito en el toldo que había sobre sus cabezas. ¡No podía creerlo!

Negó con la cabeza, no podía ser.

–¿Qué? No, no entiendo… –dijo mirando a su abuelo.

–Tus padres se casaron en el hotel Chatsfield de Sídney el día de su inauguración –le dijo Gus.

–Pero, ¿cómo? ¿Por qué…?

Era la primera noticia que tenía y le resultaba increíble. Le parecía poco probable que sus padres se hubieran podido permitir celebrar su boda en ese hotel y en una ciudad tan lejana.

–Pero, les costaría una fortuna… –murmuró confundida.

–No les costó nada. Una revista femenina hizo un concurso a nivel nacional para celebrar la inauguración del hotel. Los participantes tenían que escribir una carta al hotel explicando por qué se merecían celebrar su boda allí. Tu madre participó –le contó su abuelo–. Nunca pensó que pudiera llegar a ganar, pero lo hizo.

–¿Puedo verlo? –le preguntó Franco inclinándose sobre ella y tomando el recorte con sus largos dedos.

La rodeó su aroma al instante. Olía a cuero húmedo y a tierra. Era un aroma muy masculino. Dejó que agarrara el papel, al menos para lograr así que se apartara de ella. Estaba deseando que saliera de su espacio personal, no quería tener que sentirlo tan cerca.

Cuando vio que no se apartaba, decidió tomar cartas en el asunto y se levantó de la silla. Fue a refugiarse a la cocina, donde se sentía a salvo. Todo estaba cambiando demasiado deprisa y le costaba aceptar lo que acababa de descubrir.

–Mi madre ganó el concurso… –susurró.

Se sentía desinflada y no le gustó no haberlo sabido hasta ese momento.

–Así fue. El premio consistía en poder celebrar allí la ceremonia y el banquete. También incluía los billetes de avión a Sídney –le contó su abuelo–. Tania y Richard pudieron además pasar el fin de semana en la suite nupcial. Todo estaba incluido.

Gus miró el recorte de prensa moviendo suavemente la cabeza.

–Ojalá tuviéramos más fotos de la boda, pero le pasó algo al carrete y no salió ninguna. Tu madre se llevó un disgusto muy grande.

–Por lo que parece, tenemos más en común de lo que pensábamos –comentó Franco con una sonrisa triunfadora–. Nuestras familias tienen un pasado en común.

–¿Por qué no me lo contaste antes, abuelo? –le preguntó a Gus ignorando el comentario de su invitado.

No quería que nadie le dijera que tenía algo en común con la familia Chatsfield, prefería no pensar en eso. Tampoco le gustaba que Franco estuviera viendo todas esas fotos tan íntimas, como la de ella en la playa. De hecho, no lo quería allí y punto.

–¿Por qué has esperado hasta ahora para decírmelo?

Su abuelo se encogió de hombros. Tenía un gesto muy triste en su rostro. En ese momento, le pareció diez años mayor de lo que era.

–La verdad es que nunca se me ocurrió contártelo, cariño. Cuando eras pequeña, me pareció que se trataba de un detalle que no te iba a interesar. Teníamos cosas más importantes en nuestras mentes. Y supongo que, con el tiempo, acabé por olvidarlo.

–Pero lo recordarías después de que te llamara Franco, ¿no? ¿Por qué no me dijiste nada entonces? –insistió Holly.

Los ojos de su abuelo se llenaron de lágrimas y sintió que, al verlo así, a ella le pasaba lo mismo.

–Quería que fueras tú la que tomaras la decisión de firmar el contrato con ellos o no, no quería hacer ni decir nada que te pudiera influir –le confesó Gus–. Este negocio es tan tuyo como mío, Holly. De hecho, eres el futuro de Vinos Purman y creo que yo no debería siquiera entrometerme ya en estas decisiones.

–¡No! ¡Abuelo, no digas eso!

Gus levantó una mano para detenerla.

–Escúchame, cariño. Como te decía, probablemente no debería entrometerme, pero no puedo evitarlo. Creo que este acuerdo es bueno y no solo por el dinero, sino por el prestigio que podría sumar a nuestra marca. Sé que no estamos de acuerdo en eso, pero, antes de tomar una decisión definitiva, quería que supieras por qué estoy tan a favor de este contrato. Tus padres se casaron en el Chatsfield de Sídney, Holly. Fue un día perfecto y estaban tan felices… Y estarían tan orgullosos ahora si supieran que esos hoteles han elegido los Vinos Purman para que sean el producto estrella en sus bodegas… Sé que estarían muy orgullosos de ti y de lo que has logrado.

No le parecía justo que le hablara así, pero tenía que reconocer que las palabras de su abuelo habían logrado que se le hiciera un nudo en la garganta.

–Abuelo…

Se mordió el labio inferior, tratando de mantener la compostura. No le extrañaba que hubiera estado tan interesado en ese contrato desde el principio ni que tuviera tan buena opinión de los hoteles Chatsfield cuando la boda de sus padres se había celebrado allí. Supuso que habría sido una maravilla de celebración, como algo sacado de un cuento de hadas.

Pero creía que Gus se aferraba a una visión de los hoteles Chatsfield que ya no existía, sus días de gloria habían quedado en el pasado.

–Lo siento, Holly. Puede que me haya equivocado, a lo mejor no debería haberte dicho nada en absoluto –le dijo su abuelo.

Tuvo que respirar profundamente para tratar de calmarse antes de hablar.

–No. No te preocupes, no pasa nada –le dijo ella.

Pero sí pasaba.

Las razones que había tenido para negarse a firmar un contrato entre los Chatsfield y Vinos Purman no habían cambiado, pero empezaba a entender lo que significaba ese acuerdo para Gus.

Para él, no era solo el mejor contrato que iban a obtener, sino una manera de cerrar el círculo y enlazar el presente con el pasado, un pasado en el que su hijo, el padre de Holly, aún estaba vivo. Gus asociaba el apellido Chatsfield con uno de los momentos más felices de su vida.

Después de saberlo, no le extrañaba que quisiera firmar ese contrato.

Pero ella seguía sin estar segura de que fuera lo mejor para ellos.

Franco no tardó en darse cuenta de que tenía una oportunidad de oro. Era una idea a la que había estado dando vueltas en la cabeza durante unos minutos, desde que regresara el anciano al salón. Entonces, no había sido más que la sombra de una idea, solo algo que le había dado por pensar.

Sabía que tenía a Gus Purman en el bolsillo. Se le acababa de presentar además la oportunidad perfecta para hacer que su nieta cambiara de opinión y firmara el contrato.

Iba a tardar más de lo que le habría gustado, le iba a llevar bastante más tiempo del que se había dado para ese viaje. Pero creía que sería un tiempo bien empleado si así garantizaba la financiación de la planta de Nikki en el hospital.

–Tengo que agradecerle que haya querido compartir esto conmigo, Gus. Y también haberme escuchado –le dijo Franco–. Pero la verdad es que entiendo que su nieta sea cautelosa y tenga motivos para no querer firmar el contrato.

Gus lo miró sorprendido. En la mirada de Holly, en cambio, había

mucha suspicacia.

–Sé que quiere lo mejor para Vinos Purman y es algo que respeto completamente –continuó Franco.

–¿Qué es lo que quiere decir con eso? –le preguntó Gus algo cabizbajo–. No estará retirando su oferta, ¿verdad?

Sonrió al escuchar la pregunta del anciano.

–No, les estoy ofreciendo una mejor.

–No se trata solo de dinero –le recordó Holly–. Ya se lo dije.

Franco asintió con la cabeza.

–Lo hizo. También me dijo que no soy el tipo de persona con el que querría hacer negocios –le dijo él–. Déjeme probarle que sí lo soy.

Gus lo miró con interés. Parecía muy intrigado. Supuso que estaría lamentando haberse perdido esa parte de la conversación.

–¿Y cómo va a hacer eso? –le preguntó Gus.

–Acaban de enterarse de que no van a poder contar con ese tal Tom y necesitan a alguien que los ayude a podar. Me ofrezco voluntario para el trabajo.

Capítulo 4

Holly, que había estado conteniendo el aliento, soltó una sonora carcajada. Y pensar que había estado preocupada temiendo lo que Franco Chatsfield iba a decirles…

–Eso sí que es bueno –le dijo ella tratando de controlar la risa–. ¡Muy gracioso!

Gus movió las ruedas de la silla para acercarse un poco más a Franco.

–Escúchale, Holly. Escucha lo que tiene que decir este hombre –le pidió a su nieta antes de mirar de nuevo a Franco–. ¿Qué es exactamente lo que nos propone?

–¡Vamos, abuelo! No perdamos más el tiempo. Este hombre no sabe nada de viñedos y dudo mucho que haya tenido que trabajar un solo día en su vida. Lo sentimos, Chatsfield, pero me temo que necesito a alguien con experiencia.

–Puedo podar.

–¿En serio? –le preguntó Gus con interés.

–Venga, abuelo. ¿Cómo puedes creer que…?

Pero Gus la hizo callar levantando una mano.

–Franco, podar vides como las nuestras es un trabajo muy especializado. No confiamos nuestras mejores plantas a las máquinas. Es un trabajo que hacemos a mano. ¿Dónde has podado?

Holly se cruzó de brazos y miró a Franco con cara de pocos amigos. Le parecía ridículo que estuvieran teniendo esa conversación. No entendía por qué estaban perdiendo el tiempo de esa manera.

Debería estar en esos momentos al teléfono, tratando de localizar a alguien que pudiera reemplazar a Tom en vez de estar escuchando las tonterías que quisiera decirles ese niño rico. Estaba segura de que no tenía ni idea de lo que hablaba y que no habría tenido que trabajar nunca.

–En un viñedo en la región de Piacenza. Está en Italia, cerca de Milán –les dijo Franco entonces.

–¿Ha trabajado allí?

Franco sonrió al escuchar la pregunta.

–Supongo que se podría decir que sí. Después de todo, soy el dueño.

De repente, se hizo el silencio en el salón.

Gus fue el primero en recuperarse lo suficiente como para hablar.

–¿Es el dueño de un viñedo en Italia?

–Así es –le contestó Franco–. Producimos algunas variedades locales. Sobre todo malvasía, barbera… Y también algo de merlot y pinot noir.

–¿Y no se le ocurrió mencionarlo hasta ahora?

–No me pareció relevante. Este contrato es entre los hoteles Chatsfield y Vinos Purman, no tiene nada que ver con mis intereses empresariales.

Holly estaba fuera de sí. No podía creerlo.

–¿No pensó que era relevante comentarlo durante el curso de una conversación normal? –le preguntó ella sin poder controlar su enfado.

Franco Chatsfield había dejado que ella se hiciera una idea equivocada, dando por sentado que él no sabía nada de vides ni de vino. Había dejado que ella lo acusara de no saber nada de ese mundo y no había tenido la cortesía de corregir su error. Incluso le había pedido que dejara de enseñarle los viñedos para volver a la casa dándole a entender que ese tipo de cosas no le interesaban lo más mínimo.

–Lo siento. No me di cuenta de que estábamos teniendo una conversación normal –repuso él.

«Malnacido», pensó ella.

–Podría haberme dicho algo –lo acusó Holly.

–Vine para negociar los últimos detalles de un contrato y tenía entonces la impresión de que estaban contentos con la oferta de Chatsfield. No pensé que fuera importante hablar de mi vida –le dijo Franco–. Además, aunque lo hubiera hecho, señorita Purman, dudo mucho de que eso la hubiera convencido de que debía aceptar mi oferta.

–Eso es verdad, Holly –intervino su abuelo mirando de nuevo a Franco–. Pero, ¿de verdad sabe podar?

–Tengo que ser sincero con usted, Gus. Durante los últimos dos años, he pasado más tiempo en despachos que entre las vides. Pero sí, puedo podar. De hecho, todas nuestras vides viejas se podan a mano. Durante más de diez años, estuve podando a mano cada temporada.

Holly sentía que las cosas estaban cambiando demasiado deprisa y que estaba perdiendo el control de la situación.

–Abuelo, ¡esto es una locura! No puedes estar pensando de verdad que sería una buena idea contratarlo a él para podar.

–¿Y por qué no iba a hacerlo, Holly? No vamos a poder contar con Tom y necesitamos a alguien con experiencia. Sabes mejor que nadie el tiempo que se tarda en preparar a alguien para que pueda hacerlo. En realidad, es un trabajo de años.

–Pero él… ¡Es un Chatsfield! Y solo porque de repente nos ha dicho que tiene un supuesto viñedo en Italia…

–La finca existe, señorita Purman –la interrumpió Franco–. Y le

aseguro que es mía.

–Entonces, ¿por qué se ha ofrecido a hacer esto cuando tiene su propio viñedo en Italia? ¿Cómo se puede permitir el lujo de ofrecernos sus servicios y su tiempo? ¿Por qué haría algo así? ¿Qué es lo que va a sacar de todo esto?

–Es muy importante para mí conseguir que firmen este contrato, por supuesto. Lo necesito –reconoció Franco–. Así que voy a reemplazar a Tom y les ayudaré a podar. Y, cuando la poda haya terminado, si están satisfechos con el resultado, espero que firmen los dos el contrato.

–Pero…

–No, un momento. Es usted la que me dejó muy claro que nunca haría negocios con un Chatsfield y que cualquier persona, por el mero hecho de tener el apellido Chatsfield, se merece estar en el mismo saco. Me gustaría que me diera la oportunidad de demostrarle que no somos todos iguales y que sus prejuicios son injustos. Me gustaría tener la oportunidad de demostrarle que puede hacer negocios con un Chatsfield y no terminar arrepintiéndose de ello.

–Esa no es la única razón por la que no estoy a favor de este acuerdo y lo sabe –repuso ella.

–No, sé que también está preocupada por los escándalos que han protagonizado mis hermanos en las revistas del corazón. Es verdad que esos artículos han tenido un impacto muy negativo en el prestigio de la familia. Me ha dicho que le preocupa que le pase lo mismo al apellido Purman por asociación, pero le puedo garantizar que no tiene nada que temer. No tiene por qué creerme, por supuesto. Pero durante el tiempo que tardemos en terminar la poda… ¿De cuántas semanas estamos hablando? ¿De dos? ¿De cuatro?

–No, al menos serán seis semanas –le contestó ella.

Franco no había esperado que fuera tanto tiempo. Dudó un instante antes de asentir.

–Mejor aún. Seis semanas es perfecto –le dijo–. Si hay algún escándalo relacionado con mi familia durante ese tiempo, puede optar por negarse a firmar el contrato, independientemente de cómo haya hecho mi trabajo con la poda. De lo contrario, después de esas seis semanas tendrá que firmarlo. ¿Qué le parece? ¿Trato hecho?

–¡Me encanta la idea! –exclamó Gus con una gran carcajada mientras golpeaba uno de sus muslos con la palma de la mano–. Asunto resuelto. ¿Qué te parece, Holly?

Ella no podía decir nada. Estaba sin habla. No entendía qué había pasado para que se viera de repente en esa situación. Sentía que había perdido las riendas casi sin darse cuenta.

Se había sentido fuerte, pensando que el tiempo acabaría por darle la razón.

Gus y Franco estaban observándola, esperando su respuesta. Seguía muy enfadada y no pensaba dar su brazo a torcer tan fácilmente.

–Pero no puede quedarse aquí tanto tiempo, ¿no? Tendrá a su familia esperándolo en casa, ¿no?

Le pareció que una nube oscura se deslizaba sobre sus fríos ojos grises al oír su pregunta, pero desapareció rápidamente.

–No.

–¿No tiene intereses financieros de los que ocuparse?

–Tengo gente que puede encargarse de esas cosas durante mi ausencia –le dijo Franco.

–Y ¿qué pasa si se le da fatal podar?

–Entonces, no hay trato. Ya les he garantizado que quedarán satisfechos –le aseguró él.

–Tendrá que quedarse durante todo ese tiempo, hasta que terminemos…

–Por supuesto.

–Durante tanto tiempo como sea necesario.

–Soy consciente de ello.

–Y no solo bastará con que esté aquí, tiene que trabajar. No aceptamos turistas ni vagos.

Franco le dedicó una sonrisa aún más amplia.

–Ya lo imaginaba.

Holly se dio cuenta de repente de que se había quedado sin argumentos.

Tragó saliva.

Estaba decepcionada y se sentía humillada.

–Bueno. Entonces supongo que podríamos ponerlo a prueba.

Gus se echó a reír de nuevo.

–Estupendo, ya está todo arreglado –comentó el anciano–. ¡Por fin hemos conseguido llegar a un acuerdo!

Pero a ella no le parecía que estuviera todo arreglado, todo lo contrario. Tenía cada vez más dudas en la cabeza.

Había estado a punto de librarse para siempre de ese hombre de ojos grises y pies grandes, había estado muy cerca, pero ahora cada vez veía más lejana esa meta.

Franco Chatsfield iba a quedarse en el viñedo y ella cada vez tenía las cosas menos claras.

Fue Gus el que insistió en abrir una botella de Rubida, su mejor vino espumoso, y proponer un brindis para celebrar el acuerdo. Lo quisiera o no, Franco por fin pudo degustar ese vino. Y no tardó en darse cuenta de que era un vino muy bueno. Así se lo hizo saber a su abuelo y a ella.

Pero a Holly ese hecho no la consolaba. No la consolaba en absoluto.

Habría preferido que Franco hubiera fruncido el ceño y se hubiera ido de allí para hablar con los dueños de Chatsfield y decirles que habían cometido un error terrible. Pero ya debería haberse imaginado que había pocas posibilidades de que ocurriera algo así. Después de todo, sus vinos se encontraban entre los mejores del mundo.

Fue también Gus quien tuvo la brillante idea de ofrecerle a Franco la casa de campo que habían preparado para Tom. Suponía que era lo más lógico, pero eso significaba que iba a estar trabajando y viviendo allí, en la propiedad, durante seis semanas.

Seis largas semanas durante las que iba a tener que verlo todos los días. Seis largas semanas teniendo que sufrir un cosquilleo por todo su cuerpo cada vez que lo tuviera cerca.

Pero, por otra parte, se dio cuenta de que podría haber sido peor, su abuelo podría haberle invitado a que se quedara en casa con ellos.

Llenó una cesta con productos que sacó de la despensa para que pudiera desayunar Franco a la mañana siguiente. Después, salió con él para acercarlo a la que iba a ser su casa durante esas semanas. Ya habían desparecido las nubes y se había hecho de noche. Hacía mucho frío, pero era agradable sentir ese gélido aire sobre su piel. Sentía que todo su cuerpo ardía cuando estaba a su lado. Fueron andando hasta donde tenía el todoterreno, podía sentirlo tras ella.

Le habría encantado que ese mismo aire frío tuviera el mágico poder de hacer que mejorara también su estado de ánimo.

Seis semanas de trabajo junto a ese hombre…

Decidió que era mejor tratar de no pensar en ello.

Dejó la cesta en el asiento trasero del coche y se sentó frente al volante. Después, cerró su puerta con más fuerza de la necesaria. Estaba muy enfadada, sentía que su vida estaba de repente patas arriba sin que hubiera podido hacer nada para preverlo ni para evitarlo.

–¿Está bien, señorita Purman?

Estaba claro que no lo estaba. Parpadeó al oír su voz. Se había quedado sentada en el coche, mirando el volante y ni siquiera se había dado cuenta de que Franco ya estaba sentado a su lado.

–Estoy bien –susurró apretando después los labios.

Franco rozó accidentalmente su brazo al ponerse el cinturón de seguridad y ella se estremeció. Fue casi como una descarga eléctrica.

Suspiró con desesperación. No sabía cómo iba a poder sobrevivir durante esas semanas.

Encendió el motor tratando de mantener el brazo bien pegado a su torso.

Odiaba verse en esa situación, tener que estar metida en ese coche

con un hombre que en ese pequeño espacio le parecía aún más grande. Tampoco podía ignorar su masculino aroma ni su calidez.

Con más torpeza de la habitual, consiguió poner el coche en marcha y bajó un poco su ventanilla. Necesitaba ese aire por gélido que fuera.

–Hay dos casitas juntas. En una vive Josh, el encargado de la tienda y el bar de degustación que tenemos en el viñedo. Se alojará en la otra. Suele ir al pueblo a comer, así que podrá ir con él si quiere.

Lo último que quería era tener que convertirse en su chófer durante esas semanas.

–Con que haya una cama, no necesito nada más.

Lo miró de reojo y vio que parecía cansado.

–Supongo que estará agotado después de un largo día viajando en primera clase. Tiene toda mi compasión, supongo que debe de ser un auténtico infierno –le dijo ella con sorna.

–Me sorprende que sienta compasión por mí –repuso Franco.

Holly resopló mientras maniobraba el coche para tomar una curva.

–Sí, supongo que tiene razón. No lo compadezco en absoluto.

Aunque no lo estaba mirando, sintió que Franco se movía en su asiento para girarse hacia ella. Podía notar que la estaba observando, casi podía sentir que tenía una sonrisa en sus labios.

Tenía el corazón desbocado. No lo conocía demasiado, pero sí lo suficiente para saber que no iba a dejar que ella tuviera la última palabra.

–No le gusto –le dijo Franco entonces.

Cambió de marcha antes de meterse en el aparcamiento que había frente a la casita donde iba a alojarse. Era como si Franco la estuviera desafiando para que le contestara de alguna manera, provocándola para que le dijera que era verdad o, por el contrario, para que se retractara y se disculpara con él. Pero no pensaba hacerlo.

–No se lo tome como algo personal –le contestó ella.

–¿No? ¿Cómo se supone que me lo debo tomar?

Holly se encogió de hombros.

–Como algo que es como es y no se puede cambiar –le explicó abriendo la puerta.

Le sonrió y se volvió para mirarlo.

–Igual que la necesidad de respirar. Es así y ya está –agregó ella.

No esperó a Franco. Sacó la cesta del asiento trasero y fue por el camino mientras buscaba en su bolsillo la llave. Le habría encantado poder entregarle la llave e irse de allí, pero tenía que encender el calentador y era muy difícil hacerlo. Sabía que no tenía sentido siquiera tratar de explicarle cómo encenderlo. El interruptor estaba debajo de la cama y sabía que, aunque le dijera cómo hacerlo, Franco no iba a poder acceder a él.

Así que entró en la casa y encendió las luces. Hacía frío en la

pequeña casa de campo, aunque la decoración era muy acogedora. Había cortinas con volantes y paños en cada mesa y en cada sofá. A Holly le encantaba, le parecía que tenía mucha personalidad. De pequeña, ese sitio había sido su escondite, su lugar de juegos. Era muy raro pensar en ello en esos momentos.

–No tardará en caldearse –le dijo mientras iba a la cocina y dejaba la cesta allí–. Si quiere, échele un vistazo a la casa mientras yo enciendo el calentador del agua. Me iré en cuanto lo haga.

Vio que iba a la sala de estar y tomaba una de las revistas que tenía sobre la mesa. Le encantó ver que estaba distraído. Si se daba prisa, creía que lograría salir de allí antes de que Franco se diera cuenta de lo que tenía que hacer. Cuanto antes encendiera el interruptor del calentador, antes podría volver al coche y a su casa.

Estaba deseando hacerlo para poder relajarse después de un día tan agotador.

Pero antes tenía que encender el calentador…

Se puso a cuatro patas junto a la cama y se inclinó aún más para meterse debajo de la cama. El interruptor estaba justo a la mitad de la parte posterior de la cama, encima del rodapié. Lo había hecho a propósito el electricista, como una especie de broma. Eso era lo que les había asegurado cuando por fin fueron capaces de encontrar dónde lo había puesto.

A ella no le había hecho ninguna gracia.

Con dificultad, fue arrastrándose hasta la pared, encontró a tientas el interruptor y lo encendió.

«Misión cumplida», pensó con satisfacción.

Con cuidado, empezó a retroceder para salir de allí.

Franco miró a su alrededor. La casa era pequeña y estaba decorada con telas muy femeninas y los sofás estaban cubiertos con cojines con flores. No era su estilo.

Dejó la revista en la mesa y fue a la cocina. Allí estaba la cesta que le había llevado Holly. No sabía dónde estaba ella.

Pero abrió entonces otra puerta y se la encontró.

En realidad, lo que se encontró fueron sus piernas tratando de salir de debajo de la cama. Parecía estar costándole mucho, no dejaba de retorcerse. Tras las piernas salió su trasero, un trasero más redondo y delicioso de lo que se había imaginado.

Ya se había dado cuenta esa tarde de que el amplio polo que llevaba escondía un pecho atractivo y proporcionado. Vio entonces que con sus pantalones de color caqui le había pasado lo mismo.

La tela del pantalón se tensaba sobre su trasero, no podía dejar de mirarlo. Y no tardó en sentir que también la tela de sus propios pantalones parecía empezar a tensarse en cierta zona…

No podía creer que la cascarrabias señorita Purman le estuviera

produciendo ese tipo de reacción. Pensó que eran el cansancio y el desfase horario los culpables, no ella.

Pero no podía dejar de mirar ese trasero que se seguía moviendo para tratar de salir de la cama. Por aburrida que fueran sus ropas, sus curvas eran perfectas y estaban despertando su deseo.

Se llevó la mano a la cabeza. Quería meterse en la cama y dormir. No quería seguir allí, donde estaba, despierto y fantaseando con la última mujer con la que querría tener nada.

–¿Ha perdido algo? –le preguntó él.

Holly trató de salir con tanta rapidez y torpeza que se dio con la cabeza en el duro somier. Fue un golpe tan fuerte que no pudo ahogar un grito de dolor.

Lamentó haberle preguntado nada.

Y no por el golpe que se había dado, sino porque la primera reacción de Holly fue llevarse las manos a la cabeza y, como seguía a cuatro patas, la postura le proporcionaba una vista aún mejor de su trasero. La tela de sus pantalones estaba aún más tensa y sintió el loco deseo de bajárselos para ver si el trasero de esa mujer era tan perfecto como parecía.

Si se hubiera tratado de cualquier otra mujer, en cualquier otra circunstancia, quizás habría terminado por ceder a esa tentación.

Pero era algo impensable con Holly. Una mujer que le había demostrado mucha hostilidad desde el primer momento. Ni siquiera entendía cómo se le podía estar pasando por la cabeza algo así.

–No, no se me ha perdido nada –gruñó Holly mientras se levantaba muy despacio y apoyándose en la cama–. Solo trataba de encender el calentador del agua.

–¿Ahí abajo?

–Al electricista se le ocurrió que sería una broma muy divertida poner el interruptor allí –repuso Holly haciendo una mueca–. Dios mío, este día va de mal en peor…

No pudo evitar sonreír al ver lo frustrada que estaba. A él le había pasado lo mismo, pero en esos momentos estaba mucho más tranquilo. Ya podía permitirse el lujo de sonreír. Había conseguido lo que quería.

A diferencia de ella.

–A ver, déjeme ver –le dijo Franco tomándola por los hombros para hacerla girar y mirarle la cabeza.

Notó que se tensaba el cuerpo de Holly antes incluso de que la tocara, pero no le dio tiempo a reaccionar ni a apartarse de él.

–¿Dónde le duele? –le preguntó Franco.

A Holly le latía el corazón con tanta fuerza en el pecho que temía que Franco pudiera oírlo. Le señaló el lugar con el dedo. Esperaba poder distraerlo para que no notara el loco ritmo de su corazón.

–Por aquí –susurró ella mientras contenía el aliento.

Se quedó inmóvil al notar los dedos de Franco deslizándose bajo su cola de caballo, tocando muy despacio cada centímetro de su cráneo.

–Será mejor que le quite esto –le dijo él mientras le soltaba la coleta.

Le cayó el pelo sobre los hombros y a ambos lados de su rostro. Se quedó sin respiración cuando volvió a sentir sus dedos acariciándole el cuero cabelludo.

No pudo evitar gemir y estremecerse cuando Franco rozó el sitio donde se había hecho daño.

–Justo ahí –susurró ella.

–A ver… –repuso Franco separando el pelo alrededor de esa zona e inclinando la cabeza hacia él para poder verlo mejor.

Holly no se atrevía a respirar, le bastaba con sentir. Cada terminación nerviosa de su piel parecía estar completamente alerta. Aunque solo le estaba tocando la cabeza, podía sentirlo por todo el cuerpo. Desde la coronilla hasta los pies.

No entendía cómo ese hombre podía hacer que se sintiera así cuando solo la estaba tocando con las yemas de los dedos en la cabeza. No quería ni pensar en cómo sería sentirlo en otras partes de su cuerpo, en esos lugares en los que estaba sintiendo un hormigueo en esos momentos, como le estaba pasando en los pezones o entre sus muslos.

–Es solo un rasguño, pero me temo que le va a salir un chichón –le dijo Franco.

Cuando le habló, pudo sentir su aliento en la cabeza y eso hizo que la recorriera una nueva oleada de sensaciones por todo el cuerpo, una oleada que se concentraba entre sus piernas.

–A lo mejor debería ponerse un poco de hielo cuando vuelva a casa.

De repente, Franco dejó de tocarla y ella estuvo a punto de perder el equilibrio.

Le acababa de recordar con sus palabras la prisa que había tenido unos minutos antes por volver a casa y alejarse de él. Pero eso había sido antes de que ese hombre deslizara los dedos bajo su pelo y le hiciera sentir tantas cosas de una manera tan sencilla e inocente.

No podía olvidar que se trataba de un Chatsfield. Un hombre que probablemente estaba acostumbrado a chasquear los dedos y conseguir que las mujeres hicieran cola para compartir su cama. Y a ella le había bastado con sentir sus dedos en el pelo para empezar a imaginarse cosas que…

Tenía que salir de allí y hacerlo cuanto antes.

Se dio la vuelta, pero él todavía estaba allí. Y, en vez de estar justo detrás de ella, se había colocado entre la cama y la puerta. Ese hombre se interponía entre ella y la libertad, así que hizo lo único que podía hacer.

Dejó que su genio hablara por ella.

–¿Así que ahora también es médico? –le preguntó enfadada.

Franco parpadeó, parecía muy confuso. Negó con la cabeza y se sentó en la cama. Y habría estado bien si sus piernas, que las tenía estiradas frente a él, no hubieran sido tan largas. Seguía sintiéndose atrapada.

–¿Qué? –le preguntó él mientras se quitaba un zapato y luego el otro.

–Además de ser heredero de una famosa cadena de hoteles y dueño de un viñedo en Italia, ¿también se permite darme consejos médicos?

Franco se quitó entonces los calcetines.

–¿A dónde quiere llegar con todo eso?

–Lo único que estoy diciendo es que parece que le gusta dar la información con cuentagotas. Nos hace pensar una cosa cuando la verdad es muy distinta.

–Yo no la obligué a pensar en nada, fue usted quien decidió que yo no sabía nada de vino –le dijo Franco mientras se llevaba las manos a la parte baja de su fino jersey y se lo quitaba.

Se quedó sin aliento al verlo.

–¿Qué está haciendo?

–Me estoy quitando la ropa. Puede quedarse y seguir discutiendo si quiere, pero yo me voy a la cama.

Se puso de pie. No podía dejar de mirar su torso desnudo. Su piel oliva brillaba de manera especial a la tenue luz de la lámpara. Cuando vio que se llevaba la mano a la cintura del pantalón, decidió que tenía que salir de allí. Por mucho espacio que estuviera ocupando, tenía que llegar a la puerta como fuera.

–Me voy –le dijo.

Pasó a su lado tratando de pegarse el máximo a la pared para no tocarlo. Cuando llegó a la puerta, se volvió hacia él.

–Por cierto, respecto a lo que dijo antes. Me equivoqué, usted tenía razón.

Franco suspiró.

–No sé de qué me habla.

–Tenía razón, usted no me gusta –le dijo con firmeza ella–. Y será mejor que se lo tome como algo personal, porque lo es.

Las tormentas del día anterior se habían ido para no volver, pero había una espesa niebla esa mañana entre los eucaliptos. Holly podía sentir la humedad en la cara mientras trabajaba, cortando con las tijeras de podar los brotes nuevos a la altura del segundo nudo de cada rama. Algunos días se encontraba a algún canguro comiendo hierba cerca de donde ella trabajaba o aparecía de repente un cordero

para darle la bienvenida.

Le encantaba esa época del año en el viñedo. Durante esas semanas, sentía que se hacía una con las vides, hablaba con ellas y les susurraba palabras de aliento mientras trabajaba.

También tenía especial predilección por esa hora del día.

Por lo general, pero no en ese momento. Ese día todo estaba siendo distinto.

No había canguros ni pequeños corderos. No tenía ningún motivo para sonreír. No estaba a gusto. Sentía que las cucaburras, los pájaros más comunes en esa zona, se reían de ella desde lo alto de los eucaliptos y tenía un nudo en el estómago.

Y todo porque, ese día, iba a tener que podar con Franco.

Hasta le estaba costando manejar las tijeras esa mañana. Era como si su mano estuviera más torpe que nunca y no quisiera cooperar.

Echó un vistazo al reloj. No era la primera vez que lo hacía y no sabía por qué se molestaba en mirar la hora. Aún era temprano, estaba segura de que aún tardarían horas en aparecer por allí.

Josh había llevado a Franco hasta el pueblo para que se pudiera comprar ropa de trabajo. Suponía que se habrían detenido además a comer un buen desayuno mientras esperaban a que abrieran las tiendas.

Era un alivio poder contar con Josh. Lo último que habría querido tener que hacer era llamar a la puerta de Franco para despertarlo. No quería correr el riesgo ver de nuevo su torso desnudo. Le bastaba con imaginarlo con el pelo alborotado y una barba de dos días para que su corazón comenzara a latir con más fuerza.

No quería pensar en ese torso, en su piel oliva ni en sus tonificados músculos. Tampoco quería recordar la sensación de tener sus manos en el pelo. Pero, aunque no quería, le costaba quitárselo de la cabeza.

Sabía que debía concentrarse en el trabajo y rezar para que esas semanas se le pasaran pronto. Lo que estaba deseando ver era su espalda alejándose de ella cuando por fin se fuera de allí.

Siguió podando la fila de vides en la que estaba trabajando esa mañana. Aunque trataba de no pensar en nada más, estaba bastante nerviosa. Ese día iba a ser la prueba de fuego. Franco les había asegurado que podía podar y estaba deseando saber si les había dicho la verdad o si habría exagerado para conseguir lo que quería.

Y ella iba a saber ese día si tendría que trabajar con él o si podría volver a respirar sin correr el riesgo de sentirse embriagada por su aroma. Pero Franco se había mostrado tan seguro de su talento con la poda que no tenía muchas esperanzas de poder librarse de él.

Los escuchó antes de que pudiera verlos.

Oyó las voces de dos hombres hablando en voz baja en algún lugar de ese banco de niebla que la rodeaba. Una de las voces era la de un

australiano, esa la reconoció al instante. El otro hombre tenía una mezcla de acentos, era el producto de dos culturas extranjeras.

Pensó que sus voces eran como dos variedades diferentes de vino, tenían personalidades distintas, con diferentes notas de fondo y diferentes sabores.

Oyó de repente sus carcajadas y temió que se estuvieran riendo a su costa. Creía que le había dado a Franco suficiente munición para que hiciera unos cuantos chistes. Se preguntó si le habría contado a Josh cómo había salido corriendo de su dormitorio al ver que empezaba a quitarse la ropa.

Estaba tratando de calmarse y recordar que no debía ser tan paranoica cuando los vio salir de entre la niebla. En cuanto la vieron, los dos dejaron de reír de repente y ella se sintió aún peor.

Josh la saludó levantando la mano. Franco mantuvo las suyas en los bolsillos de su pantalón.

Suponía que el otro hombre tenía que ser Franco, pero tenía que reconocer que parecía alguien sacado de un catálogo de ropa para vaqueros. Llevaba unos ajustados pantalones vaqueros, botas de piel marrón, una chaqueta oscura y un Akubra, el típico sombrero australiano.

Podría haber tenido un aspecto ridículo con esa ropa, sobre todo sabiendo quién era, pero parecía un modelo y se quedó sin aliento al verlo ir hacia ella. Tenía un aspecto increíble.

Tragó saliva y trató de calmarse.

–¡Holly! –la saludó Josh al llegar a su lado–. Mira lo que me he encontrado. Parece australiano. Podría engañar a cualquiera, ¿no te parece?

Lo que le parecía era que Franco estaba aún mejor de cerca.

Los pantalones le sentaban como una segunda piel, envolviendo sus musculosas piernas. Tenía una camisa de cuadros bajo la chaqueta y se había comprado también un cinturón de cuero.

Debía reconocer, por mucho que le costara, que esa nueva imagen le sentaba muy bien.

De cerca podía ver por fin su cara, que antes había estado medio oculta bajo el ala del sombrero. Era aún más guapo de lo que recordaba. Pero no estaba dispuesta a admitir lo que pensaba. Se limitó a sonreír, rezando para que su cara no la traicionara.

–Supongo que sí, puede pasar por australiano, Josh. Al menos hasta que abre la boca.

Franco no dijo nada.

Estaba demasiado ocupado recordando el aspecto que había tenido Holly la noche anterior, cuando la había visto por primera vez con el cabello suelto. Le había quitado la goma del pelo para revisarle la cabeza y ver si se había hecho alguna herida. No podría haberse

imaginado lo distinta que estaba con el pelo suelto.

Cuando la vio con sus grandes ojos azules y ese cabello de color miel enmarcando su rostro, se había quedado mudo.

Había supuesto entonces que el cansancio y el desajuste horario eran los culpables de que reaccionara de ese modo, pero tenía que reconocer que, cuando la había visto así en su dormitorio, le habían entrado ganas de besarla.

Esa mañana, en cambio, Holly se había vuelto a recoger la melena en una cola de caballo, aún más tirante que la del día anterior, como si estuviera tratando de castigar su pelo.

Y eso le hizo recordar…

–Buenos Días, Holly –le dijo Franco–. Tengo algo tuyo. Te lo dejaste anoche en casa.

Ella lo miró con gesto confundido.

Franco puso algo ligero en la palma de su mano. Holly bajó la vista y vio que era su goma del pelo. No pudo evitar sonrojarse mientras se guardaba la goma en el bolsillo.

Se dio cuenta de que Josh la estaba mirando con curiosidad, pero decidió que era mejor no tratar de explicar qué había pasado, no podía decirle que había salido corriendo de allí en cuanto vio que empezaba a quitarse la ropa.

–Muchas gracias –le dijo ella entre dientes.

–No hay de qué –repuso Franco encogiéndose de hombros–. Bueno, ¿por dónde empiezo?

Holly le mostró un cubo donde tenían guantes y más tijeras de podar. Estaba al final de la larga fila de vides y Franco fue hacia allí.

Josh se quedó mirándolo mientras se alejaba.

–¿Qué es lo que pasa, Holly? No me digas que sientes algo por él… –le dijo cuando se quedaron solos.

Holly también se había quedado mirando a Franco. Acababa de darse cuenta de que también le gustaba el aspecto que tenía ese hombre por detrás.

–Ahora mismo, lo único que siento por él es que me gustaría matarlo.

Capítulo 5

Por qué has tenido que hacer eso? –le preguntó Holly a Franco en cuanto Josh se fue–. ¡Imagínate lo que estará pensando Josh ahora!

–¿Qué estará pensando? –le preguntó Franco.

–Que anoche estuve en tu casa.

–Y lo hiciste.

–¡Pero no en ese sentido! –protestó ella.

Franco se frotó la frente.

–¿En ese sentido? ¿Es eso un eufemismo para hablar de sexo?

–¡Sabes de sobra que sí! –exclamó enfadada.

–Entonces, ¿quieres que le diga a Josh que no nos acostamos?

–¡No! ¡No quiero que le digas a Josh nada!

–Entonces, ¿quieres que piense que pasamos la noche juntos?

–¡No! –exclamó cada vez más enfadada–. ¡Olvida todo lo que te he dicho!

Holly respiró hondo, se puso un par de guantes y lo miró de reojo.

–Muy bien, a trabajar –le dijo con firmeza–. Así es cómo lo hacemos aquí.

Él la escuchó con media sonrisa en el rostro. No era asunto suyo si Holly tendría algo con Josh o no, pero sí quería saberlo. Creía que ese tipo de información podría llegar a interesarle.

* * *

Franco le había dicho que sabía podar, pero Holly decidió explicárselo de todos modos. No sabía cómo lo hacían en Italia y no pensaba confiar sus preciadas vides a cualquiera sin decirle cómo quería que las podara.

Empezaron juntos con una misma fila de vides, cada uno a un lado de las plantas, cortando los brotes y quitando todo lo que hubiera más allá del segundo nudo de cada rama. Mientras trabajaba, vigilaba a Franco. Si veía que no se le daba bien, pensaba echárselo en cara enseguida y asegurarse de que estuviera en el siguiente vuelo de regreso a Italia.

Franco estaba podando las vides en el lugar correcto, pero era muy lento. Aminoró su propio ritmo para poder seguir vigilándolo, pero le ponía muy nerviosa no poder llevar un ritmo normal cuando sabía todo el trabajo que tenían por delante.

Susurró una disculpa a las vides al ver que a Franco se le caían las tijeras.

–¿Pasa algo? –le preguntó ella.
–Se me han resbalado, eso es todo –le dijo Franco sonriendo.
Sintió un poco de esperanza al ver que no era tan bueno como les había asegurado.
Trató de decidir cuánto tiempo debía darle antes de acusarlo de no saber hacer su trabajo. Esperaba que no le pusiera las cosas demasiado difíciles y que admitiera pronto la derrota. Porque si iba a tardar tanto tiempo en podar, casi prefería hacerlo todo ella misma.
A Franco se le volvieron a caer las tijeras de poda y maldijo entre dientes.
–¿Problemas?
–Me falta algo de práctica, eso es todo.
–En cuanto te des por vencido, me lo dices. Prometo no echártelo en cara.
–De eso nada –repuso Franco mientras tomaba de nuevo las tijeras y seguía podando.
Pocos minutos después, se dio cuenta de que ya no tenía que ir más despacio para seguirle el ritmo a Franco. Pudo ir cortando al tiempo que él. Seguía vigilándolo de cerca, tratando de ver si trataba de escaquearse o hacer mal y deprisa el trabajo, pero tenía que reconocer que su poda era impecable, tan segura como la suya.
Cuando llegó la hora del descanso matutino, ya habían terminado juntos las dos primeras filas. Dejaron las tijeras en un cubo y se tumbaron sobre una estera que Josh les había dado. También les había llevado una cesta que Gus había preparado para ellos. Ya había desaparecido la niebla de entre los árboles y el cielo estaba casi libre de nubes.
Holly no podía dejar de pensar en cómo iba a poder sobrevivir las siguientes seis semanas con ese hombre a su lado, sabiendo que podía hacer el trabajo que había prometido hacer y sabiendo lo que eso significaba para el futuro de Vinos Purman.
La única esperanza que le quedaba era que estallara en las revistas del corazón otro escándalo con alguno de los hermanos Chatsfield como protagonista.
Sabía que, tratándose de esa familia, no era mucho pedir, pero últimamente no estaba teniendo demasiada suerte.
–¿Qué le pasa a tu abuelo? –le preguntó Franco de repente.
Le sorprendió su pregunta y lo miró sin entender.
–¿Cómo?
–¿Por qué está en una silla de ruedas? ¿Por qué la necesita?
–Tuvo un accidente con un quad. Llegó a demasiada velocidad a un bache, volcó y el vehículo le aplastó la cadera. Pero la verdad es que tuvo suerte, podría haber sido mucho peor.
Franco se quedó callado unos segundos.

–¿Se pondrá bien?

Holly lo miró con suspicacia.

–¿Qué es lo que te preocupa? ¿Acaso crees que no lograrás tu ansiado contrato si le pasa algo a mi abuelo?

–¿No te has parado a pensar que a lo mejor lo preguntaba por puro interés? ¿Porque me preocupa su bienestar?

Se sintió algo avergonzada al haberlo atacado de esa manera. No sabía qué le pasaba con ese hombre, pero con él siempre estaba a la defensiva.

Tomó la taza de café caliente entre sus manos y sopló para enfriarlo antes de contestar.

–Si hace los ejercicios que le han mandado, se recuperará del todo –le dijo ella–. Podría volver a andar antes de la cosecha.

–¿Por qué no os ayuda Josh con la poda?

–No le gusta y no se le da bien, pero lleva muy bien la tienda y el cuidado de las ovejas.

–Bueno, ¿cómo te parece que lo hago yo?

Holly tomó el termo para servirse más café y lo observó de reojo. Franco estaba apoyado sobre un codo y parecía tan relajado sobre esa manta como si fuera algo que hacía cada día. Sabía muy bien cómo lo estaba haciendo, no entendía por qué se lo preguntaba.

–Bueno, he visto cosas peores –le concedió ella.

Franco se echó a reír. Ella frunció el ceño y le dio una taza de café. Aunque le costara admitirlo, le gustaba el sonido de su risa. Y eso que sabía que se estaba riendo de ella.

–Un gran elogio viniendo de ti –le dijo Franco mientras se quitaba su nuevo sombrero y lo dejaba en el suelo.

Vio que se pasaba las manos por el pelo y se estremeció al recordar cómo era sentir esos largos dedos en el cabello. Bebió un sorbo de café mientras se imaginaba de nuevo lo delicioso que sería sentir esos dedos en su piel. No podía evitar pensar en ello, aunque odiaba hacerlo.

–¿Holly?

Aunque había estado a punto de tomar otro sorbo de café, se detuvo para mirarlo.

–¿Sí?

–Te he hecho una pregunta.

–¡Oh! Lo siento –repuso ella sonrojándose.

Esperaba que el color de sus mejillas no la traicionara. No podía permitirse que él se imaginara en qué había estado pensando. Sabía que le encantaría saberlo, pero no iba a darle esa satisfacción.

No terminaba de entender lo que le pasaba. Ese hombre no le gustaba y creía que no tenía sentido que fantaseara con esas manos.

–Te decía que he visto que hablas contigo misma mientras trabajas,

lo haces todo el tiempo.

–¿Qué? No, no lo hago.

–Pero te he oído. Hablas sin parar.

–Pero no hablo conmigo misma.

–¿No?

–No –se defendió ella–. Les hablo a las vides.

–¿Les hablas a las vides? –repitió Franco.

Se encogió de hombros y lo miró desafiante con sus grandes ojos azules, como si estuviera provocándolo para que osara decirle que era una mujer muy extraña.

–Claro que sí. ¿Hay algo malo en eso?

–¿De qué les hablas? –preguntó él tratando de contener una sonrisa–. ¿Del tiempo?

–A veces sí –respondió ella con seriedad.

A Holly no le gustaba sentir que Franco se estaba riendo de ella. Sabía que se le daba bien lo que hacía y no sentía la necesidad de defender sus métodos. No eran muy convencionales, pero era así como siempre lo había hecho.

–Conozco estas plantas desde que nací. Es como si fueran mis amigas. Y, como pasa con las amistades, les gusta escuchar si las veo bien o no. A veces necesitan una palabra de ánimo… –le dijo ella levantando orgullosa la cara hacia él–. ¿Tan difícil es de entender?

Franco la miró con los ojos entrecerrados.

–¿Por eso te llaman la Maga del Vino, porque consigues comunicarte con las vides?

Holly hizo una mueca mientras terminaba su café y guardaba la taza en la cesta.

No quería tener que darle explicaciones de ningún tipo.

Aún seguía enfadada con él. Había demostrado ser un excelente podador, tal y como les había asegurado. Y le molestaba más aún saber que, si seguía al ritmo al que iba, tarde o temprano iba a adelantarla con las vides. Eso sí que le iba a doler.

Y no quería ni pensar en lo enfadada que estaba consigo misma porque, aunque no quisiera admitirlo, había disfrutado mucho descansando y tomándose con él un café sobre esa manta.

–Es un apodo estúpido –susurró ella levantándose y sacudiéndose los pantalones para quitarse unas hierbas que en realidad no estaban allí.

El caso es que no quería seguir hablando del tema.

–Tenemos que seguir trabajando.

Capítulo 6

Llevaban podando dos días y medio y la espalda y el cuello de Holly lo sabían tan bien como ella.

Cuando terminó una fila de vides, se enderezó para estirarse mientras se frotaba el cuello y miraba el reloj. Justo a tiempo.

Si dejaba de trabajar en ese momento, tenía el tiempo justo para ducharse y comer algo rápido antes de ir hasta Port MacDonnell, donde tenía una reunión. Estaba deseando hacer ese viaje. Así al menos tendría unas horas de respiro durante el día sin tener que estar trabajando al lado de ese hombre del que llevaba casi tres días sin separarse.

Se sentía agotada emocionalmente. Había estado enfadada desde el primer momento. En cuanto lo vio llegar en su helicóptero con la intención de apabullarlos con su presencia, conseguir sus firmas e irse de nuevo con toda su cosecha bajo el brazo. Durante ese día, había estado segura de que iba a conseguir hacerle ver que no les interesaba su oferta y que él terminaría por marcharse poco después de llegar. Pero no podría haber estado más equivocada.

Al final, entre Franco y Gus, la habían chantajeado. Se había sentido arrinconada y no le había quedado más remedio que acceder a un trato con la única esperanza de que a Franco no se le diera tan bien podar como les había dicho. Pero ese rayo de esperanza se había extinguido la primera mañana, después de que lo viera podar. Desde entonces, se había dejado llevar por la resignación, sabiendo que no iba a poder librarse de él tan fácilmente como habría querido.

Se sentía como si se hubiera caído por la borda de un barco y estuviera esperando a que alguien le lanzara un salvavidas.

Y ese salvavidas no lo iba a conseguir hasta que no saliera en las revistas del corazón, con motivo de algún escándalo, un miembro de la familia Chatsfield. Si no recordaba mal, la más joven del clan, Cara, había salido hacía poco tiempo en las noticias por culpa de una partida de póquer en Las Vegas. No recordaba demasiado bien la historia, pero imaginaba que no tardaría mucho en volver a ser la protagonista de otro jugoso escándalo.

Esa era su última esperanza.

–¡Hora de comer! –gritó.

No sabía dónde podía haberse metido Franco, habían comenzado a trabajar al mismo tiempo. Vio entonces algo de movimiento dos filas

más allá y eso le dio por fin una razón para sonreír. Habían acordado hacer cada uno filas alternas y supuso que Franco había empezado en la fila equivocada. Después de todo, no era tan experto como creía.

–Te has saltado una fila –le dijo ella cuando Franco levantó la vista.

Vio que fruncía el ceño y sacudía la cabeza. Por un segundo, pensó que no la había oído, pero dio unos pasos más hacia él y se dio cuenta de que la fila que creía que se había saltado estaba ya lista y podada.

–¿Cómo lo has hecho? –le preguntó sorprendida mientras se quitaba los guantes.

–Es fácil, yo no pierdo el tiempo hablando con las plantas.

–Para que lo sepa, señor Chatsfield, eso no es perder el tiempo –le dijo ella enfadada.

–Para que lo sepa usted, señorita Purman, solo trataba de picarte. Ya te dije que había podado antes. He tardado un poco en recordar cómo hacerlo y conseguir un buen ritmo, eso es todo.

Vio que se estaba riendo aunque no lo pareciera. Se le habían formado arrugas juntos a sus ojos y le temblaban los labios como si estuviera haciendo un gran esfuerzo para contenerse. Antes de que pudiera decirle que ella no le veía la gracia y que no quería que le tomara el pelo, su teléfono móvil comenzó a sonar.

–¡Abuelo! –dijo saludando a su interlocutor–. –Sí, estaba a punto de volver a… ¡No me digas! ¿En serio? –agregó mirando de nuevo su reloj–. Muy bien, diles que estaré allí en una hora.

Apagó el teléfono y miró a Franco.

–Esto es todo por hoy –le dijo mientras recogía sus guantes y las tijeras y las metía en un cubo.

–¿Ya? Pero aún es muy temprano.

–Tengo una reunión en Port MacDonnell. Se trata de un importante pedido de vino que tengo que terminar de negociar. Es para una boda que tendrá lugar dentro de una semana. Han adelantado la hora de la reunión para que puedan estar presentes los novios.

–¿No podrían limitarse a hacer el pedido por teléfono?

–Quieren al menos diez docenas de nuestro mejor vino espumoso y eso solo para hacer un brindis –le explicó ella–. No, Franco, no es el tipo de trato que se deba hacer por teléfono. No es así como trabajamos en Vinos Purman.

–De acuerdo, si tienes que irte, ve. Pero yo no tengo por qué dejar de trabajar.

Pero ella no pensaba dejarlo suelto entre sus vides sin que ella estuviera cerca para vigilarlo. Por otro lado, le parecía muy extraño que estuviera deseando seguir podando. Era muy duro estar tanto tiempo agachado y pasando frío. No entendía qué era lo que estaba tratando de probar.

Pero no tardó en encontrar la respuesta a su pregunta.

–No tienes que tratar de demostrar que eres mejor que el resto de tu familia. No vas a impresionar a nadie con esas tácticas y menos a mí. Así que no tiene sentido que sigas trabajando. Ya has conseguido de nosotros lo que querías, ¿por qué no te tomas la tarde libre y lo celebras?

Franco la miró entrecerrando los ojos, le dio la impresión de que había dicho algo que le había dolido de verdad.

–Acordamos que iba a estar trabajando aquí durante seis semanas y eso es lo que pienso hacer –le recordó Franco con firmeza.

–Muy bien. Entonces, ve a ayudar a Josh a la bodega.

Pensó que a lo mejor a su abuelo se le ocurría una idea mejor, algo que pudiera tener a Franco entretenido esa tarde de viernes. Pero, cuando Holly habló con él, se dio cuenta de que la idea de Gus era mucho peor.

–¿Por qué no te llevas a Franco contigo? –le sugirió su abuelo–. De camino hacia allí, puedes enseñarle el lago Azul y Mount Gambier.

–No tendríamos tiempo de pararnos. Voy ya con retraso…

–Bueno, podéis parar a la vuelta.

–A mí se me había ocurrido que Franco podría ayudar a Josh en la bodega.

–No, no hace falta. Josh no necesita a nadie.

–Pero Franco podría aprender mucho allí. Después de todo, está aquí para trabajar. Le dijimos que no aceptamos turistas ni gente que viva en esta finca sin trabajar, ¿recuerdas?

Gus levantó las manos al aire al oírlo.

–Esa reunión con clientes también es trabajo, ¿no?

No se le ocurrían más motivos para no invitarlo y, además, sabía que habría sido una grosería seguir intentando convencer al abuelo. Había estado tan contenta pensando en que iba a poder estar sola esa tarde… Pero sus planes se habían evaporado tan rápidamente como la niebla de la mañana entre los eucaliptos.

–De acuerdo –murmuró resoplando mientras se dirigía a su dormitorio para cambiarse–. Supongo que Franco puede venir conmigo.

–Yo conduzco –se ofreció Franco.

Holly lo miró con suspicacia, recordando lo torpe que había estado con el coche cuando lo acercó a su casa la primera noche.

–No siempre voy dando trompicones, si es eso lo que te preocupa. Solo me pasó el otro día.

Franco sonrió al escuchar sus palabras y ella habría preferido que no lo hiciera tan a menudo. Era mucho más fácil recordar que ese hombre no le gustaba cuando no sonreía.

–Me gusta conducir y será agradable conducir por el lado izquierdo de la carretera.

Frunció el ceño mientras le daba las llaves, no sabía si sería buena idea dejar que condujera él.

Se metieron en el coche y Franco emprendió la marcha poco después.

La carretera hasta Penola era larga y recta. Estaba alineada a ambos lados por campos llenos de vides, un paisaje que estaba cansada de ver cada vez que pasaba por allí.

Pensaba que quizás por eso prefirió distraerse observando las manos de Franco en vez del paisaje. Le encantaba ver cómo conducía y cómo cambiaba de posición la palanca de cambios con sus largos dedos.

No era la primera vez que se daba cuenta de que tenía muy buenas manos, manos con las que se les daba tan bien podar una delicada vid como manejar ese temperamental coche.

Se giró un momento hacia la ventanilla con la vista perdida en los cientos de vides que iban pasando. No pudo evitar suspirar, le habría encantado que esas manos pertenecieran a otra persona, no a ese hombre.

A cualquier otra persona.

–Es un terreno muy llano –murmuró él.

Era lo primero que decía desde hacía mucho rato y Holly lo miró con interés.

–Así es esta zona. ¿Cómo es Italia?

Franco se encogió de hombros.

–Es muy distinta.

–¿Distinta cómo? ¿Con colinas?

–Sí.

Se dio cuenta de que Franco no quería conversar. Aun así, decidió seguir intentándolo, era un viaje bastante largo.

–¿Por qué te fuiste a vivir a Italia cuando toda tu familia está en Inglaterra?

–Mi madre es italiana –contestó Franco encogiéndose de hombros.

–¿Vives cerca de ella? –le preguntó.

No le contestó, se quedó en silencio. Un silencio que estaba lleno de significado, aunque ella no pudiera descifrarlo.

–¿Cuánto queda para Port MacDonnell? –quiso saber Franco ignorando por completo su pregunta.

Habían pasado hacía bastante tiempo la localidad de Penola y en esa parte de la carretera hacía mucho viento. Podría haberse quedado mirando el paisaje por la ventana, las vistas eran bastante bonitas, y aprovechar ese tiempo para pensar en otras cosas, pero lo único que tenía en la cabeza era Franco.

Su aroma llenaba cada respiración y no podía ignorar su

proximidad. No tenía que hablarle para que ella fuera muy consciente de que Franco estaba allí, a su lado. Lo notaba aunque no lo estuviera mirando.

Como no podía librarse de él, decidió aprovechar para seguir haciéndole preguntas. Sentía mucha curiosidad sobre algunos aspectos de su vida.

–Entonces, ¿por qué te mudaste a Italia?

Él la miró de reojo un segundo. Después, volvió a concentrarse en la carretera.

–Cuando lo hice, me pareció que era lo mejor –repuso Franco sin darle más detalles.

–¿Y? –insistió ella–. ¿Lo fue?

–Sí, fue lo mejor que pude hacer.

–¿Ves al resto de tu familia a menudo? –le preguntó ella.

–No, nos vemos poco.

–¡Qué pena!

–¿Tú crees? ¿No eras tú la que pensabas que mi familia solo sirve para llenar páginas en las revistas del corazón? –le reprochó Franco.

Estaba tan avergonzada que se quedó callada. Tenía razón.

Apenas había tráfico en la carretera y Holly se dio cuenta de que tenían tiempo de sobra para llegar a la reunión. Tanto que podían detenerse un rato para ver el lago Azul.

–¿Quieres parar para ver el lago? –le preguntó ella.

–Pensé que no teníamos tiempo.

Estaba segura de que Franco sabía que ella no había querido llevarlo consigo a Port MacDonnell.

–Bueno, hay menos tráfico de lo que creía. Estamos teniendo suerte –le explicó ella.

Franco se limitó a sonreír de nuevo. No sabía qué hacer con él. A veces tenía la sensación de que era capaz de leerle la mente. Aparcaron y caminaron hasta el mirador que estaba en la orilla del cráter. Las paredes del mismo, cubiertas por matorrales, caían abruptamente hacia el lago desde allí. Era un paisaje impresionante.

–No parece muy azul –comentó Franco mirando las aguas de color gris.

–Nunca está azul en esta época del año. Es así, de color gris, desde abril hasta noviembre. Si estuvieras aquí en diciembre, podrías ver cómo sus aguas se hacen azules. Sucede casi de un día para otro.

Franco se fijó de nuevo en el lago y después la miró a ella.

–¿Azules como tus ojos?

Se quedó sin aliento al oír su pregunta y no pudo evitar sentir un escalofrío por la espalda. No entendía por qué le afectaba tanto que le

hablara de sus ojos, pero podía sentir una fuerte reacción por todo el cuerpo, como una especie de hormigueo muy intenso.

–No, es un color mucho más profundo –le dijo ella con voz algo temblorosa–. Más parecido al color del cobalto o a los zafiros.

–¿Y cómo es el azul de tus ojos? –le preguntó Franco mientras los estudiaba con cuidado–. ¿Cómo llamas a ese azul? ¿Azul turquesa?

Ella se encogió de hombros y apartó la mirada, se sentía muy incómoda.

–Supongo…

Le señaló con la mano un viejo edificio de piedra, necesitaba distraerlo con alguna otra cosa. Tenía que cambiar de tema.

–Esa es la antigua central hidroeléctrica, pero ya no está en funcionamiento –le dijo ella casi tartamudeando–. Aunque Mount Gambier saca del lago el agua que consumen.

Franco asintió con la cabeza y, por un momento, Holly pensó que ya había evitado cualquier conversación incómoda.

–¿Y qué es eso? –le preguntó Franco refiriéndose a unas ruinas abandonadas que se veían al otro lado del cráter.

–¡Ah, sí! –respondió ella con cierta melancolía al ver en qué había quedado el edificio–. Ese es el viejo hospital.

Pero para ella era mucho más que un viejo hospital. Por los pasillos de ese edificio había paseado su padre para tratar a los pacientes y su madre había dado a luz en una de esas habitaciones con vistas al lago. Y años después, a ese hospital era adonde los habían llevado tras el accidente en el que perdieron sus vidas.

Ese lugar estaba lleno de recuerdos para ella, pero ya solo quedaba la estructura del edificio. Aunque estaban al otro lado del cráter, podía oír desde allí cómo silbaba el viento que entraba por las ventanas rotas y se colaba por pasillos y escaleras. Era como si estuviera lleno de fantasmas del pasado.

No pudo evitar estremecerse.

Franco pudo sentir la tristeza de Holly. Lo notó en la forma en que le hablaba y en lo inmóvil que estaba. Tenía sus ojos color turquesa fijos en ese edificio en ruinas, como si hubiera allí algo que formara parte de su vida.

Pero le pareció que Holly se había dado cuenta de que la estaba observando y vio que se estremecía. Unos segundos después, salió de esa especie de hechizo en el que la había visto sumergida.

–Yo nací allí –le dijo con más energía.

Después, sacudió la cabeza y dejó que el viento agitara su pelo mientras se volvía hacia el coche.

–Bueno, será mejor que sigamos o no llegaremos a tiempo a la

reunión –agregó.

Treinta kilómetros más por esas tierras llanas y llegaron a la localidad costera de Port MacDonnell. Había sido un pueblo de pescadores, pero se había convertido en un tranquilo lugar de vacaciones, nada que ver con el importante y bullicioso puerto que había sido años atrás.

Aparcaron en una explanada, frente a un gran edificio de piedra.

–La boda se celebrará en una iglesia cercana, pero el banquete va a ser aquí. No será una reunión muy larga, solo tengo que terminar de cerrar unos detalles con ellos. ¿Por qué no aprovechas para dar un paseo por la playa?

–Como se supone que estoy trabajando, preferiría ir contigo –repuso él.

Tenía curiosidad por verla lejos de sus queridas vides, tratando con sus clientes. Por lo que había oído las pocas veces que había visitado el pueblo, todos tenían una magnífica opinión de Holly Purman y pensaban que todo lo hacía bien.

–Me gustaría ver cómo tratas a los clientes que tienen la suerte de no haber sido maldecidos con el apellido Chatsfield –agregó él.

Holly se encogió de hombros. No le pareció que estuviera a punto de disculparse por cómo lo había tratado desde el principio. De hecho, se limitó a mirarlo con gesto resignado.

–De acuerdo, como quieras –le dijo ella.

Encontraron dentro del edificio a la feliz pareja. Estaban hablando con el organizador de la boda, comprobando listas y tomando notas. Durante la siguiente hora, estuvieron considerando las distintas opciones de menú y los mejores vinos para cada plato.

Tenía que reconocer que Holly lo hacía muy bien. Sentía una pasión tan grande por sus vinos que conseguía transmitírsela a cualquiera y hacía que ella también brillara, a pesar de su aburrida ropa. Le costaba creer que se empeñara en vestir ese uniforme de color caqui.

La observó con atención. Era como si no tuviera otro tipo de ropa, solo los polos con el logotipo de Vinos Purman, pantalones y botas de trabajo. Solo parecía interesarle ese tipo de ropa que escondía su femenino y curvilíneo cuerpo. Era un vestuario monótono y aburrido.

Pero ese día le estaba demostrando que sabía escuchar a la gente. Les había prestado una especial atención a los novios para tratar de entender cómo querían que fuera su boda, les había hecho sugerencias y había solucionado los problemas que habían surgido.

Y había sonreído.

Esa sonrisa y esos ojos eran una combinación letal. Había conseguido que todos en la reunión se sintieran bien.

Él también.

Y esa había sido la mayor sorpresa de todas.

Terminaron la reunión una hora más tarde. Salieron del edificio e iban hacia el coche cuando Franco vio el cartel de un puesto de comida. Tenía hambre y recordó entonces que, como habían tenido que salir con tanta prisa del viñedo, no habían comido.

–¿Por qué no tomamos algo antes de volver?

Holly siguió su mirada para ver qué era lo que le había llamado la atención.

–¿Pescado con patatas fritas?

Después de más de doce años viviendo en Italia, la idea de tomarse algo tan sencillo y tan inglés como el pescado con patatas fritas le parecía una opción muy exótica.

–Sí. ¿Por qué no?

Se compraron la comida en el puesto y fueron a sentarse en un banco con vistas a la playa, el puerto deportivo y un poco más allá, el rompeolas.

A pesar de la época del año en la que estaban, el sol calentaba con fuerza cuando asomaba entre las nubes y tampoco hacía demasiado viento. Era agradable estar allí sentados comiendo mientras contemplaban a los barcos de pesca faenando en la distancia.

Holly no recordaba la última vez que se había tomado un descanso para simplemente sentarse y comer pescado frito en la playa. Nunca se habría imaginado que iba a poder hacerlo ese día. Y mucho menos con Franco Chatsfield como compañía.

No sabía muy bien qué había pasado, suponía que habría influido que los dos tenían hambre y se habían dejado llevar por el delicioso olor a pescado frito, pero no dejaba de sorprenderle que pudieran estar allí sentados comiendo juntos, como si fueran viejos amigos.

–Estaba riquísimo –comentó Franco suspirando cuando terminó su comida.

Se apoyó más cómodamente sobre el respaldo del banco, poniendo los brazos encima, y estiró sus largas piernas frente a él.

Ella trató de no pensar en ello. Hizo todo lo posible por ignorar la mano que descansaba a escasos centímetros de su propio hombro, prefería centrarse en lo que le quedaba de pescado. Intentó seguir mirando los barcos, los pájaros, las nubes…

Pero no podía. Le quedaban tan bien los pantalones vaqueros, no podía dejar de mirar sus largas piernas ni sus botas. Era muy difícil concentrarse en otra cosa.

Cuando terminó de comer, se limpió las manos con una servilleta y se estiró en el banco como lo había hecho Franco.

Le habría encantado no saber quién era ese hombre, olvidar que se trataba de un Chatsfield. Le encantaría que eso no le importara como

le importaba.

Entonces, podría simplemente concentrarse en lo guapo que era, en su sexy voz y en lo bien que le quedaba esa ropa. Tenía que reconocer que era el hombre más atractivo que había conocido en su vida y que, si no supiera quién era, no le importaría nada más.

Pensaba que quizás entonces pudiera llegar a gustarle ese hombre y estaría encantada de poder compartir con él un banco del parque.

Pero Franco era un Chatsfield y no podía olvidarlo.

Aun así, era agradable estar sentada allí con él, frente al mar y disfrutando del sol. Tenía que reconocer que le chocaba verlo así, no había pensado que fuera el tipo de hombre capaz de disfrutar de las cosas simples de la vida.

–¿Sabes qué? –empezó con algo de cautela y sin dejar de mirar al mar–. Nunca imaginé que pudieras ser el tipo de hombre que disfrutara comiendo pescado frito en la playa.

–¿No? –contestó Franco con una voz que demostraba que estaba tan relajado como parecía–. ¿Qué clase de hombre creías que era?

–Uno que disfruta comiendo langosta y caviar. O trufas y foie gras. Ese tipo de cosas.

–¿Por qué?

–Porque eres un… –comenzó ella sin terminar la frase–. Porque eres un hombre rico.

–Porque soy un Chatsfield –repuso él–. Eso es lo que ibas a decir, ¿verdad?

Holly arrugó la nariz. No le gustaba que la conociera tan bien. Además, le hacía sentir como si estuviera siendo muy injusta con él. Pero tenía que reconocer que no parecía enfadado con ella ni había un tono acusatorio en su voz. Se había limitado a adivinar lo que ella había estado pensando.

–Bueno, viene a ser lo mismo –le dijo ella.

–Supongo que no sabes que los Chatsfield recibimos una dispensa especial.

–¿Para qué?

–Para no tener que comer langosta, trufas y caviar todo el tiempo. Es algo que está escrito en las reglas de la familia Chatsfield. Se nos permite un día libre al mes para comer como el resto de los pobres mortales.

No pudo evitarlo, se echó a reír. Su respuesta la sorprendió tanto como descubrir que tenía sentido del humor.

–Entonces, no sé cómo vas a seguir las normas. Estás metido en un buen lío, Franco. No se puede decir que los sándwiches de carne que has estado comiendo en el viñedo sean alta cocina.

–Supongo que me desheredarán –le dijo Franco con un suspiro melancólico.

Si hubieran sido amigos de verdad, se habría reído un poco más. Pero no lo eran. Holly tenía que reconocer que no se habían llevado demasiado bien.

Pero estaba tan a gusto en esos momentos, disfrutando de las vistas, del sol y de lo que acababan de comer, que decidió hacerle una pregunta algo incómoda.

–¿Por qué estás siendo tan agradable?

–¿Lo estoy siendo? ¿De verdad? Yo solo veo a dos personas sentadas en un banco, charlando, no me parece que esté haciendo algo especial.

–Sí, pero una de esas dos personas soy yo y reconozco que no he sido demasiado amable contigo desde que viniste a Australia.

Aunque no lo estaba mirando, notó que se encogía de hombros.

–Sé que tienes tus razones. Tal vez cambies de opinión con el tiempo.

Sacudió la cabeza al oírlo. Se sintió de repente abrumada por la realidad de la situación en la que estaban. Le parecía imposible lo que Franco le sugería.

–Lo siento, pero no opino lo mismo –reconoció ella–. Sé que es casi inevitable que, una vez que terminemos con la poda, consigas que firmemos el contrato. Pero, ¿cómo puedo olvidar todas esas historias que he leído? ¿Cómo puedo confiar en que Vinos Purman no se va a ver arrastrado por otro escándalo de tu familia o que al menos se vea afectado solo por asociación?

–¿Te refieres a esas historias que lees en la sala de espera del dentista? ¿A esos artículos que muestran a mi familia carente de todo el prestigio y la gloria que tuvo en el pasado, exhibiéndose descaradamente delante de los medios de comunicación y provocando escándalos?

Miró entonces a Franco. Ya se había olvidado por completo del mar y de los barcos, era como si solo estuvieran ellos dos. Algo en la forma en que había dicho esas palabras le dijo que él tampoco estaba orgulloso de la imagen que los medios de comunicación daban de su familia.

Ella asintió con la cabeza.

–Sí, a esas historias me refiero.

–Y tú has decidido que todos somos iguales, yo también –le dijo Franco mirándola con sus ojos grises.

–Bueno… –vaciló ella.

Se quedó pensativa, tratando de recordar aquellos artículos y lo que había leído sobre Franco. Estaba casi segura de que habría leído alguna noticia con él como protagonista. Volvió a mirarlo mientras intentaba recordar algo sobre él, pero se distrajo mirando su atractivo rostro, su increíble cuerpo y esa arrolladora personalidad… Eso le recordó todo lo que no le gustaba de los Chatsfield y se volvió a

encender una alarma en su cabeza.

Eran demasiado ricos, demasiado poderosos, demasiado mimados.

Una parte de ella creía que no estaba siendo justa. Había empezado a ver otra cara de Franco que no tenía nada que ver con sus ideas preconcebidas y tenía que reconocer que había trabajado muy duro en el viñedo.

–Pero sigues siendo un Chatsfield, ¿verdad?

Franco frunció el ceño.

–¡Vaya! ¡Eso me ha dolido!

–Eso mismo digo yo cuando estoy en el dentista.

–A lo mejor deberías pedir algo para el dolor.

No sabía si seguían hablando de lo mismo o si estaban yéndose por las ramas, pero la verdad era que ella sabía que mucho de dolor. Era algo que había experimentado, pero que había conseguido superar.

–Creo que el dolor puede ser bueno y te enseña a no hacer estupideces en la vida.

Eso era al menos lo que esperaba, no olvidar nunca cuánto podía llegar a sufrir. Era algo que tenía muy presente en esos momentos.

–Entonces, ¿sigues creyendo que un acuerdo con los hoteles Chatsfield sería estúpido?

Miró al mar, observando los barcos que se mecían sobre el agua. Era extraño poder hablar de esas cosas con él sin rencor y sin dejarse llevar por la ira. Sabía que ya no tenía sentido seguir luchando contra un contrato que tendría que terminar firmando si Franco cumplía su promesa y se quedaba hasta el final de la poda.

–No sé si estúpido, pero sí imprudente. Somos una empresa joven. Aunque llevamos muchos años produciendo vino, ha sido hace poco cuando hemos empezado a cosechar éxitos con nuestros productos. Me temo que no haría falta mucho para echar por tierra lo que hemos empezado a construir.

–Ser un poco imprudente no tiene por qué ser siempre algo negativo. Lo imprudente puede ser emocionante. A veces hay que arriesgarse, dar un salto sin red.

–No me parece buena idea si lo que está en juego es tu empresa –respondió ella–. Porque entonces lo imprudente se convierte en peligroso y en una decisión irresponsable. No, lo siento, pero no vas a convencerme de que esto será positivo para Vinos Purman –añadió con más ímpetu–. Y mira que lo siento, con lo agradable que estabas siendo…

–Bueno, no creo que me hubiera durado mucho… –bromeó Franco.

Si le estaba sorprendiendo su inesperado sentido del humor, consiguió sorprenderla aún más cuando se levantó y le ofreció su mano.

–Venga. Vamos a dar un paseo.

Capítulo 7

A Holly nunca le habían gustado los muelles. Sabía que era una tontería.

Había vivido en la región de Coonawarra toda su vida y ese sitio era lo más cercano a una playa de verdad que tenían allí. Además, le encantaba la costa y el mar, pero había algo en las maderas que formaban ese largo muelle que podía con ella. No dejaban de crujir con cada paso que daba y entre las grietas de las tablas podía ver el mar moviéndose sin parar. Nunca se había sentido cómoda caminando sobre esa plataforma de madera que se movía constantemente bajo sus pies.

Además, de vez en cuando había algún parche. Alguien había quitado las maderas podridas para ponerlas nuevas y ella siempre se había preguntado cómo podrían calcular esas cosas, cómo sabían que había que cambiar ciertas maderas. Pensaba que a lo mejor esperaban a que se rompieran y cayera alguien al mar.

Trataba de ir andando y evitando pisar las maderas que parecían más viejas.

Estaba muy nerviosa, pero no pensaba decírselo a Franco. Se metió las manos en los bolsillos de su chaqueta. Tenía miedo de que él decidiera volver a agarrar una de sus manos como había hecho para levantarla del banco.

Mantuvo la mirada en el suelo, evitando las maderas viejas o buscando la parte del muelle que se alzaba sobre grandes postes. Esa zona le daba más seguridad.

Y mientras ella caminaba consciente de cada paso que daba, Franco parecía más relajado que nunca. Suponía que, con unos pies tan grandes, no había manera de que pudiera colarse entre las maderas. Además, creía que ningún muelle en su sano juicio se atrevería a hacer que un Chatsfield cayera al mar.

Una de las maderas crujió más que las demás y cedió un poco cuando la pisó. Se quedó sin aliento y sintió que se le revolvía el estómago. Y no se sintió mejor hasta que llegaron al final del muelle y pudo aferrarse a la barandilla. Trató de respirar profundamente para calmarse.

Franco comenzó a charlar con un par de lugareños que estaban pescando allí.

Pero ella no estaba interesada en si habían pescado mucho o no.

Volvió su cara hacia el viento y respiró profundamente. Un poco más tranquila al saber que al menos durante unos minutos iba a estar a salvo.

Cerró los ojos y contuvo el aire unos segundos. Dejó que el sonido de las gaviotas y el sol de ese día le recordaran que aún estaba viva.

«No me va pasar nada, todo está bien», se dijo para animarse.

A Franco no se le había pasado por alto lo tensa que estaba Holly. Al principio, había supuesto que no le apetecía hablar porque todavía se sentía algo incómoda después de la última conversación que habían tenido, pero vio que parecía mareada y que apretaba la barandilla con fuerza.

Le puso una mano en el hombro.

–¿Estás bien?

Holly se apartó para que dejara de tocarla y sus ojos se abrieron de golpe. Había miedo en sus ojos turquesas.

–Sí.

–¿De verdad?

–Por supuesto que sí.

–No tienes buen aspecto.

Holly estaba tratando de no mirarlo a los ojos.

–Bueno, la verdad que no me gustan los muelles –le confesó–. Eso es todo.

–¿Cómo?

–No me gustan los muelles de madera, las grietas que hay entre las tablas ni lo de poder ver el mar en movimiento bajo mis pies. Casi todas las maderas crujen, los tornillos están oxidados y siempre tengo la sensación de que, si se te cae algo, el océano se lo tragará y nunca volverás a verlo –le dijo casi sin aliento.

–¿Es que no sabes nadar? ¿Por eso te da miedo?

–¡No, claro que sé nadar! Es el muelle, que cruje, se mueve. No me gusta, eso es todo.

–¿Quieres que volvamos a la playa?

Sus ojos lo miraron con más miedo aún y su mano volvió a agarrarse a la barandilla.

–¡No! Todavía no. Dame un minuto o dos.

Se apoyó en la barandilla junto a ella. Había conseguido sorprenderlo.

Esa mujer, que se había convertido en su peor enemigo, la mujer que había defendido sus queridos vinos como una leona, tenía miedo de algo tan simple como un muelle.

–¿Por qué no me lo dijiste? No teníamos por qué venir.

–No quería que lo supieras.

–Pero ¿por qué no?
–No quiero que pienses que soy patética.
–Yo no creo que seas patética.
–Sí, claro –le dijo Holly con incredulidad–. Una mujer hecha y derecha con miedo a una simple estructura de madera. No es patético, ni ridículo… No…
–¿Acaso me estoy riendo, Holly?
Ella lo miró. Se fijó sobre todo en sus ojos, tratando quizás de adivinar si se estaría riendo de ella por dentro, aunque su boca no sonriera. Después, giró de nuevo la cabeza hacia el mar.
Se quedaron unos minutos en silencio.
–Mis abuelos me trajeron aquí una vez cuando era pequeña. Estaba agarrando con la mano mi peluche favorito, balanceándolo como mi abuelo hacía conmigo. Vino una repentina ráfaga de viento que arrancó el osito de mi mano. Se deslizó entre los tablones y cayó en el mar. Recuerdo que, mientras veía cómo se alejaba flotando, me preguntaba por qué nadie saltaba al agua para rescatarlo.
–¿Fue entonces cuando te empezaron a dar miedo estos sitios?
–No. Creo que tampoco me gustaban antes. Todo ese espacio entre las tablas, todo ese océano bajo tus pies…
Holly no pudo evitar estremecerse.
–Pero a partir de ese día entendí que debía ser cautelosa.
Decidió que le vendría bien cambiar de tema. Además, era algo que estaba deseando saber.
–¿Cuánto tiempo llevas viviendo con Gus?
Holly se encogió de hombros sin dejar de mirar hacia el mar.
–Desde los tres años, desde que mis padres murieron en un accidente de coche.
Se quedó unos segundos sin habla.
–Ya me había imaginado algo parecido, pero no había querido preguntártelo –le confesó él.
–Bueno, no es ningún secreto. Mis abuelos me cuidaron. Hasta que murió ella, Esme. Desde entonces, hemos estado solo los dos –le dijo–. Creo que lo más duro es no recordar a mis padres. Veo las fotografías o las ruinas de ese hospital donde mi padre trabajaba, es ese que te enseñé junto al lago, y no sé qué sentir, la verdad. Eran mis padres, pero para mí son casi un concepto abstracto. ¿Entiendes lo que te quiero decir? Recuerdo mucho mejor lo que le pasó a mi peluche ese día, recuerdo el dolor que sentí al ver cómo se alejaba de mí.
Holly se volvió hacia él.
–Es de locos, ¿no?
Ella lo miró entonces con esos ojos de color turquesa y los labios entreabiertos. El viento agitaba mechones de pelo alrededor de su cara y él hizo lo único que podía hacer.

Se inclinó y la besó. No fue más que un breve y suave roce de labios contra labios, solo eso, un tanteo, algo ligero como una pluma.

Pero fue lo suficiente para entender que sus labios tenían un gusto salado y femenino. Tal y como imaginaba que sabría la boca de una sirena.

Sintió que se quedaba muy tensa e inmóvil.

–¿Por qué has hecho eso? –le preguntó con voz algo ronca y las mejillas sonrojadas.

No estaba seguro de tener la respuesta, no sabía cómo explicar un impulso.

–Porque me pareció que necesitabas un beso. No lo sé…

–¡No sé por qué te he contado nada! –repuso ella sacudiendo la cabeza–. No sé qué estaba pensando, pero sí sé esto. ¡No quiero que vuelvas a hacerlo!

–Holly, no…

–No quiero tu compasión. ¡Y no quiero tus besos! –lo interrumpió ella.

–Pero Holly…

–Es hora de volver a casa.

Holly se dirigió a la orilla lo más rápido que pudo, pero sin olvidar dónde ponía cada pie, evitando de nuevo las grietas más grandes y las tablas más viejas. Suponía que debía de parecer ridícula, como una loca bailando por el muelle, pero no podía evitarlo. El corazón le latía con fuerza en su pecho y seguía con el estómago revuelto.

Odiaba los muelles, pero odiaba aún más a los hombres que pensaban que podían hacer con ella lo que quisieran, como si fuera, junto con su vinos, parte de la oferta.

Habían pasado ya diez años desde que Gus rechazara la oferta de Mark Turner y él saliera de su vida sin ni siquiera despedirse. Había creído que ella le gustaba, pero no había tardado en descubrir que en realidad había estado mucho más interesado en los viñedos y en los vinos.

Sentía que nada había cambiado en diez largos años y maldijo entre dientes.

No podía creerlo, Franco la había besado.

No entendía por qué. Sabía que ella ni siquiera le gustaba. Y ella tenía muy claro que sentía lo mismo, sobre todo después de ese beso.

–¡Holly! –lo llamó al llegar a su lado–. ¿Qué es lo que te pasa? No es para tanto.

A lo mejor no lo era para él.

–No significa nada –insistió Franco mientras agarraba su codo para hacer que se detuviera y lo mirara–. ¿Qué te pasa?

–No soy tonta, ¿sabes?

–Eso ya lo sé.

–No formo parte del acuerdo y será mejor que lo tengas en cuenta.
–Nunca pensé que lo fueras.
–Y no vas a conseguir así que firme el contrato antes de tiempo. ¿Acaso piensas que soy tan ingenua que podría sentirme halagada solo porque un Chatsfield me ha prestado un poco de atención?
–¡No, claro que no lo pienso!
–Me alegro. Sigue teniéndolo muy presente y así puede que logremos sobrevivir estas seis semanas infernales. Ahora, si no te importa, suéltame y deja que siga mi camino.
–Con mucho gusto –repuso él con un gruñido.
Soltó su brazo y se apartó de ella.
No entendía por qué la había besado. Él también se hacía la misma pregunta. Por mucho que analizara lo que había pasado, no conseguía encontrar ninguna explicación lógica. No podía explicarlo diciendo que había sido solo un impulso, eso no era suficiente.
No era la primera vez que oía historias tristes y nunca había sentido la necesidad de besar a la persona que se las contaba. No entendía por qué lo había hecho ese día ni por qué precisamente con esa mujer, alguien que tenía motivos para odiarlo. No le importaba lo que Holly pudiera pensar de él, pero sabía que no tenía sentido correr el riesgo de ponerla de nuevo en su contra. No comprendía qué demonios le pasaba.
Tenía que pensar que había sido un impulso. Un estúpido impulso. Pero esa vez no podía echarle la culpa al desajuste horario.

Holly terminó su camino por el muelle a trompicones, odiando cada vez más esos sitios, las maderas, la bravura del mar y los hombres que solo querían aprovecharse de ella. Pero lo que más odiaba de todo era tener que admitir que, cuando la había besado, no había querido que se detuviera.
No entendía nada.
«Es un Chatsfield, ¡por amor de Dios!», se dijo una y otra vez.
Creía que se trataba del peor tipo de hombre.
Y le enfurecía que Franco pudiera pensar que ella iba a caer rendida a sus pies.
Apenas hablaron durante el trayecto de vuelta. Fue una hora de tensión insoportable, no podía dejar de darle vueltas en la cabeza a lo que había pasado ni podía dejar de recordar el sabor de sus labios.
Creía que había demostrado poca inteligencia. Había visto su cara acercándose, había sabido a ciencia cierta que iba a besarla y se había quedado paralizada, esperando a que sucediera.
Dispuesta a que sucediera.
No entendía lo que le estaba pasando.

Por fin llegaron al camino de entrada de Vinos Purman y apareció a la vista la casa poco después.

Nunca se había sentido tan aliviada de poder salir de un coche. Nunca había estado tan contenta de poder alejarse de un hombre y de su propia estupidez.

Iba por el camino de grava hacia la puerta cuando oyó que Franco también salía del coche. Se giró para decirle que podía llevar el coche hasta su casa, estaba deseando librarse de él.

Pero también en ese momento se abrió la puerta de la casa y salió su abuelo.

–¡Holly, has llegado, por fin! Date prisa, tienes una llamada –le gritó desde la puerta.

–¿Quién es? –respondió ella.

–¡Date prisa! –insistió Gus.

No sabía quién era, pero su abuelo parecía muy nervioso.

–Franco, no te vayas –le dijo Gus al otro hombre–. Todavía no. Creo que vas a querer saber de quién se trata.

Holly no entendía nada, pero no tuvo tiempo para pensar, su abuelo le entregó el teléfono.

–Hola, soy Holly Purman.

Escuchó con atención, repuso de vez en cuando e hizo algún comentario, pero el corazón le estaba latiendo tan deprisa desde que le dijeron la primera frase, que apenas pudo prestar atención a nada más.

–Gracias –dijo al final.

Se despidió y cortó la llamada. Su abuelo la miraba sonriente. Franco se había quedado un poco atrás y parecía muy entretenido con la situación.

–¿Y bien? –le preguntó Gus sin poder esperar más.

–Era Russell Armitage de la Federación Australiana del Vino –les dijo algo aturdida.

–¿Y?

Miró a Gus, el hombre que la había criado, el hombre que le había enseñado todo lo que sabía, con la certeza de que lo que iba a decirle era tan importante para él como lo era para ella.

Sonrió y se le llenaron de lágrimas a los ojos.

–¡Estoy nominada para el premio de Enólogo del Año! –exclamó saltando con los puños en el aire.

Después, se arrodilló junto a la silla de ruedas y abrazó a su abuelo.

–¡Lo sabía! –exclamó Gus riendo–. Lo supe en cuanto supe quién llamaba, pero no me quería decir qué quería, insistió en hablar contigo. Me alegré tanto al oír el coche… ¡Holly, estoy tan orgulloso de ti! Deberían haberte nominado el año pasado. Ya te dije que ese premio te lo robaron. ¡Pero este es tu año!

Resopló y se secó las lágrimas mientras se incorporaba.
–Solo es una nominación, abuelo. Recuerda que hay seis nominados y que son muy buenos.
–Pero tú te lo mereces más que nadie, cariño –le dijo Gus–. ¡Esto hay que celebrarlo!
Fue con la silla de ruedas hasta la nevera para sacar una botella de espumoso. Ella siguió donde estaba, secándose las lágrimas.
–Bueno –le dijo Franco con algo de incomodidad mientras le tendía la mano–. Es todo un logro.
Gus gruñó al verlo.
–Esa no es una manera de felicitar a alguien que acaba de ser nominado como Enólogo del Año. Seguro que puedes hacerlo mejor, Franco.
Pensó en sacudir la cabeza y excusarse de alguna manera. Seguía tan fresco en su cabeza el recuerdo del beso en el muelle, que estaba deseando apartarse de ella y reflexionar sobre lo que había pasado, tratar de entenderlo. Pero, cuando la miró, no vio hostilidad en sus ojos, sino algo muy parecido al pánico.
Se esforzó entonces por sonreír. Sentía curiosidad, no podía evitarlo. No entendía por qué Holly parecía tenerle miedo. Además, no era el tipo de persona que rechazara un reto.
–Por supuesto que puedo.
Vio que Holly abría mucho los ojos y apretaba los labios.
–Felicidades, Holly –le dijo.
La abrazó y fue como agarrar una tabla, tan firme y rígida como algunas de las que formaban el muelle donde habían estado esa tarde. Pero como pasaba con otras de esas tablas, también Holly cedió un poco. Lo pudo sentir mientras la besaba castamente en la mejilla. Notó que ya no estaba tan rígida. Tampoco se le pasó por alto mientras la abrazaba la sensación de tener sus pechos firmes contra el torso. Sabía que había mucho que descubrir bajo ese monótono uniforme que llevaba siempre, había mucha más mujer de lo que parecía a simple vista.
Holly Purman estaba resultando ser una caja de sorpresas.
La soltó entonces y Gus se echó a reír.
–Así me gusta –les dijo el anciano.
Pero a Holly no le gustaba. No le gustaba en absoluto.
Fue a la cocina para sacar unas copas, le pareció la excusa perfecta para alejarse de él y que no viera que le ardían las mejillas. Le había bastado con que la abrazara durante unos segundos para que dejara de pensar en la nominación y tuviera que preocuparse por la oleada de sensaciones que recorría su cuerpo en ese momento. Empezaba a darse cuenta de que lo que había sentido tras el breve beso en el muelle no había hecho más que ir a más.

–¿Cuándo anunciarán quién es el ganador? –le preguntó Gus mientras abría la botella.

La voz de su abuelo la trasladó de nuevo al presente.

–Creo que me ha dicho que dentro de tres semanas.

–¿Harán el anuncio en Sídney como de costumbre? –quiso saber su abuelo.

–Sí, en el Palacio de la Ópera. Nos pagarán el viaje en avión.

Gus frunció el ceño mientras servía el vino.

–Espero estar lo suficientemente bien entonces como para viajar.

–Por supuesto que sí, abuelo. Tienes que estar allí para cuando anuncien el ganador –le dijo ella.

–Lo haré –le prometió levantando la copa hacia su nieta–. Por Holly Purman, la maga de los vinos, la sierva del dios Dionisio y, muy pronto, ¡Enóloga del Año en Australia!

–Abuelo… –protestó ella con una sonrisa.

–Por Holly Purman, ¡la brillante nieta de Angus Purman! –anunció Gus orgulloso.

–Por Holly –repitió Franco.

Eran tantas las sensaciones y sentimientos con los que estaba lidiando Holly… Acababan de nominarla para el premio más importante de la industria del vino. No era solo un reconocimiento por todo lo que su abuelo y ella habían hecho, sino también un reconocimiento por parte de otras empresas que premiaban su talento como enóloga. Le encantó ver el orgullo con que la miraba su abuelo.

Y después, cuando estaba llevando la copa de vino espumoso a los labios, se encontró con sus ojos grises. Esos ojos le dijeron que Franco sabía cómo se sentía, que no era ningún secreto, y no pudo evitar estremecerse de nuevo.

Fue más duro trabajar los días siguientes. A Holly le resultaba imposible ignorarlo. Era imposible olvidarse de él, imposible no mirarlo de reojo cada vez que tenía la oportunidad, imposible que Franco no la atrapara observándolo en más de una ocasión, aunque ella se afanara siempre por apartar la mirada.

No entendía lo que le estaba pasando, pero le fascinaba todo lo que estuviera relacionado con él, su manera de moverse con esos pantalones vaqueros tan ajustados que llevaba, la forma en que agarraba las tijeras de podar con sus elegantes manos, su voz de terciopelo, su exótico acento…

Era un Chatsfield, pero era distinto. Empezaba a ver que no era como se lo había imaginado. Trabajaba tanto como cualquiera. El resto del tiempo lo pasaba tranquilamente en la casa que le habían dejado o yéndose al pueblo con Josh por las noches.

Pero, sobre todo, conseguía que se le hiciera un nudo en el estómago cada vez que ella lo sorprendía mirándola o cuando sus manos se rozaban accidentalmente mientras podaban.

Era una auténtica tortura.

«Una semana menos», pensó Franco mientras tomaba un sorbo de café durante el descanso de la mañana. Eso significaba que aún tenía que pasar otras cinco más allí. Para entonces, ya habría terminado con la poda y podría volver a casa con el contrato firmado.

Unos días antes, habría deseado más que nada verse por fin en ese avión de vuelta, pero tenía que reconocer que estaba disfrutando trabajando de nuevo entre las vides. Había pasado demasiado tiempo en los despachos y era agradable estar haciendo algo tan diferente al otro lado del mundo. Creía que esas cinco semanas se le iban a pasar muy rápido.

Además, el trabajo se estaba haciendo cada vez más interesante. Holly Purman era la mujer más arisca que había conocido, al menos en apariencia. Pero por dentro era otra historia. Había protestado cuando la besó, pero él cada vez estaba más seguro de que había sentido algo más, que no se lo había imaginado. Ella le había dicho que no le gustaba, pero sus ojos color turquesa lo seguían por todo el viñedo y ya no lo miraban con cara de pocos amigos. Ya no.

Lo que no sabía era si llegaría a haber algo más. Era demasiado pronto para saberlo, pero empezaba a pensar que tal vez esas cinco semanas que le quedaban de trabajo no fueran a ser una completa pérdida de tiempo.

–¿Más café? –le ofreció Josh.

Franco asintió con la cabeza.

–Entonces, ¿Holly te ha dejado hoy solo?

–Sí, ha tenido que ir a hacer otra entrevista para la radio.

La habían invitado a una docena de emisoras desde que se anunciaran los finalistas.

–No tardará en volver –le dijo a Josh.

–Aun así, no es ninguna tontería –contestó el otro hombre sirviéndose un café–. Holly no confía sus vides a cualquiera.

–Ya me había dado cuenta.

–Debe de pensar que eres bastante bueno.

Se preguntó si estarían hablando de la misma Holly Purman. Creía que nadie sabía cómo funcionaba la mente de esa mujer.

–Yo no estoy tan seguro de eso.

Bebieron el café en silencio durante un rato.

–¿Has oído lo de la fiesta? –le preguntó Josh poco después.

–No. ¿Qué fiesta?

–Angela Ciavaro, del restaurante que está cerca de aquí, Mamma Angela's, ha organizado una fiesta en honor a Holly. Será este viernes por la noche, para celebrar su nominación. Todos están invitados, todos los vecinos del condado.

–Bueno, si todos están invitados, supongo que yo también iré –le dijo Franco.

Josh asintió.

–Te gusta ella, ¿no? –le preguntó entonces el hombre.

Le sorprendieron sus palabras y se preguntó si aún recordaría lo de la goma del pelo.

–¿Quién, Angela? –repuso haciéndose el tonto–. No la conozco.

–No. Holly. Te preguntaba por Holly.

Tardó unos segundos en contestar.

–Claro –respondió con sumo cuidado–. Gus y ella hacen un gran equipo. Han conseguido mucho. Con tu ayuda, por supuesto.

–A todos nos gusta Holly –le dijo entonces Josh.

Franco asintió con la cabeza y apartó la mirada para concentrarse en su café.

–Pero le salieron mal las cosas una vez y… Vino un tipo muy rico que le prometió la luna, y después resultó que solo estaba interesado en hacerse con el viñedo.

Estaba claro que aquella historia no había terminado bien y Josh, como si fuera el hermano mayor de Holly, le estaba haciendo una clara advertencia.

–No tengo ninguna intención de hacerle daño, si eso es lo que te preocupa.

El otro hombre se puso de pie, parecía algo incómodo y avergonzado.

–Muy bien –murmuró–. Bueno, será mejor que volvamos al trabajo.

Franco se terminó el café, pero no pudo evitar que le dejara un amargo sabor de boca.

Capítulo 8

Las previsiones meteorológicas presagiaban mucha lluvia y Holly decidió que era mejor que aprovecharan para preparar los vinos para la boda de Port MacDonnell mientras esperaban a que mejorara el tiempo y pudieran seguir con la poda.

Se fueron a las seis de la mañana y ya llovía a cántaros. Si tenían suerte, calculó que llegarían a los viñedos que Vinos Purman tenía en las colinas de Adelaida a la hora de la comida.

Pero un camión había volcado en la carretera y perdieron dos horas dando marcha atrás y siguiendo por un desvío.

Al final no fue hasta media tarde cuando Franco por fin tomó la salida de la autopista y siguió las indicaciones de Holly. Atravesaron los pintorescos pueblos de Piccadilly y Summertown, en medio de las colinas de Adelaida.

Estaba siendo un viaje cansado y Holly no sabía cómo iban a poder hacer todo el trabajo que tenían por delante y regresar a casa. Ya había previsto que fuera un día muy largo, pero los retrasos habían complicado mucho las cosas y tampoco le apetecía volver a medianoche con las carreteras resbaladizas por la lluvia.

Sabía que lo más sensato sería pasar allí la noche y volver a la mañana siguiente. Tenía la llave para la casa de invitados que habían construido en el viñedo, la tenían para situaciones como aquella. Pero miró al hombre que tenía a su lado, se fijó en sus elegantes manos al volante, en su perfecto perfil y sintió que se le encogía el estómago. Tuvo que apartar rápidamente la mirada.

Algo le decía que pasar la noche allí, aunque fuera por seguridad, no iba a ser tan sensato.

Y ella había sido siempre una mujer muy sensata.

Tal vez fuera porque no tenía hermanos o porque había crecido siempre en compañía de adultos, el caso era que siempre había demostrado mucha sensatez.

Y pasar la noche allí no sería sensato. De eso estaba segura.

Lo volvió a mirar de reojo y se fijó en sus labios. Pensó en el beso y no pudo evitar sentir un cosquilleo en su interior.

Aunque siempre hubiera sido sensata, nunca se había sentido como se sentía en esos momentos. Pensó que ser sensato estaba muy sobrevalorado y que tal vez hubiera llegado la hora de soltarse un poco el pelo.

Inspiró profundamente y miró por su ventanilla. Sabía que se había sonrojado.

No entendía lo que le pasaba, se preguntaba si no sería una locura estar pensando en algo así. No podía creerse que estuviera siquiera contemplando la idea de acostarse con un hombre al que había considerado su enemigo desde el principio.

Aunque le pareciera una locura, creía que también tenía sentido. Ya no era su enemigo. Era… Era Franco, el hombre que trabajaba en las vides con ella, el hombre que había conseguido despertar su feminidad como no lo había hecho nadie.

Lo mejor de todo era saber que se iría pronto y que nadie tendría que saberlo nunca. Pero no sabía si él querría…

–Esto se parece más al tipo de paisaje al que estoy acostumbrado –le dijo Franco interrumpiendo sus pensamientos.

Había suaves colinas a su alrededor, huertas y viñedos intercalados con zonas de arbustos.

Su comentario despertó la curiosidad de Holly. Franco nunca le había hablado del sitio donde vivía. Siempre le daba la impresión de que evitaba hablar de Italia o de su familia. Era algo que le había molestado entonces, pero no le había interesado lo suficiente como para insistir. Esos últimos días, en cambio, ese hombre llenaba su mente a todas horas y quería conocerlo mejor.

–Debe de ser un sitio muy bonito –le dijo.

–¿Nunca has estado en Italia? –le preguntó Franco.

Ella negó con la cabeza.

–Nunca he estado en el extranjero.

–¿Nunca?

Sacudió la cabeza de nuevo.

–Al principio, no nos lo podíamos permitir. Y luego, cuando las cosas mejoraron, no había tiempo –le confesó ella mientras le señalaba dónde tenía que girar–. ¿Tu madre también es de la región de Piacenza donde vives?

–¿Por qué lo preguntas?

–Bueno, sé que tu madre es italiana y como estás viviendo en Italia pensé que…

–Sí, era de esa región –la interrumpió Franco.

–¿Pero ya no vive allí?

–Creo que no.

–¿No… no sabes dónde está? –preguntó sin entender.

–Nadie sabe dónde está.

Se quedó con la boca abierta.

–Pero…

Franco maldijo entre dientes y en italiano. Eran palabras que le había oído a su madre de pequeño, cuando discutía con su padre. No

quería hablar de eso. No podía.

–Nadie lo sabe –le espetó con firmeza–. ¿Qué camino tengo que tomar en esta intersección?

Notó que Holly se desplomaba sobre el respaldo.

–Todo recto y después, a la derecha.

Fue un alivio ver que Holly no insistía más. Creía que así podría tratar de calmarse un poco. Ya había sido muy duro tener que pasar ocho horas a su lado en el coche, lo último que necesitaba era tener que hablar de su madre. Había cosas en las que prefería no pensar, heridas que aún no habían cicatrizado.

Además, nadie sabía dónde estaba su madre. Ni siquiera si estaría viva o muerta.

Era algo que se había preguntado muchas veces. Había sido un adolescente rebelde que se había ido a vivir a Italia con la esperanza de encontrársela allí, escondida entre las colinas y los viñedos de Piacenza, pero de eso hacía ya mucho tiempo y ya no se hacía más preguntas.

Después de todo, no sabía por qué debería importarle una mujer que había sido capaz de abandonar a su familia e irse para siempre.

Le parecía normal que todos sus hermanos hubieran sido jóvenes difíciles, rebeldes e indómitos. No era de extrañar que salieran continuamente en las revistas del corazón cuando además eran atractivos, ricos y famosos.

Resopló al pensar en su familia. Tenía que reconocer que a él no le había ido mucho mejor, pero afortunadamente se las había arreglado para mantener su vida privada lejos de los focos. Había tenido la suerte de que los paparazis lo vieran como el Chatsfield aburrido y no se fijaran en él. Algo que le fue muy útil cuando apareció Michele en su puerta para pedirle ayuda.

Sintió un dolor familiar en su costado, uno que aparecía de vez en cuando. No le venía bien estar tantas horas sentado al volante. Pero no quería pensar en Michele. No quería pensar en ese año ni en esa gran pérdida.

La mujer junto a él se movió en su asiento y su perfume lo envolvió de repente. Era algo ligero y fresco, con notas de limón. Un aroma que era como ella. Natural, pura y muy diferente al tipo de mujeres por las que se solía sentir atraído.

No se había propuesto sentir nada por ella y sin embargo…

Volvió la cabeza hacia ella. Tenía la mirada fija en la carretera y los brazos cruzados como si estuviera de mal humor.

Pensó que quizás hubiera sido algo duro con ella, pero después de ocho horas sentados tan cerca no era de extrañar que se sintiera tan tenso.

Cambió de marcha al girar en una curva y dejó que sus dedos

rozaran levemente los pantalones de Holly. Ella se sobresaltó como si acabara de quemarla y no pudo evitar sonreír.

Josh había tratado de advertirle para que tuviera cuidado con Holly y no se atreviera a hacerle daño. Él lo había escuchado con atención. No era su intención seducir a nadie y mucho menos a la arisca señorita Purman, pero recordó entonces el beso que le había robado en el muelle y la forma en que Holly lo había estado observando durante toda la semana. Había visto deseo y anhelo en sus ojos y él tampoco había podido dejar de pensar en ella.

Se preguntó si Holly sería consciente de que sus ojos eran como un libro abierto, como ventanas que le dejaban ver con claridad sus pensamientos.

No olvidaba las palabras de Josh, pero también tenía muy presente que los dos eran adultos que podían decidir por sí mismos.

Aunque no creía que ella, adulta o no, quisiera tener nada con él. Y no le extrañaba.

–Lo siento –le dijo él entonces–. No suelo hablar de mi madre. La verdad es que normalmente no hablo de mi familia.

–Ya me he dado cuenta –contestó ella mirándolo–. ¿Por qué?

Se encogió de hombros, frenando el coche al acercarse a un camión cargado de frutas y verduras que avanzaba con dificultad.

–No tengo mucho que ver con ellos, con ninguno de ellos.

–¿Por qué no? ¿Porque no te gusta su estilo de vida?

Nunca le habían gustado las decisiones que habían tomado sus hermanos, se había creído mejor que ellos. Al menos hasta que Michele reapareció en su vida.

Pero esa no era la razón.

–Me fui de casa cuando tenía dieciséis años. Era un adolescente rebelde y decidí que no quería seguir viviendo dentro de ese circo mediático que rodeaba a los Chatsfield.

Ella suspiró y se recostó en su asiento.

–Si yo tuviera hermanos, querría verlos a menudo. Me encantaría ser parte de una gran familia.

–¿Cómo? ¿Aunque fuera una familia como los Chatsfield?

–Sí. Fueran como fueran, serían mi familia. Sueño con cenas de Navidad en una casa llena de gente, con todo el mundo hablando a la vez y montones de comida en la mesa. Tienes mucha suerte.

Frunció el ceño, nunca se había considerado alguien con suerte. Siempre se había sentido algo perdido, como si no tuviera un sitio en esa familia. Por eso les había dado la espalda y había luchado muy duro para construir su propia identidad y hacerlo lejos de los focos.

Pero últimamente había empezado a pensar más en su familia.

Sabía lo que las revistas decían de ellos, pero se preguntaba cómo eran de verdad.

Antonio, Lucilla, Nicolo… Ni siquiera sabía si tendrían parejas o si estarían casados. Y los pequeños… Pensó en los gemelos, Orsino y Lucca, y en Cara, que solo había tenido siete años cuando él se fue de casa.

Había sido solo un año más mayor que Nikki cuando esta murió.

Tragó saliva al pensar en ella.

Se preguntó si Cara se acordaría de él, de cómo jugaban al críquet en el jardín, de los consejos que le había tratado de dar antes de irse.

Estaba ensimismado pensando en sus hermanos, pero le pareció que Holly decía algo de un koala. Pensó que no la había oído bien, pero entonces le señaló algo y pudo verlo en lo alto de un árbol.

Vio a otro koala un poco más adelante, esa vez con un bebé aferrado a su pecho.

Pensó en lo contenta que se habría puesto Nikki si estuviera a su lado y hubiera podido verlos. Le habían encantado los animales, grandes o pequeños. Michele y él la habían llevado al zoológico tantas veces como su salud se lo había permitido. Recordó la enorme sonrisa en su rostro cuando vio por primera vez un koala de verdad.

Encontró un lugar para aparcar y salieron del coche para verlos de cerca. El koala madre estaba masticando una hoja de eucalipto y la cría dormía tranquilamente contra su pecho. Les hizo una foto para Nikki, aunque su hija nunca iba a verla. Pero sabía que les gustaría mucho a los otros niños de la planta de Nikki en el hospital.

–¿Un recuerdo del viaje? –le preguntó Holly.

–Algo para un amigo –contestó él sin querer dar más explicaciones.

Volvieron al coche y Holly le habló de los koalas. Le encantaban esas criaturas peludas y a él le gustó mucho verla así, tan feliz. Se le iluminaban aún más sus ojos y había más color en sus sensuales labios.

Se preguntó cómo se sentiría si pudiera ser el culpable de que sus ojos brillaran y hubiera color en esas mejillas. Quizás pudiera llegar a descubrirlo muy pronto.

–Un par de kilómetros más por este camino –le dijo Holly después de la última curva–. Verás el cartel de Vinos Purman de frente.

Condujeron a lo largo de un sinuoso valle bordeado por imponentes árboles de eucalipto. Estos eran distintos, había unos con troncos de color crema y otros, de varios colores.

–Esos son eucaliptos Candlebark –le fue señalando Holly–. Y esos de allí, eucaliptos Rubida.

–Como el nombre de tu vino espumoso.

–Así es –repuso Holly bastante impresionada–. Queríamos un nombre que reflejara esta zona. Y las vides están al lado de estos árboles, me pareció el mejor nombre.

Subieron por un largo camino hasta una casa en lo alto de la colina.

Las vides se extendían por la ladera.

–El gerente está ahora mismo de vacaciones con su familia, así que puedes aparcar en cualquier sitio –le dijo ella.

–¿Estamos solos?

Era una prueba. Por eso se lo había preguntado. Quería saber cómo iba a reaccionar. Notó que parpadeaba y se ruborizaba casi al instante.

Había dado en el clavo.

Holly se aclaró la garganta antes de contestar y evitó mirarlo a los ojos.

–Sí –le dijo–. Así que podremos hacer el degüelle de las botellas y dosificarlas sin interrupción. Podremos estar de vuelta en poco tiempo.

A Holly le pareció que su respuesta era bastante razonable. Era la correcta si se refería al trabajo que tenían que hacer. Si él había querido insinuar algo distinto, creía que iba a saberlo muy pronto.

–Después de los retrasos en la carretera, ¿crees que vamos a poder terminar a tiempo para volver hoy mismo? –le preguntó Franco.

Le pareció que la miraba con un brillo especial en sus ojos y que sus labios se curvaban levemente. Su pregunta le hizo recordar la llave que tenía con ella, la de la casa para invitados.

Sin saber cuándo ni cómo, durante ese trayecto bajo la lluvia y entre eucaliptos, sentía que algo había cambiado entre ellos. Y le había parecido notar algo en su voz, una nota traviesa, desafiante y atrevida. Como si estuviera jugando con ella.

Las cosas estaban volviéndose cada vez más interesantes y mucho más peligrosas.

No sabía si se atrevería a ir más allá. Tenía que reconocer que nunca se había sentido tan tentada.

Pero temía que fuera un error para ella ceder a la tentación, una situación de la que no iba a sacar nada. Le costaba justificar el acostarse con ese hombre, nada menos que con un Chatsfield, después de todo lo que había dicho sobre su familia. Sentía que era casi como rendirse ante él después de que Franco llegara a los viñedos como un vendaval, tratando de salirse con la suya y lograr que firmaran el contrato con sus hoteles.

Aun así, no podía ignorar la atracción que sentía por él y con cada fibra de su ser.

–Vamos a ver hasta dónde llegamos –le dijo ella mientras salía del coche.

No se paró a pensar hasta después en cómo podría Franco interpretar sus palabras.

Hacía mucho frío y fue directa a la bodega. Solo necesitaban preparar diez docenas de botellas. Creía que, con la ayuda de Franco, no tardaría mucho.

Y así podrían irse de vuelta esa misma noche. Si no…

Holly tomó el camino que rodeaba la casa y Franco la siguió. Se dirigieron directamente al edificio de piedra que había detrás. El exterior le recordó a un antiguo granero francés, pero el interior era algo así como un paraíso para los amantes del vino espumoso. Holly encendió las luces y el aparato que servía para congelar los cuellos de las botellas. Después, fue a hacer un fuego en la chimenea mientras él echaba un vistazo a su alrededor.

El suelo era de pizarra y el alto techo estaba sujeto por grandes vigas de madera vista. Había botelleros inclinados contra las paredes de piedra, con todas las botellas boca abajo dentro de cada agujero y en un ángulo específico. Había cientos y cientos de botellas. Instintivamente, se acercó a una botella, la sacudió levemente y le dio un cuarto de vuelta.

Aunque Holly había estado ocupada con la chimenea, no se le pasó por alto lo que había hecho.

–Puedes ayudarme con las botellas mientras esperamos a que el congelador esté lo suficientemente frío para el degüelle –le dijo Holly.

El fuego de la chimenea llenó la gran sala de una luz anaranjada.

–Todo esto es impresionante –murmuró Franco con sinceridad–. Sabía que tenías un viñedo aquí, ¿pero esto? No me lo esperaba…

–¿Te gusta? No puedo pasar mucho tiempo aquí, pero este sitio es mi orgullo y mi alegría. A mi abuelo no le hacía gracia tenerlo tan lejos de Coonawarra, pero un buen espumoso era lo único que nos faltaba.

–Y ¿qué piensa ahora?

Ella levantó una ceja.

–¿En serio?

Franco le devolvió la sonrisa. Holly tenía razón, era una pregunta estúpida. Cuanto más tiempo pasaba allí, más le impresionaba lo que esa mujer había logrado con sus vides y sus vinos. Le costaba creer que al principio le pareciera aburrida y monótona. Pero recordó que entonces aún no la había visto sonreír.

–¿Cuándo se embotelló este lote? –le preguntó centrándose en las botellas que tenía delante.

Vio que Holly acariciaba las botellas con las manos mientras caminaba a lo largo de los botelleros. Estaba viendo a la maga de los vinos en acción. Pero también se fijó en el movimiento de sus caderas mientras andaba. Era sutil, pero no le pasaba por alto. Sabía que debajo de esa ropa había un exuberante cuerpo de mujer.

Estaba loca si pensaba que él le iba dejar que se fueran de allí esa noche.

–Si hablas de la vendimia de este año, no hace mucho tiempo. Después de recoger la uva, el zumo pasó cinco meses en barricas nuevas de roble francés antes de ser embotellado. Así que todavía son jóvenes y los dejamos con los posos. Cuanto más tiempo pasen con posos, mejor. No hay prisa –le dijo ella antes de mirarlo y sonreír–. Pero tú ya sabes todo eso.

Lo sabía, pero le gustaba escucharla. Había conocido a un montón de productores de vino, pero ella era distinta. Hacía que el proceso pareciera sencillo, como si cualquiera pudiera hacerlo. Pero no era así. Había una ciencia complicada en la elaboración del vino y también arte y magia. Y Holly tenía esa magia, con creces.

Estaba deseando sentir esa magia entre sus brazos. Se preguntó si habría alguna posibilidad de que pudiera ocurrir esa noche. Pero antes tenían que centrarse en el vino.

–¿Haces todo el degüelle aquí?

–Sí, casi siempre. Nos vale este espacio. Siempre y cuando no sea un pedido muy grande. Para esta boda, por ejemplo, vamos a usar toda la cosecha del año pasado.

–Pero, ¿cómo vais a poder satisfacer la demanda que tendrás de los hoteles Chatsfield con este modo de trabajar tan artesanal?

–Si firmo el contrato, ¿no?

–¿De verdad crees que no va a pasar? –le recordó él.

Holly se dio la vuelta mientras seguía moviendo las botellas con cariño, como si fueran sus hijos.

–Haríamos el degüelle y embotellamiento en lotes más grandes y ya está. Aun así, me gustaría seguir haciendo las cosas bien, como hasta ahora, no me interesa producir a escala industrial. Supongo que esa es en parte la razón por la que los hoteles Chatsfield nos quieren como su proveedor –le contó Holly–. Bueno, será mejor que empecemos.

Se pusieron cada uno a un lado de la gran sala y fueron trabajando sin prisa pero sin pausa, haciendo girar un cuarto de vuelta cada botella para mover los posos.

Holly pensó que hacían muy buen equipo. Era muy consciente de la agilidad con la que se movía Franco al otro lado de la gran sala. Se había quitado la chaqueta y la camisa no podía ocultar la anchura de sus hombros.

No sabía qué haría si él intentaba algo esa noche.

Franco la miró por encima del hombro y la sorprendió observándolo.

–¿Me estás vigilando? –le preguntó sonriendo.

–Sí –contestó ella con otra sonrisa.

Cuando Franco se volvió de nuevo hacia las botellas, trató de recobrar un poco el aliento. Era una locura, no entendía cómo podía estar pensando en tener nada con él. Era un Chatsfield.

Pero también era muy atractivo y se iba a ir pocas semanas después.

Además, había empezado a gustarle estar con él. De otro modo, ni siquiera se plantearía lo que estaba pensando en esos momentos. Lo que había estado pensando todo el día.

No le había gustado cómo había aparecido en su vida, pero Franco no era como se lo había imaginado. Era trabajador y muy agradable.

No sabía si estaría interesado en ella, eso esperaba. Quizás pudiera ayudarla con algo que le había estado preocupando durante algún tiempo.

Creía que parecía interesado…

Cuando terminaron con las botellas, Holly comprobó la temperatura del congelador y vio que estaba lo suficientemente frío como para congelar el cuello de las botellas. Fueron metiéndolas todas boca abajo para que el cuello quedara dentro del líquido de congelación.

Había planeado el espacio de trabajo solo para ella, pero trabajar con Franco era muy distinto. Era un espacio demasiado pequeño para los dos. Siempre parecía tenerlo demasiado cerca. No podían moverse sin que sus cuerpos se rozaran de vez en cuando. Y cada vez que pasaba, sentía que todo su cuerpo se estremecía y un hormigueo recorría toda su piel.

Pero, por difícil que pareciera, lograron concentrarse en el trabajo y establecer una rutina. Él iba sacando cada botella del congelador, con los posos atrapados en el cuello congelado de la botella, ella se deshacía de ese tapón, añadía el licor dulce y después era Franco el que ponía el nuevo corcho y lo sujetaba con los alambres.

Tenían que trabajar con rapidez. El truco consistía en no dejar que el burbujeante contenido saliera durante los pocos segundos que estaba sin tapón la botella, pero Holly era una profesional y no se le cayó ni una gota. Fueron preparando las botellas para la boda y metiéndolas en cajas de cartón. El último paso sería ponerles la etiqueta.

Trabajaron tocándose de vez en cuando, lanzándose miradas cargadas de significado, pero sin dejar de hacer lo que tenían que hacer. A pesar de la creciente tensión, consiguieron avanzar hasta que solo quedó una caja más.

–Es la última docena –le dijo Franco mientras le daba una botella.

–A este ritmo, acabaremos pronto.

–Hacemos un buen equipo.

Dudó un segundo al devolverle la botella para taponarla y sus dedos se rozaron.

–No se te da mal, no –reconoció ella sin poder evitar estremecerse–. Para ser un Chatsfield, claro.

–A ti tampoco se te da mal.

–¿No se me da mal para ser una mujer tan obstinada, intransigente

y testaruda? –le preguntó ella.

–¿De verdad te dije eso?

–Sí, de verdad lo hiciste.

Franco tuvo el descaro de sonreír y ella sintió un calor bajo su piel que no tenía nada que ver con el fuego de la chimenea.

–¿En qué estaría pensando? –comentó Franco mientras apretaba la palanca para meter el corcho a presión en el apretado cuello de la botella.

Contuvo el aire al ver cómo lo hacía. Supo que nunca iba a poder encorchar otra botella sin pensar en ese hombre y en el sexo. Sabía que se había sonrojado, pero no podía dejar de observar sus expertas manos.

Si jugaba bien sus cartas, podría sentir muy pronto esas manos de largos dedos en su cuerpo.

Pero no sabía cómo iba a poder jugar bien sus cartas cuando no sabía nada de ese juego. La seducción era algo desconocido para ella, como un idioma extranjero que no hablaba.

Franco se giró para darle otra botella y rozó su polo. Sintió un cosquilleo en los pechos al instante y se dio cuenta de que no iba a tener que hacer nada, que el deseo se encargaría de todo.

Tomó la botella, terminó el degüelle, añadió el licor y se la devolvió. Era un alivio tener algo concreto que hacer con las manos.

Ya solo quedaban diez botellas más, la cuenta atrás.

No hablaron. No había necesidad. Se decían más con sus cuerpos de lo que podrían haberse dicho con palabras. Y con cada botella fue creciendo la tensión entre los dos.

Hasta llegar a la última.

Capítulo 9

Franco le pasó la botella con reverencia, mirándola con sus ojos grises. Holly tragó saliva, tenía la garganta seca. Tomó la botella que le ofrecía, podía sentir que la observaba, era como una cálida caricia en su piel. Le temblaban tanto las manos que se le cayó el sacacorchos al suelo.

Él lo recogió y estaba tan cerca que se quedó sin respiración.

–Se te ha caído algo –murmuró mirándola a los ojos.

Estaba tan cerca de su cara que podía sentir su cálido aliento en la mejilla.

–Gracias –susurró ella mientras sus manos se juntaban alrededor del sacacorchos.

No dejaban de mirarse a los ojos. Recordó entonces que aún no habían terminado, que tenía una botella más en la mano. Solo una botella más. Solo unos segundos más.

Pero Franco le llevó la mano al cuello, sus dedos se deslizaron entre su pelo y tuvo que mirarlo a él, absorta observando sus labios.

Solo podía pensar en librarse de esa botella para tener las manos libres, para rodear su cuello con los brazos.

Franco la acercó hacia él, sus labios estaban a apenas unos centímetros. Tenía que librarse de esa botella, necesitaba sus manos y sabía que solo sería un segundo.

El tapón congelado y los posos salieron disparados de la botella. Cubrió rápidamente la parte superior con el pulgar. Sabía que podía hacerlo, lo había hecho mil veces. Añadió el licor en el mismo momento en el que la boca de Franco encontró la de ella y olvidó lo que había estado haciendo.

Él la estaba seduciendo con sus labios, separándolos, invitándola a seguir su ejemplo y ella estaba más que dispuesta a hacerlo. Pero entonces el vino a presión de la botella salió y, para cuando ella recordó lo que tenía que hacer, ya estaban completamente bañados en vino y sin poder dejar de reír. Franco le quitó la botella de la mano y la dejó a buen recaudo sobre el banco, donde no iba a poder hacer más daño.

El corazón le latía a mil por hora y podía sentir la sangre corriendo por sus venas.

Franco dejó de reír un momento y se llevó las manos a la boca. Saboreó un dedo y frunció el ceño.

–Le falta algo –le dijo antes de tomar su cara entre las manos y besarla–. Ahora sí, perfecto –añadió mientras la atraía con fuerza contra su torso.

Ella fue de buena gana. Saboreó en sus labios el vino y el licor que utilizaban para reemplazar la dulzura de la uva. Franco sabía a piel cálida y a zumo fermentado de uva.

Sintió que la empujaba contra el banco y le encantó. Era una delicia sentir su torso duro y musculoso contra ella, sabiendo que no había otro lugar adonde ir, que estaba donde tenía que estar.

No pensaba salir corriendo.

No mientras Franco la hiciera sentirse de esa manera, sumergiéndola en un mar de sensaciones. Tenía sus manos en el pelo, en los hombros y en la espalda. En todas partes y a la vez, era como si se le fuera la vida en ello, como si no pudiera dejar de tocarla. Estaba tan cerca que podía sentir su excitación contra el vientre mientras su lengua y sus labios la seducían por completo.

Eran sensaciones tan fuertes que no tenía tiempo para pensar. No pudo evitar gemir en su boca y dejar que sus caderas se apretaran contra él como si tuvieran vida propia. No sentía miedo ante lo desconocido. Todo lo que hacía estaba impulsado por la necesidad, el deseo de tenerlo más cerca, cada vez más. Y Franco pareció leerle el pensamiento porque agarró su trasero con las manos para atraerla con más fuerza contra su cuerpo.

Usó entonces esas manos para levantarla y sentarla en la parte superior del banco de madera, colocándose después entre sus piernas.

Franco tenía la cara a la altura de sus pechos y comenzó a acariciarla. Solo podía pensar en ella y en cuánto deseaba enterrar la cabeza entre esos senos.

–Estás húmeda y pegajosa –le susurró–. Tenemos que quitarte la ropa mojada.

Se le pasó por la cabeza arrancársela, estaba deseando descubrir a la mujer que se había ocultado bajo ese uniforme, pero no quería que tuviera que regresar al día siguiente con la ropa hecha harapos. No le parecía apropiado que su abuelo la viera así.

Tomó el dobladillo del polo y se lo quitó sin dejar de besarla hasta el último momento, cuando tuvo que separarse un segundo.

La miró entonces con los ojos bien abiertos.

No había pensado en ello, pero, si lo hubiera hecho, habría imaginado que su ropa interior sería tan triste y sosa como su uniforme. Probablemente algo práctico y beige. Pero no era así.

Lo que llevaba era un auténtico festín para los ojos. Una delicada prenda de satén y encaje negro que hacía resaltar aún más sus maravillosos pechos.

–¡Dios mío! –susurró él.

–¿Te gusta? –le preguntó Holly mordiéndose el labio inferior.

La miró con incredulidad.

–Me encanta –le dijo casi con un gruñido mientras subía las manos desde su estrecha cintura hasta llegar a sus pechos.

Comenzó a acariciarlos con sus pulgares y sintió que Holly contenía el aliento. La miró a los ojos y, además de placer, le pareció ver miedo en su mirada. No entendía por qué estaba tan tensa. Le parecía increíble que hubiera podido temer que a él no le iba a gustar lo que estaba viendo en esos instantes.

Cubrió sus pechos con las manos y Holly se estremeció. La atrajo contra él y besó su escote. Después, agarró de nuevo su cabeza para besarla en la boca y con más deseo aún.

–Por favor, dime que llevas braguitas a juego –le susurró cuando se separó a regañadientes de sus labios.

–Siempre lo hago.

Esa mujer estaba empujándolo hasta límites insospechados. Nunca se podría haber imaginado lo que escondía su aburrido uniforme.

Toda ella era una sorpresa y se preguntó si le estaría ocultando alguna más.

Estaba deseando averiguarlo, pero no era el mejor sitio para hacerlo.

Los dos estaban pegajosos por culpa del vino y el banco de madera era demasiado frío. Ni siquiera había un sofá en la gran sala. Había una buena chimenea, pero faltaba una alfombra para poder al menos protegerse del frío suelo.

Podría hacerle el amor allí mismo, en ese banco. No podía pensar en otra cosa, pero sabía que allí sería incómodo y demasiado rápido.

Y no era eso lo que deseaba.

–¿Hay alguna cama en algún sitio? –susurró entre besos mientras subía las manos por sus sedosos muslos y se acercaba peligrosamente al paraíso.

–Hay una casa de invitados –le dijo ella casi sin respiración–. Y tengo la llave.

Sintió que un coro de ángeles cantaba en su cabeza al oír esas maravillosas palabras. Le puso su jersey sobre los hombros y la tomó en sus brazos.

–Entonces, ¿qué estamos haciendo aquí?

La casa era perfecta. Separada del resto de las instalaciones, amplia y, lo mejor de todo, con una cama enorme.

Pero, de momento, Franco se olvidó de la cama y abrió con el pie la puerta del cuarto de baño. Había sido divertido verse empapados de repente por el vino, pero empezaba a ser desagradable.

Dejó a Holly en el suelo y abrió el grifo del agua caliente. No tardó en empañarse todo el cuarto con el vapor del agua.

Franco tomó de nuevo entre sus manos la cara de Holly y la besó. No pudo evitar estremecerse, todo lo que estaba pasando le parecía increíble. Había sido muy excitante ver la reacción de Franco cuando vio su sujetador. Le había dado mucha confianza, pero nunca había estado desnuda con un hombre y había imaginado que harían el amor en la cama, tapados y en la oscuridad.

Pero estaban en el baño, con las luces encendidas y el vapor no ocultaba demasiado. Empezaba a sentirse más insegura. Temía que Franco tuviera la intención de hacerle el amor de pie y en la ducha. Empezó a arrepentirse de haber dado ese paso, no estaba preparada, no sabía qué esperaría de ella.

No le preocupaba saber que no iba a disfrutar con el sexo, ni siquiera temía no poder impresionar a Franco. Se trataba más que nada de quitarse de encima esa primera experiencia, esa etiqueta que llevaba tanto tiempo acarreando. Pero tampoco quería hacer el ridículo.

–Estás temblando –le dijo Franco.

–Tengo frío –mintió ella.

–Sé cómo conseguir que entres en calor.

Y lo hizo. Le dio un beso tan apasionado y profundo que sintió que se quedaba sin aliento. Fue un beso que le hizo olvidar por un momento que tenía miedo. Franco la hacía sentirse tan bien… Percibió sus manos acariciándole la espalda, bajando hasta la cintura y deteniéndose después en su trasero. Se quedó sin aliento cuando le apretó las nalgas con sus grandes manos.

Se estaba ahogando, pero en un mundo de sensaciones maravillosas.

Segundos después, Franco le desabrochaba los pantalones mientras besaba su cuello. Creía que no le costaría nada hacer que dejara de pensar.

Y la verdad era que no quería pensar, solo deseaba sentir.

En esos momentos, Franco era su amo y ella, su alumna.

Pero también él le pertenecía, podía explorar su cuerpo con manos hambrientas y deleitarse con cada centímetro de su maravilloso y musculoso cuerpo.

Le sacó la camisa de los pantalones, estaba deseando tocar ese torso perfecto que había visto aquella primera noche en la cabaña. Le costó desabotonarla, pero lo consiguió y él la ayudó terminando de quitársela.

Fue increíble poder tener por fin las manos sobre su suave piel oliva, sus pectorales y el vello que lo cubría todo. Pero no era suficiente, quería más.

Cada vez había más vapor en el baño, más calor entre ellos dos.

Se atrevió a aventurarse un poco más abajo, tocando de manera algo tentativa lo que ya había notado presionando su vientre. Quería

saber si era como lo había imaginado.

Franco gimió contra su boca y sintió que su deseo iba en aumento.

Rodeó con dedos algo torpes su miembro erecto y se dio cuenta de que era verdad lo que había oído acerca de los hombres con pies grandes. No podía dejar de pensar en cómo sería sentirlo dentro de ella. Estaba deseando averiguarlo.

Los dos se quitaron botas, calcetines y pantalones tan deprisa como pudieron.

–Dios mío, Holly… –gimió Franco mirándola de arriba abajo con ojos abrasadores.

Ella podría haber dicho lo mismo, si hubiera sido capaz de hablar. Franco parecía una de esas estatuas que había en los museos, un antiguo dios griego tallado en piedra. Una larga cicatriz en uno de sus costados era lo único que lo apartaba de la más absoluta perfección. Y sus calzoncillos negros eran lo único que podía diferenciarlo de todas esas estatuas. Pero no tardó en quitárselos y ella tragó saliva. Le daba miedo mirar, pero también estaba desesperada por hacerlo.

Franco se lo puso fácil porque le inclinó hacia delante la cabeza con las manos para quitarle la goma del pelo.

–Así mejor –susurró él–. Mucho mejor. Me gusta verte con el pelo suelto, me encanta cómo enmarca tus ojos y tu boca.

Aprovechó que tenía las manos detrás de ella para desabrocharle el sujetador, bajarle después los tirantes y quitárselo del todo.

Notó que Franco contenía el aliento y ella sintió que sus pezones se contraían. Se acercó de nuevo a ella y le quitó las braguitas con un movimiento de sus manos.

–Maravillosa –le dijo Franco.

Le alegró en ese instante haber decidido que ocurriera y que fuera con ese hombre. Porque sabía que Franco, un hombre de mundo, experimentado y sexy, iba a conseguir que su primera vez fuera algo especial, algo para recordar durante las largas noches que tendría después de que él se fuera.

Entraron en la ducha y Franco puso gel de baño en sus manos. Le sorprendió ver que comenzaba a usarlo con ella, acariciando su piel resbaladiza sin olvidar ni un centímetro de su cuerpo.

Ella hizo lo mismo y fue increíble poder explorar su cuerpo de esa manera, descubriendo así los lugares que le hacían gemir o incluso agarrarle la mano para detenerla.

Esas partes de su cuerpo eran las más excitantes.

–¿Qué es esto? –le preguntó mientras acariciaba su larga cicatriz.

–Nada –repuso Franco agarrándola por la muñeca para que dejara de tocarlo allí.

Pero no había tiempo para preguntarse por qué había reaccionado de esa manera. Ya no había restos de vino en sus cuerpos y Franco

había empezado a recorrer su piel con la lengua y la boca. Se quedó sin aliento cuando la empujó contra la pared de la ducha y comenzó a besar su cuello y fue bajando hasta sus pechos. Suspiró, cerró los ojos y se entregó por completo al placer. Sintió por primera vez la increíble sensación de tener uno de sus pezones en la boca de un hombre, el placer que podía proporcionarle con su lengua, la aparente conexión entre sus pezones y el centro mismo de su placer, esa zona de su cuerpo donde parecían concentrarse todas sus terminaciones nerviosas.

No se podía haber imaginado el placer erótico de la lengua de un hombre en su estómago ni la necesidad que parecía tener de separar sus piernas. Era como si no las controlara, no dejaban de temblar.

Y cuando notó que Franco bajaba aún más…

No podía creerlo.

Tenía los sentidos al rojo vivo. Nadie la había tocado allí y Franco iba a…

Sus dedos separaron suavemente los labios de su sexo.

–¡Dios mío! –gimió sin poder controlarse.

Sintió su lengua sobre ese lugar mágico donde parecía tener un millón de terminaciones nerviosas. Fue como si las hubiera despertado a todas a la vez.

Tenía que tumbarse, creía que le iban a fallar las piernas, le temblaba todo el cuerpo.

Puso las manos sobre la cabeza de Franco, enredando los dedos en su pelo mientras él la acariciaba de la manera más íntima posible, jugando con su lengua y con sus labios. Sentía que todo le daba vueltas y, a la vez, un mundo nuevo se abría frente a ella.

Pero quería más y él se lo dio. Eran sensaciones increíbles. Le costaba entender cómo podía hacerle sentir tanto con su boca.

El placer era cada vez más intenso, era como si mil fuegos artificiales estuvieran estallando dentro de ella, todo se tambaleaba a su alrededor y sentía que se acercaba al borde de un precipicio.

Franco comenzó a acariciarla también con sus manos y un dedo se deslizó dentro de ella. Era una sensación extraña, inesperada, pero no tuvo tiempo para pensar en ello. Al principio, fue una intrusión, pero su cuerpo respondió de manera casi automática contrayendo sus músculos.

Le pareció que Franco dudaba un segundo y se quedaba inmóvil, pero ya era demasiado tarde, ya nada iba cambiar la oleada de sensaciones que la dominaba por completo. Era imposible controlar o detener lo que sentía.

La fuerza de su orgasmo la sorprendió y echó la cabeza hacia atrás, golpeando la pared de la ducha. Era completamente vulnerable a una serie de salvajes oleadas que estallaban dentro de ella y se extendían

por todo su cuerpo. Fue un alivio que Franco estuviera allí para abrazarla. De otro modo, no sabía cómo podría haberse mantenido en pie.

Se apoyó en él como una muñeca de trapo mientras Franco cerraba el grifo. Estaba demasiado aturdida para hablar, seguía sin comprender que un placer tan intenso y exquisito pudiera ser posible. No terminaba de creerse que le hubiera podido producir tanto goce con la boca. No quería ni pensar en cómo sería tenerlo dentro de ella.

Franco la envolvió en una gran toalla y la llevó en sus brazos hasta la cama.

Estaba deseando saberlo.

La dejó caer en la cama con pocas contemplaciones. Después, se dio la vuelta y regresó al baño. Vio que se secaba rápidamente con una toalla, la tiraba al suelo y se volvía a poner los calzoncillos. Sintió que se le encogía el corazón.

–¿Qué estás haciendo? –le preguntó con voz temblorosa.

–¿A ti qué te parece? Me estoy vistiendo –repuso Franco poniéndose los pantalones.

Se sentó en la cama sujetando con las manos la toalla que cubría su desnudez.

–¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

–¿Cuándo ibas a decírmelo? –le dijo enfadado Franco poniéndose los calcetines y las botas–. ¿O esperabas que no me diera cuenta?

–¿Que no te dieras cuenta de qué?

–De qué nunca habías hecho esto –contestó Franco.

No pudo evitarlo, se le llenaron los ojos de lágrimas. Sabía que no tenía experiencia, pero había esperado que no fuera tan obvio.

–¿Tan mal lo estaba haciendo? –le preguntó con inseguridad.

Franco masculló algo entre dientes mientras se abotonaba la camisa.

–¿Por qué no me dijiste que eres virgen?

–¿Por qué tendría que decírtelo?

–¿Que por qué? ¡Holly, tienes veintiocho años! Nadie esperaría que siguieras siendo virgen a tu edad –le dijo él–. Por cierto, ¿qué es lo que pasó entonces con ese hombre?

–¿Qué hombre?

–Ese tipo tan rico que te rompió el corazón, el que solo estaba interesado en el viñedo o algo así.

–¿Quién te ha hablado de él?

–Josh –respondió Franco–. Me lo dijo a modo de advertencia. Temía que yo pudiera hacerte daño.

–¡Dios mío! –exclamó cubriéndose la cara con las manos.

Le avergonzaba que esos dos hombres hubieran estado hablando de uno de los episodios más humillantes de toda su vida. Creía que esa situación en la que vivía explicaba en parte por qué seguía siendo

virgen a su edad.

–Así que nunca me imaginé que pudieras ser virgen. Nadie lo es a los veintiocho años.

Le molestó que le hablara así. Ella no se veía como un bicho raro.

–¿Y de eso cómo puedes estar tan seguro? ¿Acaso sois los Chatsfield los que instauráis las normas y los criterios aceptables para estas cosas? ¿A qué edad se supone que tenéis que perder la virginidad? ¿A los dieciocho? ¿A los veinte? ¿O prefieren las revistas del corazón que empecéis a tener relaciones antes? –le preguntó furiosa–. ¿Qué edad tenías tú, Franco?

Él sacudió la cabeza.

–Mi familia no tiene nada que ver con esto.

–¿Por qué? Tu familia tiene algo que ver con cada parte de este acuerdo. Por tu familia es por lo que nunca quise firmar este acuerdo. ¿Cómo esperas que deje a tu familia fuera de la conversación?

Franco recogió la ropa de Holly y la tiró sobre la cama, al lado de donde estaba ella.

–Esto solo tiene que ver con nosotros. Con nadie más.

–Si eso es verdad, ¿por qué te niegas a hacer el amor conmigo?

–Porque eres virgen, Holly.

–¿Y?

–¿No es eso suficiente?

–Si no fuera virgen, ¿estarías ahora mismo en esta cama conmigo?

Franco gruñó algo a modo de respuesta y se pasó las manos por el pelo.

–Voy a meter las cajas de vino en la furgoneta.

–¿Por qué? –le preguntó ella–. ¿Por qué lo cambia todo que yo no tenga experiencia? Querías que pasara esto, ha estado a punto de ocurrir… ¿Por qué de repente es un problema? ¿Te dan miedo las vírgenes?

–Deja de ser tan melodramática. No me dan miedo, no. Pero no suelo relacionarme con ellas –le dijo–. Ahora, vístete.

No podía creer que estuviera hablando en serio, que estuviera tratando de irse.

–¿Qué quieres que haga? ¿Que te lo pida de rodillas?

–No, lo que quiero es que te vistas. Nos vamos.

Estaba furiosa, no podía creer que le estuviera haciendo algo así. Había estado tan cerca. Tanto… Se quitó la toalla y, por primera vez en su vida, no le importó estar desnuda. Estaba demasiado enfadada. Además, quería que así Franco tuviera un recordatorio de lo que se estaba perdiendo.

–Querías acostarte conmigo –le dijo ofreciéndose a él.

Franco no quería mirarla, apartó los ojos.

–Por supuesto, hasta que me di cuenta de tu condición.

–¡Por el amor de Dios, Franco! ¡No es una condición o una enfermedad! ¡No es como si estuviera embarazada!

–Ha sido un error –insistió Franco–. Ahora, ponte la ropa. Nos vamos.

A Franco le dolía la cicatriz que tenía en el costado. Trató de convencerse de que era por culpa del frío, pero una voz en su interior le dijo que ese dolor era un recordatorio de los errores que había cometido en su vida. Y acostarse con alguien sin experiencia era uno de los peores errores que podía llegar a cometer. Lo había hecho una vez y no pensaba volver a tropezar en la misma piedra.

Creía que las vírgenes eran una complicación que no necesitaba, alguien dispuesto a entregarle su cuerpo pero pidiéndole demasiado a cambio, promesas que no podía cumplir.

Michele nunca había aceptado que no pudieran tener un futuro juntos. Si ella hubiera vuelto a su vida diciéndole que era solo por Nikki, podría haber estado dispuesto a intentarlo. Pero Michele se había tomado la enfermedad de su hija y el hecho de que Franco pudiera ser donante de la niña como pruebas de que él nunca debería haberla dejado.

–Fuiste el primer hombre con el que estuve –le había recordado ella constantemente–. Fuiste especial.

Como si esas palabras fueran suficientes para convencerlo de que no debería haberla dejado. Nunca había aceptado culpabilidad alguna por no haberse molestado en informarle de su embarazo o, después, de que tenía una niña.

La verdad era que, de no haber sido por la enfermedad de Nikki, no habrían vuelto a verse. Michele no había sido más la chica con la que había tenido una aventura durante su juventud. Una historia que había terminado cuando él se fue a Italia.

Eso era lo que había pensado, que aquel había sido el fin.

Se frotó la cara. Le parecía increíble lo que acababa de descubrir. No entendía cómo Holly podía seguir siendo virgen a los veintiocho. Ya había previsto que esa mujer escondía más sorpresas, pero esa no podría haberla vaticinado nunca.

La noche era oscura, fría y húmeda. A Franco el viaje se le estaba haciendo eterno. Sabía que Holly estaba muy enfadada y algo le decía que no iba a quedarse callada y olvidar lo que había estado a punto de pasar. La tensión que había entre los dos iba en aumento.

–¿Por qué no tratas de dormir un poco? –le sugirió Franco para intentar que Holly dejara de mirarlo con el ceño fruncido.

–¿Cuál es la verdadera razón? –le preguntó ella de repente.

–¿Qué?

–Me dijiste que las vírgenes no te damos miedo. Así que, ¿cuál es la verdadera razón por la que no quieres acostarte conmigo?

–¡Dios mío, Holly! ¿Me vas a someter a un interrogatorio de seis horas?

–Si eso es lo que tardas en contestar, sí.

Franco sacudió con desesperación la cabeza.

–Estoy esperando –insistió ella.

–¿Crees que vas a hacerme cambiar de opinión?

–Solo quiero saber por qué te apartaste de mí tan rápidamente cuando te enteraste de que era virgen. Hasta entonces, me pareció que estabas interesado. Es una pregunta normal.

Las luces amarillentas de la autopista iluminaban el interior de la furgoneta. No había más coches, solo estaban ellos, la autopista y esa conversación tan incómoda.

–No te va a gustar la respuesta.

–Soy una mujer hecha y derecha, Franco, podré aceptarlo.

–De acuerdo –repuso mirándola de reojo–. No me gusta ser el primero en la vida de una mujer. Pase lo que pase, siempre comparará a los que vengan después contigo. No pasa nada si eres el segundo o el vigésimo segundo. Pero el primero siempre es especial –le explicó–. Y las mujeres siempre se involucran emocionalmente. A veces la experiencia es dolorosa, lloran y hay que consolarlas. Y, mientras lo hacen, ellas están pensando que a lo mejor eres la persona con la que quieren pasar el resto de sus vidas. Después de compartir esa primera experiencia, muchas mujeres quieren creer que tú eres el hombre de sus vidas.

–¿Y por qué estás tan convencido de que las cosas son así? ¿No te parece que puede ser una idea equivocada que tienen los hombres sobre lo que pensamos las mujeres?

–No me lo estoy inventando, es algo que he visto.

–¿Cuántos años tenía ella, Franco? ¿Veintiocho también?

–No, dieciséis –replicó él de mala gana–. Pero da igual, para ti también habría sido el primero.

–¡Pero esa chica era solo una adolescente!

–Y alguien de tu mismo género.

–¿No te has acostado conmigo porque crees que te perseguiré?

–Ya sabía yo que no te iba a gustar mi respuesta.

–¿Crees que empezaré a organizar la boda y mirar trajes de novia? –le preguntó Holly con incredulidad–. Madre mía, Franco, solo quería que me ayudaras con mi… Mi problemilla. No sé qué haces temiendo que quiera casarme contigo y ser la madre de tus hijos.

–¿Qué quieres decir?

–¿Sabes lo duro que es ser aún virgen a mi edad? Me siento como un bicho raro –le confesó.

–Bueno, pues encuentra a otro con el que estrenarte. No es nada difícil.

–A lo mejor no lo es para ti. Pero yo he crecido en un pueblo muy pequeño, conozco a todo el mundo en esta región, sé con quién habla la gente en los bares y, sobre todo, sé que hablarán.

–No será para tanto.

–¿No? –replicó ella–. Cuando estaba en el instituto, les confesé a mis amigas un día que no había tenido relaciones sexuales. A la hora de la comida ya lo sabía todo el mundo y, desde ese día, me estuvieron llamando Purman la Virgen hasta final de curso. Si hay algo que puedo agradecerle a Mark Turner, ese hombre del que te habló Josh, fue que todos pensaron que éramos amantes y por fin conseguí que dejaran de reírse de mí y fueran a hostigar a otro. Pero, si alguien se enterara ahora, volvería a ser objeto de bromas y burlas. Me quedaría siendo Purman la Virgen para toda la vida –agregó Holly–. Así que no, tu teoría no me convence.

–Eso no lo sabes, el sexo cambia a las mujeres.

–¿Crees que iba a cambiar la opinión que tengo de ti? No, no ocurriría. Desde mi punto de vista, el plan era infalible. Te irás dentro de tres semanas y nunca volveremos a vernos. Sé que tú no lo vas a hablar con tus amigos en el bar del pueblo, nadie lo sabría. Y, después de que te vayas, si encuentro a alguien con quien quiera acostarme, podré hacerlo sin preocupaciones.

–¿Con quién estás pensando acostarte? –le preguntó sin poder contener su curiosidad.

–Ese es mi secreto –repuso ella con una pequeña sonrisa–. A lo mejor debería habérselo pedido a él –murmuró–. Puede que lo haga…

Franco gruñó y se quedó callado. Creía que Holly no lo entendía, no quería entenderlo, pero él sí sabía lo que le podía pasar. Había visto a una mujer destrozada intentando aferrarse a cualquier excusa para tener una relación con él cuando nada más los unía. Y él había tenido que afrontar de la mejor manera posible su dolor y desesperación.

Se había sentido muy culpable. Creía que había usado a Michele para vengarse de su familia y después la había abandonado para irse a Italia.

Y sabía que también sentiría que se iba a aprovechar de esa mujer si hacía el amor con ella. Aunque fuera Holly la que se lo estuviera pidiendo, acostarse con ella no podría ser nunca un acto de generosidad, sino que lo haría por él mismo. Y después, como había hecho con Michele, la abandonaría y se volvería a Italia sin mirar a atrás.

No se veía capaz de volver a hacerlo, de correr ese riesgo.

La última vez, le había costado un riñón y el amor de una niña con la que había estado muy poco tiempo.

No quería ni pensar en lo que podría costarle esa vez.

Holly había llamado a su abuelo desde la carretera para decirle que iban a llegar tarde. Esperaba que ya estuviera acostado, pero no tuvo esa suerte. Gus los estaba esperando y los recibió de pie, arrastrando los pies con ayuda de su nuevo andador, feliz de haber podido abandonar por fin su silla de ruedas.

–Oí que hubo un gran atasco en la carretera esta mañana –les dijo Gus mientras ellos sacaban las cajas de vino de la furgoneta–. Me sorprende que no os quedarais a pasar allí la noche.

–Pensamos en hacerlo… –comentó ella.

–Pero Holly tenía prisa por volver –agregó Franco.

–¿Yo? –repuso Holly–. Pensé que eras tú el que te morías por regresar.

Hablaban sin mirarse el uno al otro y sin querer mirar tampoco a Gus.

–¿Qué es ese olor? –preguntó su abuelo–. Es vino… ¿Qué pasó? ¿Se rompió una botella?

–A Holly se le olvidó tapar la parte superior de una botella después de hacer el degüelle –le explicó Franco.

Gus frunció el ceño, parecía muy sorprendido al ver que su nieta hubiera podido cometer un error semejante.

–¿Se le olvidó?

–Sí, abuelo –reconoció ella a regañadientes–. Se me olvidó.

Era mucho más fácil que admitir que Franco había conseguido distraerla.

Capítulo 10

Franco no dejó de dar vueltas en la cama, no podía dormir. Pensó que era por la almohada. Al final, la tiró al suelo maldiciendo en italiano.

Sabía que la culpa no era de la almohada, era suya.

Habían pasado tres días desde que regresaran a casa.

Y Holly se había estado comportando como si nada hubiera cambiado, como si no le hubiera revelado su secreto más profundo, como si no le hubiera suplicado que le hiciera el amor.

Llevaba tres noches de insomnio, recordándose a sí mismo todas las razones por las que no debía caer en la tentación.

Pero el recuerdo de Holly lo había estado torturando cada vez que cerraba los ojos. Holly quitándose el polo y revelando su sexy ropa interior. Holly en la ducha, con el agua cayendo sobre su piel. Holly recordándole que sabía a vino y a mujer.

Lo estaba matando, estaba perdiendo la cabeza. Y eso que Holly ni siquiera se le había acercado durante esos días. Mientras preparan las botellas para la boda, había sido el constante roce lo que lo había excitado. Esos días, en cambio, era la ausencia de ese contacto lo que estaba disparando su deseo.

Había llegado al viñedo un nuevo equipo de trabajadores para podar las hectáreas de vides más jóvenes y ella había dejado que siguiera él solo con las vides viejas para pasar la mitad del día con ellos. Podía oírla riendo con los jornaleros y también las voces profundas de esos hombres. No podía dejar de pensar si estaría planteándose la posibilidad de tener una aventura de una noche con alguno de ellos.

Tampoco se quitaba de la cabeza las razones que le había dado la otra noche para no acostarse con ella. Le habían parecido buenos motivos entonces, pero cada vez lo tenía menos claro. Quería que su primera experiencia fuera buena, no con alguien al que no le importara que ella disfrutara.

Creía que se merecía a un hombre que supiera cómo complacer a una mujer.

También tenía que reconocer que la situación no era como había sido con Michele, que era en realidad Holly la que quería aprovecharse de él. Sobre todo porque sabía que terminaría por irse de allí.

Empezaba a pensar que tal vez Holly tuviera razón. Era virgen, pero

también era una mujer.

Por otro lado, ella tenía su vida en Australia y él no tardaría en volver a sus viñedos de Piacenza. Sabía que ella no iba a seguirlo, no si suponía renunciar a toda su labor y su vida en Vinos Purman, y estaba seguro de que eso no iba a suceder.

Pensó que quizás debería ayudarla y poner fin así a esas noches de insomnio.

No pensaba permitir que volviera a ser Purman la Virgen. No cuando él podía evitarlo.

El restaurante Mamma Angela's estaba a tope. Ya había una enorme multitud reunida allí cuando llegó Holly con su abuelo.

Todos aplaudieron cuando vieron llegar a la invitada de honor, orgullosos de que uno de los suyos fuera finalista de un premio tan prestigioso.

Estaba siendo una fiesta muy divertida. Como no podía ser de otro modo, había abundancia de buen vino y también aceitunas y quesos de la región. Además del olor tentador de un cordero que se estaba asando lentamente al fuego.

Y Holly sabía que, en algún lugar entre esa multitud, estaba Franco.

Había estado evitándolo toda la semana, manteniendo las distancias, no quería parecer desesperada. Si de verdad Franco no quería ayudarla, pensaba que estaría deseando que lo dejara en paz, pero si había cambiado de opinión…

No sabía casi nada de seducción, pero esperaba que se lo hubiera pensado mejor y decidiera acostarse con ella.

Se encontró a Franco en compañía de Angela, que estaba vigilando el asado del cordero. Los dos hablaban rápidamente en italiano. Vio que él llevaba la misma ropa del primer día. Después de verlo tantos días vestido con vaqueros y camisas sencillas, se le había olvidado lo bien que le sentaba ese tipo de ropa más sofisticada.

Holly lo saludó con una sonrisa, pero Franco frunció el ceño.

Angela, en cambio, le dio un cariñoso abrazo.

–Hola Franco, me alegra que hayas venido –le dijo Holly tratando de ser amable.

–¡Por supuesto! ¡Franco tenía que estar aquí! Así puedo hablar con alguien en italiano –intervino Angela entre carcajadas–. Me encanta volver a usar el idioma de mi madre.

Holly sonrió al escucharla. Franco había conseguido ganarse otra admiradora más.

–¡Y qué suerte que esté trabajando en el viñedo, Holly! Franco es todo un experto.

–Bueno, no tan experto como Holly, por supuesto –añadió Franco.

–Pero casi –repuso Angela–. Conozco los vinos que tiene su familia en Piacenza y son buenos. Deberías casarte con él y empezar una dinastía de vinateros, Holly.

Holly pensó que era una suerte que el comentario de Angela no la hubiera pillado bebiendo o se habría atragantado. Miró de reojo a Franco, seguía frunciendo el ceño. No entendía qué le pasaba.

–Franco se volverá a Italia pronto –le dijo Holly a la anfitriona–. Así que sería una dinastía con una vida muy corta, Angela.

–Bueno, ¿qué le vamos a hacer? Esta es tu fiesta, Holly. Ve a divertirte mientras sigo vigilando el cordero.

Podrían haber entrado en el restaurante, donde estaba casi todo el mundo, pero de alguna manera, sin decirse ni una palabra, fueron los dos andando hasta una zona que habían cubierto con una pérgola. La habían decorado con luces de colores y había estufas para aliviar el frío.

Se detuvieron frente a una barandilla y Holly respiró profundamente. Amaba esa tierra y sus viñedos, pero el aire que tan bien conocía se mezclaba con el aroma del hombre que tenía a su lado. Sintió en ese instante que lo iba a echar de menos cuando se fuera.

Suspiró y lo miró de reojo, vio que seguía muy serio.

–Parece que te lo estás pasando muy bien –comentó ella con ironía.

–No te entiendo, Holly.

–¿Qué quieres decir? –preguntó confundida.

–¿No lo sabes? Mira cómo vas vestida.

Bajó la vista hacia sí misma. Llevaba unos pantalones limpios y una camisa bastante nueva y planchada. Incluso se había lavado el pelo y puesto un poco de maquillaje. Le había parecido que tenía buen aspecto.

–Esta fiesta es para ti, Holly. ¡Una fiesta! Han venido para celebrar lo que has logrado y te vistes como… –comentó Franco mirándola con una expresión de incredulidad en su rostro–. Parece que acabas de terminar de podar en el viñedo. ¿No podrías haber hecho un esfuerzo?

–Y lo he hecho –protestó ella.

–Sé te da muy bien parecer una mujer sencilla y normal.

–Vaya, algo que se me da bien…

–No era un cumplido, Holly.

Se encogió de hombros y apretó con más fuerza su copa de vino. Le había dado un poco de espacio esa semana con la esperanza de que entrara en razón, pero parecía decidido a seguir castigándola por no haberle contado la verdad. Pensó que quizás la estuviera criticando de esa manera para justificarse.

–¿De verdad importa lo que me ponga? Estas personas son mis amigos y están aquí por mis vinos. ¿Por qué debería pretender ser

alguien que no soy?

–Porque eres una mujer preciosa, Holly Purman, y tienes que dejar de fingir que no lo eres. No puedes seguir ocultando tu belleza con una cola de caballo y un aburrido uniforme. No tienes que ir siempre vestida como si estuvieras trabajando en el campo.

Solo podía pensar en que le había dicho que le parecía preciosa.

–¿Por qué te da miedo mostrar tu belleza? ¿Temes llamar la atención y dejar de ser invisible?

–No lo sé –contestó pensativa–. Siempre me he vestido así. Supongo que mi abuelo no sabía qué hacer con una niña ni cómo elegirme la ropa. Lo hizo lo mejor que pudo, pero me temo que me he acostumbrado a usar cosas poco femeninas.

Franco trató de imaginarse cómo habría sido Holly de pequeña. Suponía que bastante parecida a como era en la actualidad. Nada que ver con el aspecto que siempre había tenido Nikki. A su madre le había encantado vestirla como si fuera una adolescente en vez de una niña de cinco años de edad. De hecho, no recordaba haberla visto nunca con pantalones. Y ya nunca lo haría.

Sintió el mismo dolor que lo dominaba cuando pensaba en Nikki, pero no era el momento de dejarse llevar por los recuerdos.

–Poco femenina por fuera, pero con cierta debilidad por la ropa interior sexy –le recordó él–. ¿Por qué?

Vio que Holly se sonrojaba.

–Me invitaron una vez a la inauguración de una tienda de lencería. Fui de mala gana y solo me compré algo porque me sentí obligada a hacerlo –le explicó Holly–. Pero después descubrí que me gustaba mucho llevar ese tipo de prendas, me sentía muy bien con ellas. Como siempre me visto como ves, no suelo llevar zapatos, bolsos ni complementos, pero la lencería bonita me gusta mucho. Es mi pequeño secreto.

–No tendrías ese problemilla que me comentaste si los hombres supieran lo que llevas bajo la ropa –le dijo Franco con voz más suave.

Ella lo miró a los ojos con un gesto desafiante.

–Bueno, tú lo has visto y, aun así, sigo con «ese problemilla».

Se dio cuenta de que tenía razón, pero las cosas estaban a punto de cambiar.

Acarició la cara de Holly y le encantó notar que se estremecía.

–Tengo que admitir algo. Tengo razones para querer verte vestida de seda. Razones egoístas –le confesó–. Cuando sueño que estoy haciendo el amor contigo, me imagino quitándote un vestido de seda y dejando que caiga a tus pies. Es mucho más sensual que fantasear con tu ropa de trabajo.

–¿Su… sueñas que me quitas un vestido de seda? –le preguntó Holly casi sin aliento.

Franco asintió con la cabeza.
–Pero parece que esta noche no podré hacerlo.
A Holly le dio un vuelco el corazón.
–¿Quieres decir que…? –susurró ella sin atreverse a terminar la frase–. ¿Me estás diciendo que…?
–Te estoy diciendo que sí, me acostaré contigo, Holly. Me ofrezco a ayudarte con tu «problemilla». Quiero mostrarte cuánto puedes llegar a disfrutar con un hombre, pero eso es todo lo que puedo prometerte. Nada más.
Ella contuvo el aliento un segundo. Después, sonrió.
Franco deseó poder abrazarla en ese momento y demostrarle cuánto la deseaba, pero no era el momento ni el sitio. No necesitaba que la gente volviera a hablar de ella y pensaran que otro hombre volvía a abandonarla después de estar con ella.
Pero, antes de entrar en la fiesta, acarició de nuevo su cara y recorrió con el dedo la deliciosa curva de su boca. Holly entreabrió los labios y pasó levemente la lengua por su dedo. Fue suficiente para que se excitara aún más.
Se dio cuenta de que iba a tener que pasar un buen rato allí afuera antes de unirse al resto de los invitados.

La fiesta se le estaba haciendo interminable. Gus se despidió de ellos y se fue a casa bastante pronto, pero la invitada de honor tenía que quedarse hasta el final.
Estaba siendo una fiesta maravillosa. El cordero resultó delicioso y Holly estaba encantada al ver tanto cariño a su alrededor. Todo el condado la apoyaba, sabía que veían la nominación como una victoria para ella, pero también para el resto de la región.
No dejó de sonreír y aceptar las felicitaciones de todos, pero por dentro estaba ardiendo. No podía dejar de pensar en ese hombre ni en lo que iba a pasar.
Por fin.
Esa noche.

Holly solo había tomado una copa de vino. Era su fiesta y, como invitada de honor, no había querido beber más de la cuenta ni hacer el ridículo.
Después de hablar con Franco, había estado demasiado nerviosa para beber, demasiado consciente de que, con cada minuto que pasaba, estaba un poco más cerca de esa segunda fiesta. La fiesta privada a la que solo estaban invitados Franco y ella.
Pero estar tan sobria también tenía sus desventajas. Estaba tensa,

nerviosa y tenía la garganta seca. Cuando salieron del restaurante por fin y Franco le abrió la puerta del coche para que entrara, Holly le dedicó una sonrisa temblorosa. Recordó en ese instante que debería haber bebido un par de copas más.

Pero vio entonces una botella de su espumoso Rubida en el asiento de atrás.

–Veo que has pensado en todo y tendremos algo que beber –le dijo ella mientras se subía al coche.

Franco le sonrió enigmáticamente.

–Algo así.

–Me ha parecido que lo mejor era que viniéramos a mi casa –le dijo Franco mientras aparcaba frente a la puerta–. Menos posibilidades de que te reconozca alguien que si vamos a un hotel.

Ella asintió con la cabeza. Era una suerte que uno de los dos se hubiera parado a pensar en esas cosas. Ella no podía.

–¿Y Josh?

–Josh está ocupado… Está con la chica de la panadería. No volverá hasta mañana.

–¿En serio? –preguntó sorprendida.

Era como si todo el mundo tuviera una vida sexual, todos menos ella… Pero recordó entonces otro detalle.

–Supongo que tienes… –le dijo sonrojándose sin remedio.

–¿Preservativos? Sí, por supuesto.

Se sentía tan inexperta e insegura… Pensó entonces que lo más probable fuera que un hombre como Franco Chatsfield no saliera de casa sin preservativos. Pero prefería no pensar en eso.

Franco salió del coche y lo rodeó para abrirle la puerta.

La miró a los ojos y le ofreció su mano. Había mucho deseo en sus ojos. Ya no había vuelta atrás.

–Ha sido una fiesta increíble, ¿verdad? –comentó ella para llenar de algún modo el silencio–. Y todos estaban tan contentos por mí –agregó mientras iban hacia la puerta–. ¿Has visto la cantidad de gente que había? Todo el condado estaba allí.

Franco abrió la puerta y entraron, pero ella siguió hablando.

–¡Y ese cordero! ¡Dios mío, qué bueno estaba que el cordero!

–Holly –le dijo Franco encendiendo la calefacción y guardando el vino en la nevera.

–¿Llegaste a probar las aceitunas de Angela? Hace las mejores aceitunas que he probado, se trajo la receta desde Puglia. Era de su abuela y…

–Holly –la llamó de nuevo Franco yendo a por su mano.

–¿Sí?

Tiró con fuerza de ella.

–Cállate ya.

Su boca la silenció con un beso que sintió primero en los labios y después en el resto de su cuerpo. Era increíble volver a estar así con él. Su boca era tan cálida como la recordaba y besaba tan bien…

No quería ni pensar en la cantidad de mujeres con las que habría practicado su técnica ni en todas las maestras de las que habría aprendido a lo largo del camino, pero era todo un experto, muy experto. Y esa lengua… Tenía una lengua peligrosa y muy hábil.

Sus besos la atrajeron aún más hacia él, solo podía dejarse llevar, participar en ese sensual baile que tenía un objetivo final, un propósito.

Bailó con él, respondió a cada uno de sus besos y caricias, había anhelado tanto volver a estar así con él, lo había necesitado.

Franco tenía una mano en la parte baja de su espalda y otra en el trasero, manteniéndola así conectada completamente con su cuerpo. Pero seguía sintiendo que todavía no estaba lo suficientemente cerca.

Y sabía que no estarían lo suficientemente cerca hasta que Franco no estuviera dentro de ella. Algo que necesitaba más que nada, más que el respirar.

Y lo necesitaba en ese instante.

Franco seguía besándola y ella deslizó las manos entre los dos, bajándolas lentamente por su musculoso torso, pasando por su abdomen y descendiendo hasta el bulto que no podía ocultar la fina tela de sus pantalones. Notó que Franco gruñía en su boca.

–Por favor… –gimió ella sin importarle que pudiera parecer desesperada–. Por Favor…

Franco la miró y sonrió.

–¿No has oído que la paciencia es una virtud, Holly? –le preguntó.

–La paciencia está muy sobrevalorada.

Franco se puso serio mientras acariciaba su mejilla con el pulgar.

–Es mejor no ir deprisa, Holly, no la primera vez.

Apretó los labios molesta, no era la respuesta que habría querido oír.

–¿Por qué no vas a la cama mientras yo saco el vino de la nevera? –le sugirió Franco.

Ella asintió con la cabeza mientras se mordía el labio inferior.

–Ahora mismo voy.

Holly se quitó los zapatos, la camisa y los pantalones apresuradamente. Se metió entre las sábanas, que olían a Franco, y trató de mantener la calma, pero el corazón le latía a mil por hora.

Pensó que le iba a sentar muy bien tomarse un poco vino.

Oyó cómo descorchaba la botella y se puso aún más nerviosa. Apareció poco después en el dormitorio con dos copas flauta en las

manos. Se sentó en la cama a su lado y le entregó una de las copas.

–Un brindis por Holly Purman, que dejará muy pronto de ser virgen –anunció Franco.

No pudo evitar echarse a reír. Tomó un sorbo y luego otro. Estaba tan rico. Era perfecto.

Franco agarró su copa y dejó las dos en la mesita. Después, se inclinó y la besó en la boca.

–Delicioso –murmuró él–. Sabes a tu mejor vino.

Casi sin dejar de besarla, se quitó los zapatos, los pantalones y el jersey.

Solo se enderezó un momento para quitarse los calzoncillos. No podía dejar de mirarlo. Completamente desnudo, magnífico y orgulloso de su cuerpo. Se quedó sin aliento al recordar que iba a estar muy pronto dentro de ella.

–Eres perfecto –le dijo Holly.

Franco sonrió mientras bajaba la colcha para verla. Se le fueron los ojos a su pecho. Llevaba un sostén de color rosa y blanco.

–Me has quitado las palabras de la boca –le dijo Franco trazando con el dedo su escote–. Me alegra que no te quitaras esto, así puedo hacerlo yo. No es el vestido de seda con el que fantaseaba, pero me encantará quitártelo.

Le bajó los tirantes del sujetador y después el resto de la prenda hasta poder acariciar sus pechos con las manos, moviendo los pulgares sobre sus pezones hasta que ella comenzó a gemir de placer.

Bajó después las manos por sus costados, dibujando las curvas de su cintura y sus caderas. Cuando Franco terminó de apartar la colcha y vio sus braguitas a juego, no pudo ahogar un gemido.

–Holly, eres preciosa…

Se inclinó para besarla sin dejar de acariciarla y no se dio cuenta de que Franco había tomado de nuevo una de las copas de vino. Bebió un trago y la besó de nuevo, dejando que el vino cayera a su boca. Fue increíble beber de sus labios, sentir su cálida lengua jugando con la de ella y compartiendo el vino.

Cayó una gota sobre su pecho y se quedó sin aliento, pero Franco la lamió antes de que pudiera deslizarse por su escote. Otra gota más en uno de sus pezones y él volvió a hacer lo mismo, torturándola con sus dientes y su lengua. Era increíble. Sentía las sensaciones esparciéndose por todo su ser y centrándose entre sus muslos.

Franco le dedicó la misma atención a su otro pecho. Sin poder controlarse, ella echó la cabeza hacia atrás para arquear su cuerpo hacia la boca de ese hombre.

Sintió que derramaba unas gotas más sobre su estómago y presintió lo que iba a hacer. Pero no tenía por qué, ya lo había hecho el otro día, no tenía sentido…

Pero cuando Franco separó sus piernas y sintió el vino contra su carne caliente y la lengua de ese hombre besándola íntimamente, dejó de pensar. Estalló dentro de ella un torrente de sensaciones tan intenso que le costó luchar por mantenerse a flote. No quería llegar al clímax de esa manera, eso ya lo habían hecho el otro día, pero tampoco podía controlar lo que estaba sintiendo.

Se aferró a la cabeza de Franco mientras él seguía acariciando su centro de placer con los dedos y la boca. Sintió poco después que deslizaba un dedo dentro de ella y luego otro. El deseo la dominaba, iba cada vez a más y temía ser consumida por las llamas de tanta pasión.

Franco se colocó entre sus piernas y lo sintió por fin contra su sexo. Estaba demasiado aturdida por las sensaciones para tensar su cuerpo o sentir miedo. Sentía la presión, pero lo deseaba tanto que su cuerpo se amoldó a él, movió las caderas para encontrarse con él, para conseguir el ángulo perfecto. Sintió un dolor que la hizo gritar, pero solo duró un segundo y ya estaba dentro de ella. Inmóvil, mirándola a los ojos, esperando.

La besó suavemente en la boca.

–¿Estás bien?

Asintió con la cabeza. Era una sensación extraña y nueva, pero era increíble.

Sobre todo unos segundos después, cuando empezó a sentir una deliciosa fricción. Carne contra carne, húmeda y caliente.

No habría creído posible volver a sentirse así. Después de todo, Franco acababa de hacerle llegar al clímax con su boca, pero volvía a sentir cómo crecía una gran presión en su interior, cómo se intensificaban las sensaciones.

Se aferró a él cuando Franco aceleró el ritmo de sus movimientos, necesitaba algo a lo que asirse, algo para enfrentarse a la fuerte ola que amenazaba con llevársela a lo más alto. Pero no había escapatoria, no había donde esconderse. Mientras la llevaba a la cima, la presión seguía aumentando hasta llegar a su punto culminante cuando Franco tomó uno de sus pezones entre los dientes mientras se deslizaba aún más dentro de ella. Fue todo lo que necesitó para alcanzar de nuevo el orgasmo.

Tardó algún tiempo en volver a la tierra. Pero, poco a poco, su respiración se hizo más lenta y los latidos de su corazón se calmaron también.

No podía dejar de pensar en lo que acababa de suceder.

–Gracias –le dijo al hombre que yacía sudoroso y contento a su lado–. Ha estado muy bien.

Franco abrió los ojos al oírla.

–¿Te sientes diferente?

–Sí. Me siento fenomenal.

Él sonrió y le acarició un pecho.

–Estás fenomenal…

–¿Crees que…? –comenzó ella–. ¿Hay alguna posibilidad de que podamos hacerlo de nuevo?

Su cuerpo se despertó ante la pregunta de Holly, pero no le parecía buena idea. Sabía que sería increíble, pero peligroso. No quería que ella pensara que lo que estaban compartiendo significaba algo.

Su instinto le decía que debía retirarse a tiempo.

–¿Crees que es buena idea? Ya nos hemos encargado de tu «problemilla». Así que no me necesitas. Ya puedes acostarte con quien quieras y que nadie lo sepa nunca –le dijo él.

Prefería no pensar en por qué no le hacía gracia la posibilidad de que Holly se acostara con otros hombres.

–Sí, pero sigo teniendo poca experiencia. Sé que tengo mucho que aprender. Además, solo vas a estar aquí un par de semanas más. ¿Por qué no aprovecharlas? Yo no diré nada si tú tampoco lo haces.

Sacudió la cabeza. Tenía que levantarse de la cama y convencerla para que volviera a casa.

–Es una locura, Holly. Ya has tenido relaciones sexuales, ya no eres virgen. Ese era el trato.

–Lo sé, pero eso que me hiciste con el vino…

Sabía que no era buena idea preguntárselo. Sabía que no debía hacerlo.

–¿Qué?

–Me gustaría hacértelo a ti.

Su erección le dejó muy claro en ese instante que estaba completamente perdido.

Horas más tarde, se despertó con ella en sus brazos, quedaba poco para que amaneciera. La noche había sido larga y llena de placeres, pero tenía que llevarla de vuelta a su casa. Era una locura que aún estuviera allí. Pero parecía tan relajada y cómoda entre sus brazos que decidió dejarla solo unos minutos más.

Holly comenzó a moverse y se estiró. La atrajo contra su cuerpo y le dio un beso en la cabeza. Ella respondió girándose hacia él y rodeando su cuello con los brazos. Podía sentir la suavidad de sus pechos contra el torso y los rizos de su pelvis contra el estómago. Fue suficiente para despertar su cuerpo casi de inmediato.

–¿Qué tal? ¿Estás algo dolorida? –le preguntó.

–No, me siento muy bien –le dijo ella sonriendo–. Me siento como si me hubiera liberado de lo que estaba empezando a parecer una cadena perpetua. Gracias.

–Ha sido un placer –repuso sonriendo también.
Holly acariciaba su torso y notó que se detenía en su costado, donde tenía la cicatriz. No pudo evitar sentirse algo tenso, sabía lo que estaba a punto de preguntarle.
–¿Qué es esto?
–Nada –respondió él como hacía siempre.
–¿Has tenido un accidente?
–No.
–¿Entonces?
Maldijo entre dientes y se levantó de la cama. Había desaparecido de repente la sensación de bienestar que había tenido al despertarse con ella. Habían compartido una increíble noche de pasión, pero no quería contarle los detalles más íntimos y dolorosos de su vida. Después de todo, lo que tenía con ella era temporal y esa cicatriz era para siempre.
–¿Qué más te da?
–Solo era una pregunta.
–Es tarde, será mejor que te lleve a casa.
–Muy bien –susurró Holly recogiendo su ropa interior del suelo.
Se la puso bajo las sábanas, tímidamente, como si él no hubiera explorado ya cada centímetro de su cuerpo. Se puso sus pantalones pensando que no comprendía a las mujeres.
–Es que no entiendo por qué te pones así, solo era una pregunta.
Sus palabras le hicieron perder el control y era algo que no solía hacer nunca.
–Le doné un riñón a… A una amiga. Eso es todo. Nada más que contar. ¿Satisfecha?
No podía contarle que no había sido a una amiga, sino a su pequeña de cinco años.
Holly lo miró con gesto de sorpresa.
–¿Eso es todo? Lo dices como si no tuviera importancia, Franco. Pero es increíble, qué gesto tan generoso… Es maravilloso.
Apretó los labios y sacudió la cabeza.
–Podría haberlo sido –murmuró él sintiéndose vacío por dentro–, si ella hubiera sobrevivido.
–¡No, Franco! Lo siento mucho.
Sacudió de nuevo la cabeza, no quería hablar más del tema. Se puso el jersey y lamentó no haberla llevado a su casa anoche, después de que lo hicieran por primera vez.
Terminó de vestirse deprisa y agarró las llaves del coche. No entendía por qué siempre que hablaba con esa mujer terminaba pensando en su madre, en sus hermanos o en su hija. De un modo u otro, siempre le preguntaba por su pasado, haciéndole evocar cosas que quería olvidar.

—¿Vienes?

Holly se quedó tumbada y despierta en su cama, esperando que llegara la hora de levantarse, pero sin poder volver a dormirse. Después de veinte y ocho años, ya no era virgen. No iba a olvidar nunca esa noche ni lo que había compartido con Franco. Solo deseaba que no hubiera terminado tan mal. La había dejado en su casa casi sin despedirse y con gesto muy serio.

Se había dado cuenta de que había mucho dolor dentro de él. Le había tratado de hacer creer que su cicatriz no importaba, pero había sentido su sufrimiento cuando por fin le dijo la verdad.

Le parecía increíble que hubiera donado un riñón a una amiga, que le hubiera dado una parte de sí mismo. No era el tipo de hombre que había pensado que era cuando llegó ese primer día al viñedo. Era mucho más.

Le dolía ver cuánto sufría. Esa cicatriz debía de ser un recordatorio constante.

Franco no podía dejar de dar vueltas en la cama. Le dolía el costado. Probó a tumbarse de lado o de espaldas, pero le seguía doliendo. Al final, decidió levantarse e ir a la sala de estar. Abrió la ventana y se quedó de pie frente a ella. Esperaba que el aire fresco de la mañana calmara el dolor que sentía en la zona de su cicatriz.

Desde allí podía ver la casa principal y sabía que allí estaba Holly. Supuso que estaría durmiendo tranquilamente, cansada y satisfecha después de esa noche, después de haber logrado por fin dejar de ser virgen. Y pensaba que también él debía estar contento. Ya no iba a tener que lidiar con la tensión sexual con la que había tenido que enfrentarse a diario durante esos últimos días. Además, tenía que reconocer que el sexo había sido fabuloso. Debería estar durmiendo como un bebé, pero no podía.

Por mucho que se empeñara en convencerse de lo contrario, no había sido solo sexo. No con Holly. Esa noche habían hecho el amor.

Respiró profundamente y contuvo el aire unos segundos antes de soltarlo de golpe. No entendía cómo había podido dejar que la situación se le fuera de las manos cuando había sabido desde el principio lo peligroso que era. Lamentó no haber mantenido las distancias y no haber tenido la suficiente fuerza de voluntad como para resistirse.

Pero ya no podía cambiar las cosas. Había sido su primer amante y, aunque había temido que Holly malinterpretara las cosas después de esa noche, era él el que estaba allí de pie, en la oscuridad, pensando

en ella. No sabía qué tenía Holly Purman, pero no conseguía resistirse a ella. Era él el que no parecía aceptar que solo hubiera sido sexo.

Se dio cuenta de que, si no aprendía a mantenerse alejado de ella, las siguientes dos semanas iban a ser infernales.

Capítulo 11

Pero, abuelo, tienes que estar allí! No puedes perdértelo. También es tu noche.

–Me encantaría ir, Holly –le respondió su abuelo algo lloroso–. Lo siento. Es culpa mía. Debería haber sido mejor paciente y hacer los ejercicios que me mandaron. Es una lástima, pero los médicos no me dejan subir al avión. ¿Qué quieres que haga? No puedo ir.

–Pero no quiero ir sola –protestó Holly angustiada.

–Tendrás que hacerlo. Es tu noche y debes estar allí. Convence a Franco para que vaya contigo.

Un fin de semana en Sídney con Franco. Se quedó pensativa. Él había estado evitándola desde la noche de la fiesta y tenía que reconocer que la idea de pasar unos días con él le gustaba.

–Pero, abuelo…

–Sé que te parece buena idea, Holly. He visto cómo lo miras. Te gusta, ¿no?

Ella se encogió de hombros.

–Bueno… Es agradable. La verdad es que ha estado trabajando mejor de lo que pensaba y no nos llevamos mal. Para ser un Chatsfield, claro.

Gus se echó a reír.

–¿No te alegras ahora de que no te dejara echarlo de aquí ese primer día? –le preguntó el anciano–. Aunque lo intentaste por todos los medios.

No sabía si se alegraba. Por una parte, sí. Había aprendido mucho con él, sobre los placeres de la carne y sobre ella misma. Pero, por otra parte, creía que todo habría sido más fácil si se hubiera ido ese día para no volver.

Porque sabía que iba a dejar un gran vacío en su vida cuando volviera a Italia. Lo iba a echar mucho de menos.

–Supongo que ahora estoy más convencida de que puede ser un buen acuerdo para Vinos Purman –reconoció ella.

Y eso no tenía nada que ver con Franco. Los hermanos Chatsfield parecían haber logrado mantenerse lejos de las revistas del corazón y llevar una vida menos escandalosa.

Además, si firmaba ese acuerdo, tendría la oportunidad de volver a ver a Franco.

No esperaba nada más de él, pero tampoco le importaba en absoluto

que sus caminos volvieran a cruzarse.

–Entonces, está decidido, pídeselo a Franco –le dijo Gus–. Enséñale la ciudad y pasadlo bien. Y cuando ganes y te vean con él, será la oportunidad perfecta para conseguir publicidad sobre el contrato.

–Si gano, abuelo.

–Lo harás, estoy seguro, cariño.

Estaban trabajando entre las vides cuando Holly se lo sugirió.

–De acuerdo, iré –respondió Franco con algo de cautela–. Si eso es lo que quiere Gus.

Desde la noche de la fiesta, había mantenido las distancias con ella. Y tenía que reconocer que Holly también lo había hecho. Empezaba a darse cuenta de que le había dicho la verdad cuando le aseguró que no iba a tratar de tener nada más con él, que solo era sexo.

Aunque la había estado evitando, seguía deseándola. Le estaba matando esa situación y pensó que un fin de semana en Sídney podría ser muy bueno para los dos. Creía que, si ella quería, todavía podía enseñarle algunas cosas más.

–Pero tendré que comprarme un traje –añadió–. ¿Qué vas a ponerte tú?

–Eso es lo peor, que no tengo nada aún.

No pudo evitar sonreír.

–No me sorprende.

–Creo que iré mañana a Mount Gambier y echaré un vistazo –le dijo Holly–. He oído que hay buenas rebajas en la tienda de Betty.

–¿Rebajas? ¿En la tienda de Betty? –repitió con incredulidad–. ¡La entrega de premios es en la Palacio de la Ópera, Holly! Imagínate que ganas y tienes que subir al escenario para recibir el premio y hablar. Te harán decenas de fotos desde mil ángulos diferentes.

Vio que palidecía.

–Tienes que llevar un vestido extraordinario y no lo vas a encontrar en la tienda de Betty.

–Odio todo esto –replicó con frustración Holly–. ¿Por qué tiene que ser todo tan complicado? Yo solo quiero cuidar de mis uvas y elaborar vino… ¿Qué voy a hacer?

–Es muy fácil –le dijo él–. Ve a la tienda de Betty si quieres y te compras algo para el vuelo que no sea de color caqui. Después, trataremos de encontrarte un vestido decente en Sídney.

Franco había cambiado los billetes para ir dos días antes a Sídney y tener así tiempo para ir de compras.

Holly miró las espectaculares vistas de la costa cuando el avión

comenzó a descender para aterrizar en Sídney. Lucía el sol y pudo distinguir el famoso puente de la bahía y el Palacio de la Ópera.

No creía que fueran a tardar dos días en encontrar un traje para Franco y un vestido para ella, pero estaba claro que no sabía nada de compras de esa altura. Nunca había tenido que asistir a un evento de esa categoría y era agradable tener a Franco para hacerse cargo de ese tipo de cosas. Ella ya estaba bastante nerviosa pensando en la fiesta del sábado como para preocuparse de nada más.

Iba a haber un cóctel antes de la cena durante el cual los seis finalistas iban a presentarse ante los invitados. Cada uno iba a tener unos minutos para hablar de su inspiración, de sus influencias y de su visión. El discurso de Holly se centraba sobre todo en la figura de su abuelo.

Pensaba que no iba a tener oportunidad de hablar después y quería darle todo el reconocimiento que se merecía. Gus la había convertido en la enóloga que era y deseaba rendirle ese pequeño homenaje. Sobre todo cuando no iba a poder estar a su lado esa noche.

Después sería la cena formal y el anuncio del ganador a las nueve de la noche.

Podrían entonces volver a casa y a su vida siempre.

Aunque algo le decía que esa vida ya no iba a volver, que todo había cambiado para ella durante esas últimas semanas.

Tenían un coche esperándolos cuando llegaron a Sídney. Rojo, deportivo y muy lujoso.

–¿Un Maserati? –le preguntó Holly echándose a reír–. ¡No me lo puedo creer!

–¿Qué otra opción tenía? No les quedaban helicópteros.

Holly sonrió mientras Franco le sostenía abierta la puerta para que entrara primero.

–A mí también me fastidia mucho cuando me pasa –le dijo ella.

Fue una sensación vertiginosa estar allí con él, recorriendo las calles llenas de tráfico de Sídney. No solo por ese deportivo ni por su potencia, también por esa conexión que parecía haber entre ellos. Aunque solo hacía unas semanas que lo conocía, ya habían compartido mucho. Entre otras cosas, algunas bromas.

–¿Tienes carnet para conducir un coche así?

–Relájate, Holly. Soy medio italiano, lo llevo en la sangre.

Trató de hacerle caso y relajarse. Quería disfrutar de esos días y de su compañía. No quería ni pensar en cuánto le habría costado alquilar ese deportivo, pero Franco no parecía preocupado. Después de todo, suponía que estaba acostumbrado a coches como ese. Estaba impresionándole también la seguridad con la que conducía, como si

conociera la ciudad.

–¿Cómo sabes a dónde tienes que ir? –le preguntó.

–Puro instinto –respondió Franco sonriendo–. No es tan difícil. Ya casi hemos llegado.

Le encantaba verlo contento, pero esos buenos momentos iban a hacer que la despedida fuera aún más dolorosa. Le había jurado que para ella solo iba a ser sexo, que no iba a mezclar las cosas, pero no podía evitar sentirse triste cuando pensaba en no volver a verlo.

Solo le quedaban en el viñedo un par de semanas más.

Respiró profundamente. Esas semanas tendrían que ser suficiente. Tendrían que serlo.

Vio que giraban a la derecha en una intersección y que se detenía poco después frente a un hotel.

–Ya hemos llegado –anunció Franco.

–¿El Chatsfield? Pero pensé…

–Cambié la reserva –le dijo él sonriendo–. Aquí tengo descuento familiar.

El portero le abrió la puerta del coche y le dio la bienvenida al hotel.

–Mis padres se casaron aquí… –recordó ella en voz alta mientras miraba la clásica fachada del edificio de piedra.

–Lo sé –le dijo Franco poniéndose serio–. Espero que no te importe. Pensé que te gustaría verlo.

–Sí, claro. Pero me resulta tan raro pensar de estuvieron aquí hace tantos años…

–Tengo algo que enseñarte, pero será después de que nos instalemos.

Asintió con la cabeza y lo siguió. Se quedó con la boca abierta al ver la elegancia del gran vestíbulo, con suelos de mármol y exquisita decoración. Todo era perfecto, las flores, la luz e incluso una fragancia muy especial que llenaba el ambiente.

No tardaron en atenderles. Ayudaba mucho que su acompañante tuviera el apellido Chatsfield. Pocos minutos después, les mostraron su habitación.

Pero no era una habitación, era una maravillosa suite con vistas.

–Es la mejor que tenemos –les dijo orgulloso el empleado del hotel que los acompañó.

Tenían todo Sídney a sus pies desde esos ventanales. Podían ver el Palacio de la Ópera y el gran puente de la bahía. La habitación era tan impresionante como las vistas. El dormitorio tenía una gran cama con dosel. También había un lujoso baño de mármol y una amplia sala de estar con comedor. Había jarrones con flores frescas en cada superficie.

–Es una ciudad muy bonita –comentó Franco desde la ventana

cuando se quedaron solos.

Holly seguía sin creerse que estuviera allí, en ese hotel y en Sídney. No podía dejar de mirar el Palacio de la Ópera y se le encogió el estómago de nervios al pensar en el premio.

–Creo que no estoy lista para esto –susurró.

–Lo estarás –le aseguró Franco–. Ven, quiero que veas algo.

Bajaron en el ascensor hasta la biblioteca del hotel. Era otra maravilla.

–Aquí tienen gran parte del material de archivo del hotel –le dijo Franco llevándola hasta una vitrina–. Esto es lo que quería que vieras.

Se quedó otra vez con la boca abierta. Había un ramo de flores secas, recortes de periódicos y, encima de todo, la fotografía de boda de unos sonrientes novios.

Sus padres.

El vestido de su madre parecía mucho más bonito en esa fotografía que en el viejo recorte de periódico. Era una imagen clara y nítida y podía ver los detalles de las mangas y los encajes. Todo lo que había en la vitrina estaba relacionado con la inauguración del Chatsfield de Sídney. Había incluso una invitación de boda y el menú del banquete.

Pero se quedó sin aliento al ver las flores. Las habían conservado muy bien. Era el ramo de su madre, no podía creerlo.

Estudió minuciosamente cada artículo, leyendo todo al menos dos veces. No quería perderse ni un detalle. No pudo evitar que se le llenaran los ojos de lágrimas.

–Gracias –le dijo emocionada–. Es precioso.

–Pensé que te gustaría verlo.

No pudo contener las lágrimas y se las secó con la mano.

–¿Cómo sabías que estaba todo esto aquí?

–Al principio, no lo sabía. Pero hablé con el director y me contó lo de la vitrina. Quieren hacerte una foto al lado de ella, si no te importa.

–No, claro que no. Y a mi abuelo le encantará verla.

Franco no podía dejar de mirarla. Parecía tan vulnerable y tan sola… Sonreía, pero sabía que estaba sufriendo y le entraron ganas de abrazarla. Se dio cuenta entonces de que ninguno de los dos tenía a sus familias. A Holly solo le quedaba su abuelo.

Él, en cambio, había elegido por sí mismo alejarse de su familia.

Holly agarró su brazo con fuerza y no pudo resistirse, la abrazó contra su pecho.

–Gracias –le dijo de nuevo.

Sabía que era una locura, pero no pudo evitarlo. Aunque tenía muy claro que nunca podría ser la persona que Holly necesitaba y esperaba que ella no se imaginara lo contrario.

A Holly no le extrañó nada que Franco se hubiera resistido a que ella comprara un vestido en la tienda de Betty. Ella no sabía mucho de compras, pero Franco tenía un concepto completamente distinto. Para empezar, en vez de ir de compras, las compras se acercaron a ellos.

–¿Cómo has conseguido esto? –le preguntó atónita mientras unas cuantas mujeres convertían el salón de la suite en una boutique.

–Con una llamada de teléfono. No conozco Sídney, así que le pedí consejo a alguien para que nos ayudara un equipo de estilistas.

–Pero no hay ningún traje –respondió mientras miraba los vestidos, cajas de zapatos, ropa interior y bolsos–. ¿Qué vas a hacer?

–Saldré de compras mañana.

–¿Y yo? ¿Qué voy a hacer yo mañana?

–Estás ocupada pasando todo el día en un spa.

Antes de que pudiera abrir la boca para protestar, se le acercó la mujer que parecía estar a cargo de toda la operación y le estudió la cara.

–Veamos –le dijo mientras la agarraba por la barbilla–. Tiene buena piel, pero necesita algo de ayuda. Y no tome más el sol, estropea la piel –le advirtió–. Ojos verdes. No, un momento… Azul turquesa. El pelo rubio necesita mechas más rubias. Apunta eso para el salón de belleza –le dijo a una de sus ayudantes–. Talla treinta y ocho, seguramente. Bueno, tiene curvas… Sí, empezaremos con esa talla para probar. Muy bien, chicas, traedme…

La mujer, que se había presentado como Penelope, comenzó a dar rápidas instrucciones a sus ayudantes. Franco se despidió y la dejó a solas con ellas.

Tuvo que vestirse y desvestirse más de una docena de veces, le recogían el pelo, se lo soltaban, unos zapatos, luego otros. Fue agotador.

Pasaron más de dos horas allí metidas, pero por fin le pareció que estaban satisfechas con el resultado. Se quedaron mirándola unos minutos, examinándola de arriba abajo.

Penelope les pidió a sus chicas que le dieran su veredicto y todas estuvieron de acuerdo, les gustaba el resultado.

–Estupendo –concluyó la mujer–. A recogerlo todo.

–¿No quieren saber mi opinión? Me gustaría poder verme en el espejo –les dijo Holly.

–Si cree que es necesario… –repuso Penelope algo sorprendida–. Tiene que imaginarse el efecto después de maquillaje y peluquería, por supuesto.

Se miró a sí misma y se quedó sin aliento. Se giró a un lado y a otro. No entendía cómo podían haber transformado a una chica de campo como ella en una princesa de cuento de hadas.

Era un vestido asimétrico que dejaba un hombro al desnudo. Llevaba un maravilloso broche de diamantes en el tirante que brillaba con cada movimiento que daba. La tela se ceñía a sus pechos hasta la cintura. La falda, en cambio, era drapeada y muy elegante. Pero lo mejor era el color. Tenía el mismo tono turquesa de sus ojos.

–Me encanta… –susurró emocionada–. Me cuesta creer que esa mujer del espejo sea yo…

Penelope parecía satisfecha y ordenó a sus chicas que lo recogieran todo.

En unos minutos, guardaron bolsos, vestidos y zapatos y los botones del hotel se encargaron de sacarlo todo.

Cuando se quedó sola, fue a mirarse de nuevo en el espejo. Nunca se había imaginado que pudiera verse tan elegante con esa ropa. Ese mundo era nuevo para ella.

Pensó entonces en el hombre que lo había hecho posible, alguien capaz de lograr que una mujer tan poco femenina como ella pareciera una princesa. No pudo evitar soñar…

Pero le parecía imposible. Mientras se quitaba con cuidado el vestido, se recordó que no era inteligente dejarse llevar por fantasías que no iban nunca a materializarse.

–¿Qué tal las compras? –le preguntó Franco cuando regresó a la suite esa tarde.

–Bastante mal –repuso ella desde el sofá.

Había estado leyendo las biografías de sus competidores y todos eran muy buenos. Cada vez estaba más nerviosa.

–¿Qué hay en la caja?

–¿Recuerdas la foto que les hice a los koalas? La he mandado enmarcar –repuso él–. Pero ¿qué ha pasado?

Holly se encogió de hombros y dejó la revista que había estado leyendo.

–Esa mujer no tenía ni idea de moda. Así que he decidido usar el vestido que compré el otro día en la tienda de Betty.

Franco frunció el ceño. Tardó un segundo en darse cuenta de que le estaba tomando el pelo. Fue directo hacia ella, la tomó en sus brazos y se fue riendo hasta el dormitorio.

–Ten mucho cuidado, nada de bromas conmigo –le advirtió.

–¿O qué? –repuso Holly provocativamente mientras le acariciaba el pelo.

–O tendrás que pagar por ello.

No pudo evitar echarse a reír cuando la tiró a la gran cama con dosel.

–Justo lo que quería que me dijeras.

Capítulo 12

Holly estaba disfrutando mucho de su relajante día. Se había sentido así desde que entrara en el lujoso spa del hotel y la recibieran con una taza de aromático té. Desde entonces, la habían mimado con masajes y baños.

En ese momento, acababan de colocarle piedras calientes sobre la espalda y la sensación era deliciosa. Después, tenía que ir a la peluquería y Franco le había prometido llevarla a cenar.

Nunca se había sentido tan cuidada ni consentida. Creía que podría llegar a acostumbrarse a ese tipo de vida. Pero sabía que era mejor no hacerlo.

Franco no podía conciliar el sueño y se quedó mirando al techo y escuchando la respiración de la mujer que dormía entre sus brazos. La cena había sido deliciosa y también el paseo por la playa. Después, habían regresado al hotel para hacer el amor y dormir juntos.

Ese era parte del problema. Aunque había sabido lo peligrosa que era esa situación, había dejado que una simple aventura se convirtiera en algo más permanente. Su instinto le decía que aquello iba a terminar mal.

Estaba demasiado inquieto para dormir y se levantó. Fue a los ventanales y se quedó pensativo mirando las luces de la ciudad.

Una vez más, lamentó no haberse apartado de ella después de la primera noche.

Había visto cómo lo miraba Holly cuando creía que él no la veía y temía que estuviera empezando a sentir algo por él. Había anhelo y necesidad en sus ojos.

Le encantaba estar con ella, pero creía que era muy peligroso dejar que durmiera acurrucada entre sus brazos, soñando con que pudiera haber algo más.

Porque sabía que eso era imposible.

Y creía que, cuanto más tiempo pasara, más difícil sería separarse de ella. Y el dolor en su costado parecía no desaparecer nunca.

No tenía otra opción. Había decidido que tenía que irse. Quería conseguir que firmaran el contrato y volver a casa. Ya no quedaba mucha poda y creía que había demostrado con creces su seriedad.

Volvió a mirar a la mujer dormida en su cama y sintió dolor en su

pecho. Tenía que irse.

Estaría a su lado al día siguiente. Después de todo, era el gran día de Holly y había planeado una sorpresa para tratar de que se relajara.

Solo un día y una noche más. Cuando volvieran el domingo al viñedo, les diría que tenía que irse. Sabía que Gus lo entendería. Y Holly siempre había sabido que lo suyo solo podía ser temporal. Pensaba que, con el tiempo, llegaría a agradecérselo.

–Tenemos que irnos en diez minutos, Holly –le recordó Franco mientras se ajustaba la pajarita.

Ella había pasado toda la tarde ocupada con el peluquero y el maquillador y apenas había tenido tiempo para nada.

–Lo sé, pero tengo que ponerme esta faja especial que me dieron. Se supone que hace maravillas con mi figura, pero es muy difícil de…

–Quítatela, no te hace falta –le dijo Franco yendo hacia ella–. Tú ya eres perfecta, Holly.

–Pero, ¿y si el vestido no me cabe?

–Claro que lo hará, no te preocupes –respondió dándole una juguetona palmada en el trasero–. Y si no, puedes ponerte el que te compraste en la tienda de Betty.

Holly se giró para mirarlo por encima del hombro.

–Espero que no tengas que lamentar haberme dicho esas palabras.

Pero el vestido le sentaba como un guante, tal y como Franco había esperado. Cuando terminó de subirle la cremallera y Holly se dio la vuelta, se quedó sin aliento. Estaba preciosa.

Parecía una diosa. Llevaba un peinado asimétrico que iba muy bien con ese vestido de un solo tirante. Solo llevaba unos pequeños pendientes de diamantes y una pulsera. No necesitaba nada más, no con esos ojos de color turquesa y ese vestido.

Siempre había fantaseado con quitarle un vestido que fuera digno de ella y se preguntó si tendrían tiempo antes de la sorpresa que había planeado para ella. Miró el reloj y frunció el ceño. No podía dejar de pensar en que era su última noche con ella.

Vio cómo lo miraba Holly y se dio cuenta de que aún no le había dicho nada de su aspecto.

Le levantó la barbilla, la besó suavemente en la boca y retrocedió un poco.

–Estás preciosa, Holly –le dijo.

Le pareció que parecía algo temblorosa y asustada.

–No te preocupa lo de esta noche, ¿verdad? Pase lo que pase, eres una ganadora –añadió.

Holly pensó mientras salían de la suite que eran palabras muy bonitas, pero vacías. Sabía que no podía quejarse, era lo que habían

acordado. Aun así, era imposible no desear que aquello fuera real. Pero temía que ya fuera demasiado tarde.

–¿Adónde vamos? –le preguntó ella cuando Franco la llevó hacia la escalera en lugar de al ascensor.

–Ya lo verás –le dijo sonriendo enigmáticamente mientras subían las escaleras y abría después la puerta de la azotea del edificio–. Te espera tu carroza, Cenicienta.

Se quedó boquiabierta.

–¿Vamos a ir en eso? –preguntó sin poder creerlo.

–Así es –repuso dándole la mano y acercándose con ella al helicóptero–. Vamos a hacer una ruta escénica de Sídney.

El piloto les ayudó a subir. Cuando estuvieron listos, comenzaron a moverse las aspas y se quedó sin respiración cuando empezaron a elevarse. Era un día precioso y soleado.

–¿Para esto teníamos que estar listos tan pronto? –le gritó a Franco.

–Sí. ¿Sorprendida?

Estaba a punto de asentir con la cabeza, pero la vida había sido una sorpresa continua durante esas últimas semanas.

–En realidad, no –le dijo ella apretando su mano.

Se preguntó cuántas sorpresas más la esperarían. Pero sabía que había una sorpresa que Franco no iba a darle y que era una locura soñar con ello.

–Mira –le dijo Franco señalando por la ventana el emblemático puente y el Palacio de la Ópera.

Era increíble ver Sídney desde el aire, le pareció la mejor manera de hacerlo.

Cuando terminaron el tour, pensó que volverían al hotel, pero el piloto los dejó en un helipuerto cerca de la Ópera. Como aún tenían algo de tiempo, se acercaron a ver el puerto. Sabía que, aunque no ganara esa noche, ese día iba a ser uno de los mejores de su vida.

–¿Qué te ha parecido? –le preguntó Franco–. ¿Te sientes mejor ahora?

Lo miró y lo besó suavemente en los labios. Franco había hecho todo eso por ella, para que olvidara sus nervios y lo había logrado.

Ya no estaba nerviosa, solo eufórica. Pero también tenía miedo porque, mientras se besaban, se dio cuenta de que ya era demasiado tarde.

Se había enamorado de Franco Chatsfield.

Sin saber cómo, Holly consiguió sobrevivir el cóctel y la presentación de los finalistas, pero sabía que había estado algo tensa durante su discurso agradeciéndole todo lo que sabía a Gus.

–Es el premio más prestigioso en el mundo del vino en Australia, es

normal que estés nerviosa –le dijo Franco cuando se reunieron tras su discurso–. No te preocupes, estabas tan bella en el escenario, que nadie se dio cuenta de si estabas nerviosa o no. Ahora, relájate y pasa un buen rato. Esta es tu noche, Holly Purman.

Sonrió, pero no podía relajarse. No cuando acababa de darse cuenta de que estaba perdida, que había cometido un gran error al enamorarse de un hombre que no podía tener.

No había esperado ganar y eso le había permitido hablar con la gente de su mesa y disfrutar de la cena.

Por eso, cuando escuchó su nombre, no reaccionó, no lo hizo hasta que todos sus compañeros de mesa la miraron aplaudiendo. Franco la abrazó y fue entonces cuando lo entendió.

–¡Has ganado, Holly! –exclamó Franco–. ¡Has ganado!

Se puso de pie con piernas temblorosas. Se llevó la mano a la boca. No se lo creía, no sabía qué iba a decir, ya le había dado las gracias Gus en el primer discurso. Pensó entonces en decir algo que, aunque no iba a evitar que le doliera que Franco se fuera, haría que esos últimos días con él fueran más especiales. Y también esa noche. Iban a tener algo más que celebrar en el hotel.

Consiguió subir al escenario sin caerse y recibió su hermoso trofeo, una estilizada vid de oro sobre una base de madera. Llegó entonces el momento del discurso de aceptación.

Franco la miraba con una mezcla de orgullo y alivio. Creía que Holly se merecía el premio, pero iba a estar muy ocupada esos días con entrevistas y apariciones en televisión. Pensó que era el momento perfecto para que él se fuera.

Holly le dio las gracias a su abuelo, al público y a la Asociación Australiana del Vino.

–Está siendo un año increíble –dijo Holly después–. Hace unas semanas, recibimos una oferta que algunos podrían decir que era demasiado buena para rechazarla. Así que, naturalmente, la rechacé.

Todos se rieron. Todos menos Franco. No sabía qué iba a decir y estaba en vilo.

–Por suerte, la persona que nos hizo la oferta fue insistente y no se fue. Es pronto para dar más detalles, pero es muy buen contrato y lo firmaremos tan pronto como llegue a casa –continuó Holly–. Me gustaría dar las gracias a esa persona por su oferta y por su empeño, pero sobre todo por su fe en nuestros vinos y su determinación.

Franco, que se había sentido aliviado al ver que iba a conseguir el contrato, sintió que se quedaba sin aliento al oír el resto de sus palabras. No había tenido fe en sus vinos, no había ido a Australia por ellos, sino porque no había tenido más remedio que hacerlo para

evitar que Christos Giatrakos le cortara el grifo del fondo fiduciario de su familia.

–Espero que este premio convenza aún más a esa persona de que nuestros vinos merecen ser servidos en sus mesas. Gracias –concluyó Holly.

Franco cada vez se sentía más culpable y rastrero.

Todos se pusieron de pie para darle a Holly una gran ovación.

Se dio cuenta de que había estado allí con falsos pretextos desde el principio. Pero no pudo pensar más en ello. Holly regresó a la mesa e hizo lo que se esperaba de él. La abrazó y besó en la mejilla. Pero por dentro estaba destrozado.

Pasaron horas antes de que pudieran irse de la fiesta y volver al hotel, pero Franco no tenía ganas de verse en la suite con Holly. Era demasiado doloroso el peso de la culpa que había tenido sobre sus hombros durante toda la noche.

Recordó que Holly lo había acusado al principio de ser solo un mensajero, que había ido para llevarles el contrato y conseguir que lo firmaran.

Nunca se había parado a pensar en cómo veía Holly su participación en ese contrato. Había trabajado en el viñedo para demostrarle el tipo de persona que era, alguien en quien podía confiar. Pero había ido a Australia por dinero, solo por eso, y nada había cambiado desde entonces.

Y seguía siendo solo un mensajero, el chico de los recados.

Capítulo 13

No me lo creo –murmuró Holly dejando el trofeo en la mesa de comedor–. No me puedo creer que haya ganado, creo que lo voy a meter en la cama conmigo. Espero que no te importe.

A Franco no le importaba. Pensó que le vendría bien dormir acompañada del trofeo. Lo único que sabía era que él no iba a estar en esa cama. No podía. Ya no.

–Te lo mereces, Holly –le dijo honestamente pero con seriedad.

–Gus se emocionó tanto cuando lo llamé…

–Supongo que estará muy orgulloso.

–Sí, lo está –repuso ella algo más seria al ver que él también lo estaba–. No has mencionado mi discurso…

–Estuvo muy bien. La gente se rio, fue estupendo.

–¿Y? ¿Nada más? Pensé que ibas a estar feliz al saber que firmaré el contrato. En cuanto volvamos a casa, lo tendrás y podrás irte.

Franco la miró. Después de una larga noche de fiesta, estaba algo despeinada y ya casi sin maquillaje, pero seguía siendo absolutamente preciosa. Se dio cuenta entonces de lo que iba a perder cuando se fuera. No iba a volver a verla y se le encogió el estómago al recordarlo, pero no tenía derecho a desear nada, a esperar nada más de ella.

Holly se acercó a él con gesto pícaro.

–¿Quieres celebrarlo? –le sugirió ella.

Cerró los ojos. Habría sido muy fácil dejarse llevar por el deseo, pero no quería seguir viviendo una mentira, era la hora de la verdad.

Abrió los ojos y vio lágrimas en los de ella. Sabía que le iba a hacer mucho daño.

–Olvida el contrato –le dijo–. Rómpelo, quémalo, haz lo que quieras con él. Pero no lo firmes.

Holly sacudió la cabeza.

–No te entiendo.

–No lo firmes –insistió–. Tu discurso fue bueno, pero inexacto. No me merezco tus palabras. No vine a Australia porque tuviera fe en Vinos Purman ni me quedé por eso.

Sus ojos estaban llenos de confusión.

–¿Entonces?

–Vine porque tenía que hacerlo, por dinero y nada más. Porque, si no lograba tu firma, me iban a dejar sin el dinero de mi familia y no

podía permitirme el lujo de perderlo. Así que no tuve más remedio. Tenía que conseguir que firmaras.

Holly se llevó las manos a la cabeza, no podría creerlo. Era como una pesadilla.

–Lo hice por el dinero, Holly. Todo lo he hecho por dinero.

No tenía ningún sentido. Franco le estaba diciendo que nunca había estado interesado en sus vinos, solo en el contrato… Recordó entonces las prisas con las que había llegado el primer día, no le había interesado que le mostrara el viñedo ni la bodega.

–No te importaba el vino, ni siquiera quisiste probarlo –murmuró ella aturdida cuando las piezas del puzle comenzaron a encajar.

Lo miró entonces y le preguntó cuánto recibía de su familia. Cerró los ojos de nuevo, era una cifra impresionante, una gran comisión por conseguir ese contrato. Y no solo iba a llevarse ese dinero.

–¿Y qué he sido yo? ¿También parte de tu comisión –preguntó fuera de sí.

–No, Holly. Lo que ha pasado entre nosotros no tiene nada que ver.

–¿En serio? Porque a mí me parece que eso es exactamente lo que querías, Franco. Tu contrato, el dinero de tu familia y algo más para entretenerte mientras estuvieras aquí.

–¡Pero si te ofreciste tú! Prácticamente me rogaste que me acostara contigo, ¿no te acuerdas?

No quería oír sus explicaciones, nada de lo que pudiera decirle iba a aliviar su dolor.

–¿Cómo puedes ser tan rastrero? Gus y yo confiamos en ti. ¿Cómo puedes hacernos esto?

–¡Entonces, no firmes! –insistió él–. No quiero que lo hagas. Olvida que estuve aquí.

–¡Trataré de olvidar que existes, Franco Chatsfield! No te preocupes –le dijo gritando.

El mejor día de su vida se había convertido rápidamente en el peor.

–¡Vete de aquí!

Capítulo 14

Pasó el invierno y llegó la primavera. Los días se hicieron poco a poco más cálidos y soleados. Siempre había algo que hacer en el viñedo o en la bodega, pero a Holly se le hacían muy largos los días.

Gus hacía todo lo posible por animarla, pero no estaba de humor para reírse con las historias que le contaba para entretenerla. Sentía que le habían arrancado el corazón.

Y lo había hecho Franco.

–Se te pasará –le dijo Gus una tarde–. No era lo suficientemente bueno para ti. Como el otro.

Sonrió y asintió con la cabeza, pero Franco no tenía nada que ver con ese otro hombre. No había llegado a amar a Mark Turner, no había comparación entre los dos.

Lo que sentía por Franco le había enseñado lo que era de verdad el amor. Y con él había aprendido también lo que era sentir un profundo y desgarrador dolor en su alma.

Trataba de parecer contenta y trabajaba como siempre en el viñedo, pero por dentro no podía dejar de pensar en lo que había perdido.

Una noche, mientras buscaba un libro sobre la elaboración del vino en el despacho, se encontró el paquete que Franco había olvidado en la suite del hotel cuando se fue apresuradamente la noche de los premios. Ella lo había metido en la maleta con la intención de enviárselo, pero se le había olvidado.

Le había dicho que era la foto de los koalas enmarcada y decidió abrir el paquete.

Era una imagen muy bonita del koala madre abrazando a su bebé en lo alto de un árbol. Bajo la foto, en el marco, había una placa y le llamó la atención lo que había allí escrito en italiano y en inglés.

Para la Planta de Nikki en el Hospital, dedicada a su recuerdo

También había una fecha.

Fue a su ordenador y buscó en Internet. Encontró una página web que hablaba de un hospital italiano que tenía una planta con ese nombre, era para niños con enfermedades renales. Leyó que era Franco Chatsfield quien financiaba ese departamento del hospital.

También encontró la foto de una niña de cabello castaño y grandes ojos grises. Unos ojos que reconoció al instante. Sintió que se le

encogía el corazón. No tuvo que leer nada más para saber de quién era hija.

Franco no había donado un riñón a una amiga, lo había hecho para salvar la vida de su propia hija. Pero la pequeña no había conseguido sobrevivir.

Pensó en la cicatriz que tenía Franco en su costado y en cuánto debía de costar mantener en funcionamiento esa planta del hospital. Se le hizo un nudo en la garganta al pensar en ese hombre y sus secretos.

Un hombre al que nunca iba a volver a ver.

Franco llevaba semanas ayudando con la cosecha.

Había tratado de concentrarse por completo en el trabajo desde que regresara a Italia, pero no podía permanecer sentado en su despacho más de cinco minutos, no podía estar quieto. Prefería ayudar en el campo.

Un día, al regresar al despacho, vio que tenía un correo electrónico de Christos Giatrakos. El director general lo felicitaba por haber conseguido que Vinos Purman firmara el contrato y le recordaba que, según su acuerdo, podría seguir disfrutando del dinero de la familia.

No entendía nada. Se sentó y se quedó mirando el mensaje y releyéndolo.

Esa mujer, que tantas sorpresas le había dado, acababa de dejarlo con la boca abierta una vez más. Y esa era la sorpresa más grande de todas.

La tienda y el bar para turistas que tenían en el viñedo habían estado llenos todo el día. Terminaron tarde y Holly dejó que Josh se fuera a casa mientras ella terminaba de fregar las copas y recoger. De todos modos, prefería estar ocupada para no pensar tanto en Franco.

Se preguntó si a él le pasaría lo mismo. Pero se lo imaginaba aliviado de haber podido volver a Italia, donde las mujeres eran mucho más femeninas. No sabía si estaría con alguien, pero no quería pensar en ello. Guardó la última copa y se puso a limpiar la barra de madera.

Oyó el sonido de un coche sobre la grava y maldijo entre dientes. Lamentó no haber colgado el cartel de «cerrado» antes de ponerse a limpiar. Miró por la ventana, era un deportivo rojo.

Frunció el ceño y se puso a limpiar el fregadero que había tras la barra.

–Lo siento, está cerrado –dijo ella al oír la puerta.

Siguió limpiando sin mirar, no tenía tiempo para esas cosas.

–No estoy aquí para probar el vino.

Sus manos se detuvieron en el borde del fregadero y tuvo que sujetarse a él.

Levantó los ojos y se encontró con Franco en la puerta. Era aún más apuesto de lo que recordaba.

–Fui antes a la casa y Gus me dijo que estabas aquí. Me ha encantado verlo ya caminando, tiene buen aspecto –le dijo Franco.

No podía respirar, sabía que no podría haber viajado hasta allí solo para ver cómo estaba Gus.

–¿Hay algún problema con el vino?

Acababan de enviar un lote del espumoso Rubida a Londres para la boda de Gene Chatsfield, el padre de Franco. Pero este negó con la cabeza.

–No, todo está bien. Perfecto –contestó Franco frunciendo después el ceño–. Espera un momento… ¿Qué ha pasado con el uniforme caqui?

Holly se miró. Llevaba un vestido de flores que se había comprado en Adelaida. Lo había hecho después de pasarse un día haciendo el degüelle de las botellas que había enviado a Londres. Había sido muy duro estar allí sola, recordando lo que había compartido con Franco. Y, después del trabajo, había decidido irse de compras para animarse.

–Ahora solo lo llevo cuando estoy trabajando con las vides.

Franco asintió con la cabeza y sonrió.

–El vestido te queda muy bien. Estás muy guapa.

–Gracias.

Se quedaron mirándose a los ojos. Había pasado tantas noches despierta pensando en él, recordándolo… Pero era aún más atractivo de lo que recordaba. Era tan guapo que le dolía mirarlo, sabiendo que lo había perdido. Y era peor aún sentir que resurgía una chispa de esperanza en su corazón sin que pudiera hacer nada para controlarla.

–¿Por qué estás aquí?

Franco parpadeó como si no entendiera su pregunta.

–¿Por qué firmaste? –le preguntó él en vez de contestar.

Levantó la cabeza con orgullo, pero se sentía decepcionada.

–Porque es un buen trato. Como me decía todo el mundo, demasiado bueno para rechazarlo.

–Pero no tenías por qué hacerlo.

–Lo sé. Y no lo hice por ti.

Tampoco lo había hecho por la planta del hospital pediátrico. A pesar de lo que había sucedido, Gus y ella decidieron firmar una semana después de que ganara el premio. Y entonces no había sabido nada de ese hospital.

Vio que se pasaba las manos por el pelo. Le estaba matando verlo tan preocupado, pero también ella estaba sufriendo mucho.

–Bueno, ¿eso es todo? Como te dije antes, está cerrado.

Franco dio un paso más hacia ella.

–Holly, cuando me fui, me dejé algo aquí.

Lo recordó entonces, la foto de los koalas. Su esperanza se esfumó de repente.

–Lo siento, Franco. No tenías que venir hasta aquí solo por eso, te la iba a mandar la foto, pero…

–Gracias, pero no estoy aquí por la foto –le dijo Franco–. De todas formas, antes tengo que explicarte algo.

El corazón le dio un vuelco.

–Sé lo de la planta del hospital –le explicó ella–. Vi la placa bajo la foto y lo busqué en Internet. Has hecho un gran trabajo en ese hospital. No sé cuánto te costará mantenerla, pero supongo que necesitas el dinero de la familia. Por eso necesitabas que firmara el contrato, por eso decidiste quedarte para conseguirlo –agregó–. ¿He acertado?

La miraba con sus bellos ojos grises y asintió con la cabeza.

–Nikki era tu hija, a la que le donaste el riñón.

Franco bajó la mirada. Cuando levantó la cabeza de nuevo, le dedicó una sonrisa.

–No supe que tenía una hija hasta que cumplió los cinco. Y probablemente no habría llegado a saberlo si no se hubiera puesto enferma. Pero fue entonces cuando su madre decidió ir a buscarme. La única esperanza que tenían era encontrar un donante compatible para el trasplante de riñón. Y yo lo era.

Contuvo el aliento. Le dolía muchísimo verlo sufrir tanto y saber cómo terminaba esa historia.

–Se puso mejor tras el trasplante y teníamos bastantes esperanzas, pero al final su cuerpo lo rechazó. Sufrió una infección y fue marchitándose lentamente ante nuestros ojos. Cuando murió, me prometí a mí mismo que nunca volvería a ponerme en una situación que me pudiera llegar a suponer tanto dolor.

Deseaba abrazarlo y consolarlo, pero no se atrevía a moverse.

–Su madre y yo nos separamos después de eso. Había demasiada presión, ella vivía pendiente de mí y estaba desesperada por tener otro hijo. Pero no había nada entre nosotros. Lo intentamos por el bien de Nikki, pero después de su muerte… No pude seguir con ella.

–Era ella con quien me comparabas, ¿verdad?

–Sí. E injustamente, ahora lo sé. Nunca fuiste como ella. Tuve que perderte para darme cuenta de ello.

El corazón le dio un vuelco.

–¿Por qué?

–Porque cuando Michele se fue, sentí alivio, como si tuviera la oportunidad de recuperarme y seguir viviendo. Pero cuando yo me fui

de tu lado…

Holly no se atrevía a respirar.

–Sentí como si me hubieran arrancado el corazón. Volvía a sentir un gran vacío dentro de mí. Pero esa vez, había sido todo culpa mía.

Sintió que le temblaban las piernas. Y el corazón le latía con tanta fuerza como si fuera a estallar. Había soñado con ese momento desde que Franco se fuera de su vida.

–No puedo siquiera imaginar lo que debe ser perder a un hijo.

Él le dedicó una sonrisa triste.

–Cuando Nikki falleció, también murió algo dentro de mí. Apenas tuve la oportunidad de conocerla, pero fueron meses muy intensos. Después de su muerte, estaba seguro de que nunca podría amar de nuevo –le confesó Franco haciendo una pausa–. Pero me equivoqué.

No sabía si atreverse a soñar con lo que estaba insinuando. Quería abrazarlo, pero temía que volviera a apartarse de ella. Así que se armó de valor para preguntarle lo que necesitaba saber.

–¿Qué te hizo cambiar de opinión?

Él la miró con esos ojos grises tan tormentosos.

–Tú lo hiciste.

Sintió que se estremecía.

–¿Cómo? –susurró.

–No estoy seguro. Pero, cuando volví a Italia, no podía estar en mi despacho y terminé trabajando en la cosecha de la uva con los jornaleros. Nos sentábamos juntos a almorzar a la sombra de las parras. Hablábamos y reíamos juntos, pero seguía sintiendo ese dolor en mi pecho. Pensé que lo sentía porque estaba vacío. Igual que me duele la cicatriz del riñón aunque ya no lo tengo. Me convencí de que era ese vacío lo que me dolía porque no quería pensar en que pudiera haber otra razón. Pero eso no explicaba por qué me dolía más cuando pensaba en ti. Así que traté de olvidarte, pero no podía –le dijo él con emoción en su mirada y en sus gestos–. Entonces me di cuenta de que me dolía porque mi corazón sí estaba allí y estaba vivo. Porque, sin que me diera cuenta, tú habías conseguido juntar y pegar esos pedazos de mi corazón roto. No sé cómo sucedió. Traté de convencerme de que no eras mi tipo, pero no podía olvidarte. Te necesitaba tanto que tuve que volver, necesito saber si podrías llegar a perdonarme y averiguar si podrías llegar a sentir una fracción de lo que siento.

El corazón de Holly no podía latir con más fuerza.

–¿Qué sientes?

–Me siento vacío sin ti. Te necesito a mi lado, en mi cama, en mi vida. Quiero que seas mi esposa –le confesó mirándola a los ojos–. Te amo, Holly. No puedo vivir sin ti a mi lado.

Se hizo el silencio entre los dos. Holly se acercó y se abrazaron. Franco la besó con todo el amor que sentía, su primer beso como algo

más que amantes, su primer beso como una pareja enamorada.

Dejó que ese beso hablara por ella y curara su dolorido corazón, mostrándole así el amor que sentía por él, sus esperanzas y sus sueños.

Cuando por fin se separaron para recuperar el aliento, Holly lo miró sin poder dejar de sonreír. Él también lo hacía. Lo besó de nuevo, rieron y se abrazaron.

Después, tomó entre sus manos la cara de ese hombre al que tanto amaba y pudo por fin decirle lo que sentía.

–Te amo, Franco Chatsfield. Y me parecería un sueño pasar mi vida contigo.

* * *

Podrás conocer la historia de Antonio Chatsfield en el sexto libro de la serie *Los Chatsfield* del próximo mes titulado:
EL DESAFÍO DEL RIVAL

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

